
HARLEQUIN
Deseo
Recordar el amor
KATHIE DENOSKY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

RECORDAR EL AMOR, N.º 1877 - octubre 2012
Título original: His Marriage to Remember
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-1085-3
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Prólogo

–¡Hey, Sam! ¿Quieres hacer el favor de dejar de recoger margaritas como si fueras un niño pequeño y abrir la verja de una vez? –exclamó alguien desde la plataforma que había tras el pasadizo.

Maldiciéndose a sí mismo por haberse despistado, Sam Rafferty, contratista de ganado para rodeos, abrió la verja para guiar al siguiente toro. Debía concentrarse en lo que estaba haciendo y olvidar los asuntos de su vida que no podía controlar. De lo contrario, alguien podría acabar resultando herido.

Nate, su hermano pequeño, se acercó a él y ambos contemplaron al hombre que montó en la ancha espalda de Bumblebee, el toro para rodeos más grande y malo de los que tenía Sam. Nate no apartaba la mirada del toro, pero Sam notó que su hermano pequeño estaba sopesando qué decirle.

–¿Viene hoy Bria? –preguntó finalmente Nate.

–Sí.

Ninguno de los dos hombres apartó la mirada del toro y su jinete.

–¿Quieres hablar de ello?

–No –Sam apretó la mandíbula con tal fuerza que temió romperse un par de dientes mientras esperaba a que Nate siguiera interrogándolo.

Al parecer, Nate sintió que estaba pisando terreno delicado y asintió sabiamente a la vez que se alejaba.

–Bien dicho, Sam.

Aparte de decirles a sus hermanos que su esposa y él iban a divorciarse, Sam no había hablado con nadie sobre la ruptura de su matrimonio, y no pensaba hacerlo. Bria tenía sus motivos para querer separarse. Él no estaba de acuerdo, desde luego, pero eran lo suficientemente importantes como para que ella quisiera dejar atrás los cinco años que habían estado juntos, tres de ellos casados.

Cuando vio la señal que le hacía el encargado de los pasadizos, abrió automáticamente la verja para que pasara el siguiente toro. Comprendía y respetaba que Bria quisiera el divorcio cuanto antes para poder seguir adelante con su vida, aunque no estaba de acuerdo en que acabar con su matrimonio fuera la única respuesta a sus problemas. ¿Pero por qué había tenido que elegir aquel fin de semana en particular para llevarle los papeles que había que firmar para el divorcio? Sabía que aquellas eran las fechas en que sus hermanos y él se reunían para organizar el rodeo Memorial Hank Carvet, acontecimiento con el que honraban el recuerdo del padre adoptivo que los acogió y enderezó sus vidas cuando el sistema ya había renunciado a ellos como causas perdidas.

Mientras volvía a abrir la verja para que pasara otro toro, pensó en el hombre que salvó a seis complicados adolescentes de una vida tras las rejas, o, peor aún, de una muerte temprana. Campeón en numerosas ocasiones de los circuitos de rodeo del país, Hank había amasado una considerable fortuna cuando se retiró a los treinta y ocho años. Pero en lugar de gastar sus ganancias en llevar una vida de lujo, puso en marcha el Last Chance, un rancho para chicos con problemas, porque, como solía repetir una y otra vez, no había nunca una causa perdida en lo referente a las personas. Todo el mundo podía cambiar y sobreponerse a las circunstancias para convertirse en alguien mejor.

Sam respiró profundamente mientras pensaba en el hombre cuya vida acabó demasiado pronto debido a un fulminante infarto. Hank utilizó sabiamente el trabajo en el rancho y en los rodeos para ayudarlo a él y a sus hermanos a superar la rabia y agresividad que sentían a causa de las injusticias que habían experimentado en su juventud. Los aconsejó, fue su mentor y les enseñó a comportarse como hombres íntegros. Los alentó a estudiar y estableció un fondo de fideicomiso para que pudieran ir a la universidad. Hank Carvet era directamente responsable de que se hubieran convertido en los hombres que eran, y todos ellos eran conscientes de que le debían más de lo que nunca podrían pagarle.

Por eso le irritaba tanto que Bria se hubiera empeñado en no esperar para llevarle los papeles del divorcio a pesar de saber cuánto significaba para él y sus hermanos aquel rodeo en particular. ¿Por qué tenía que mostrarse tan ansiosa por librarse de él?

Volvió la vista hacia las tribunas en que se hallaba el público y su

mirada se detuvo en una mujer de pelo castaño rojizo que se dirigía hacia la zona de asientos reservada para las novias y esposas de los participantes en el rodeo. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, de las tormentosas acusaciones y dolorosas decepciones, Bria Rafferty aún lo dejaba sin aliento y hacía que su corazón latiera más rápido cada vez que la veía. Y se temía que siempre sería así.

Cuando sus miradas se encontraron, sintió que se le encogía el corazón. Habían llegado a un punto muerto y, si lo que realmente quería Bria era terminar con su matrimonio, él no pensaba interponerse en su camino. La quería demasiado como para obligarla a mantener una situación que le producía tanta infelicidad.

–¡Sam!

–¡Cuidado!

–¡Sal de ahí, Rafferty!

Los urgentes gritos de sus hermanos y del resto del personal que se hallaba tras los pasadizos hicieron salir a Sam de su ensimismamiento.

Al volverse para ver por qué trataban de llamar su atención, escuchó un enfadado mugido a la vez que veía a un toro de unos setecientos kilos lanzado hacia él como un tren de mercancías fuera de control.

Sin tiempo para subir a lo alto de la valla, y sin tener dónde refugiarse, Sam supo que su única oportunidad de evitar el desastre sería utilizar las manos para tratar de apartar la cabeza del toro a la vez que saltaba a un lado. Y tal vez hubiera tenido éxito si hubiera contado con el espacio suficiente para hacerlo. Pero no fue así, de manera que no logró evitar por completo la embestida y sintió que su cabeza chocaba violentamente contra la verja de acero a la vez que escuchaba el grito horrorizado de una mujer.

Experimentó un punzante dolor en la nunca antes de sentir que un telón de completa oscuridad caía sobres sus ojos. Trató de mantener estos abiertos. Quería tranquilizar a Bria, decirle que, fuera lo que fuese lo que le pasara, solo quería lo mejor para ella.

Pero no tuvo más remedio que cerrar los ojos y dejarse sumergir en el tranquilo abismo negro de la inconsciencia.

Capítulo Uno

De pie en la sala de espera del hospital, Bria se cruzó de brazos para tratar de reprimir los escalofríos. No le sirvió de nada. A pesar de estar en pleno junio, y en Texas, no podía parar de temblar.

Había experimentado un intenso terror al ver cómo embestía el toro a Sam para luego golpearlo con su enorme cabeza contra la valla. Afortunadamente, no tenía cuernos, y tampoco lo había pisado. Nate y los hermanastros de Sam habían reaccionado de inmediato para distraer la atención del toro, y la ambulancia no había tardado en llegar.

Respiró temblorosamente. Ella era la responsable del accidente, y no había más vueltas que darle. Si hubiera esperado un día más a llevar los papeles del divorcio, o si Sam no la hubiera visto y se hubiera distraído, no estaría en aquella sala de espera mientras lo examinaban para comprobar su estado.

Pero el rodeo estaba a solo dos horas de su nueva casa en Dallas y había querido tener los papeles listos antes de estrenarse en su nuevo trabajo de consultora de mercados para uno de los principales grandes almacenes del estado. Si no se hubiera visto en medio de un atasco en la autopista, habría llegado con tiempo de sobra para dejarlo todo arreglado y marcharse antes de que empezara el peligroso rodeo.

Contuvo un sollozo. Daba igual por qué se había retrasado o que hubiera querido seguir adelante con su vida. Sam era el único que iba a pagar el precio de su impaciencia.

–¿Hay alguna noticia, Bria? –preguntó alguien a sus espaldas.

Bria se volvió y vio a Nate y a sus hermanos. Altos y atractivos, de facciones duras, los cinco eran vaqueros desde el sombrero hasta las puntas de sus botas Justin. Los seis jóvenes que había acogido Hank Carvet habían llegado a hacerse muy ricos, aunque a simple vista parecían duros trabajadores con los pies en el suelo que preferían sus

vaqueros y sus camisas de franela a la ropa de diseño. Nate era el único hermano biológico de Sam, pero los otros cuatro hombres a los que llamaban hermanos no habrían significado más para ellos aunque hubieran compartido la misma sangre.

–Acaban de llevarlo a la sala de rayos x… Luego le van a hacer… un escáner –Bria no pudo evitar que su voz se quebrara.

Nate le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su costado.

–Seguro que se va a poner bien.

–Sam es duro como el acero –añadió Lane Donaldson.

De la misma edad de Sam, Lane se había licenciado en la universidad en Psicología, ciencia que utilizaba con bastante éxito como jugador profesional de póker. Pero Bria no creía haberlo visto nunca menos seguro de sí mismo.

Ryder McClain, el más tranquilo de todos, asintió.

–Probablemente ya estará dando la lata a los médicos para que lo suelten.

–Espero que tengáis razón –murmuró Bria, sintiéndose impotente.

–¿Quieres que te traiga algo, Bria? ¿Café, o agua? –preguntó T. J. Malloy, solícito. Era el más atento de los hermanos, y a Bria no le extrañó que lo fuera con ella.

–Trae café para todos, T. J. –ordenó Nate sin esperar a que Bria respondiera.

–Te acompaño para ayudarte –se ofreció Jaron Lambert a la vez que se volvía para seguir a T. J. Antes de salir se volvió–: ¿Quieres algo más, Bria? ¿Algo de comer?

–Gracias, Jaron, pero no tengo hambre. Además, creo que no podría comer nada aunque la tuviera –dijo Bria, agradeciendo que los hermanos de Sam estuvieran con ella. La trataban como a una hermana e iba a echarlos mucho de menos cuando se divorciara y dejara de formar parte de su familia.

–Ven a sentarte –dijo Nate, que la tomó del brazo para conducirla hasta uno de los asientos que había junto a la pared–. ¿Ha recuperado Sam la conciencia en la ambulancia mientras veníais?

Bria negó con la cabeza.

–Creo que empezaba a recuperarla cuando se lo llevaron para examinarlo, pero no me han dejado pasar con él. El doctor saldrá a informarnos en cuanto se sepa algo. ¿Qué ha pasado con el rodeo? –

preguntó, consciente de que la monta de toros era normalmente la última parte del espectáculo.

–No te preocupes. Lo hemos dejado todo arreglado –dijo Lane mientras ocupaba una de las sillas–. En lo único que tienes que pensar ahora mismo es en Sam.

–Ojalá salieran a decirnos algo –incapaz de seguir sentada, Bria se levantó y se acercó al pasillo que daba a la zona en que tenían a Sam. ¿Por qué estarían tardando tanto?

T. J. y Jaron regresaron unos minutos después con los cafés.

–¿Aún no se sabe nada? –preguntó T. J. mientras entregaba una taza a Bria.

Justo en aquel momento entró en la sala de espera un hombre con una bata blanca.

–¿Señora Rafferty? –dijo mientras se acercaba a Bria.

Bria y los demás se levantaron al unísono, expectantes.

–Soy el doctor Bailey, el neurólogo de guardia –su expresión no revelaba la clase de noticias que podía tener–. Siéntese para que le explique cómo está su marido –el doctor esperó a que todos estuvieran sentados para hacer lo mismo–. Sam ha recuperado la conciencia poco antes de que lo lleváramos a la sala de rayos x, lo que es una buena señal. No hay evidencia de huesos rotos.

Nate debió sentir que Bria necesitaba su apoyo, porque la tomó de la mano e hizo la pregunta que ella no se atrevía a hacer.

–¿Capto un «pero» en sus palabras, doctor?

–El escáner muestra que Sam ha sufrido una severa conmoción, pero no hay indicios de derrame cerebral, lo que es buena señal –explicó el doctor Bailey–. Sin embargo, hay un poco de inflamación.

–¿Qué significa eso? –preguntó Jaron. Con su pelo, negro como el azabache, y su sombría actitud, no era la clase de hombre con el que otros hombres tendrían valor de cruzarse.

–Puede que haya complicaciones, o no. A lo largo de las próximas veinticuatro horas podremos comprobar si el edema empeora. Si es así, puede que haya que operar.

Horrorizada, Bria se cubrió la boca con la mano.

–No creo que tengamos que llegar a eso, señora Rafferty –añadió rápidamente el doctor Bailey–. La inflamación no ha aumentado, pero hay que estar atento a otros posibles problemas neurológicos.

–¿Qué clase de problemas? –preguntó Ryder con expresión de

querer golpear a alguien.

–Con las lesiones cerebrales siempre existe la posibilidad de una pérdida de memoria, o de un cambio de personalidad –contestó el médico–. No estoy diciendo que sean problemas inevitables, o que vayan a ser permanentes si surgen; pero existe la posibilidad de que se den.

–¡Cielo santo! Esto no puede estar sucediendo –murmuró Bria mientras las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas.

Nate le pasó un brazo protector por los hombros.

–¿Cuándo podremos verlo, doctor? –preguntó.

–Está en observación en cuidados intensivos, pero dos de ustedes pueden pasar a verlo unos minutos. Después podrán visitarlo cada dos horas –el doctor se levantó y estrechó las manos de todos–. Volveré a hablar con ustedes mañana por la mañana. De momento, una de las enfermeras los conducirá hasta la unidad de cuidados intensivos.

Mientras el médico se alejaba, Jaron le palmeó el brazo a Bria.

–Todo va a ir bien, Bria. Estoy seguro de que Sam superara esto sin problemas.

–No conozco un tipo más duro –añadió T. J.–. Saldrá adelante.

–¿Por qué no vais tú y Nate a verlo mientras el resto vamos a la sala de espera de la UCI? –sugirió Lane a Bria.

Mientras subían en el ascensor, Bria se preguntó cuánto habría contado Sam a sus hermanos sobre su divorcio. Conociéndolo como lo conocía, probablemente solo les habría contado lo imprescindible.

Suspiró. Era posible que hubiera decidido que ya no quería seguir siendo su esposa, pero quería estar con él hasta que el diagnóstico estuviera claro. Pero tampoco estaba segura de si debía quedarse. A fin de cuentas, estaban a punto de divorciarse.

–Tal vez no debería estar aquí, Nate –dijo, indecisa.

Su cuñado la miró como si se hubiera vuelto loca.

–¿Por qué diablos dices eso, Bria?

–Sam y yo estamos a punto de divorciarnos. No estoy segura de que quiera que esté aquí.

–Aún no habéis firmado los papeles y, por lo que a mí se refiere, y estoy seguro de que en el estado de Tejas estarán de acuerdo conmigo, aún seguís casados.

–Pero…

–Pero nada. Sigues siendo la esposa de Sam, y lo seguirás siendo

hasta que vuelva a ponerse en pie. A fin de cuentas, sois vosotros dos los que tenéis que resolver el asunto.

Bria supuso que Nate estaba en lo cierto. Hasta que el divorcio fuera definitivo, Sam y ella seguían siendo marido y mujer. Si hubiera que tomar alguna decisión en nombre de Sam, todos se volverían hacia ella en busca de respuestas. Además, quería estar con él hasta asegurarse de que se encontraba bien.

Mientras avanzaban hacia la UCI tuvo que morderse el labio inferior para evitar que le temblara. A pesar de que estaban a punto de dar por zanjada su relación, aún se preocupaba mucho por Sam. Simplemente, no podía seguir viviendo con él. No después de lo que le había hecho cinco meses atrás. Lo necesitó a su lado cuando perdió el bebé, pero lo único que obtuvo fueron sus excusas porque no podía dejar su empresa de contrato de ganado durante un rodeo.

Cuando entraron en la habitación en que estaba Sam, una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla de Bria al verlo. Tenia un gran chichón en la sien derecha y un feo moretón a lo largo de la mandíbula. Afortunadamente, tenía los ojos abiertos y se notó de inmediato que los había reconocido.

–¿Queréis hacer el favor de decirle a esa gente que me devuelva la ropa para que pueda marcharme de aquí? –preguntó, impaciente.

–Algunas cosas nunca cambian –la sonrisa de Nate reflejó el alivio que sintió Bria–. Veo que ese toro no ha logrado librarte de tus malas pulgas.

Bria se acercó a la cama y, sin poder contenerse, alzó una mano para acariciar el pelo rubio oscuro de Sam.

–¿Te duele la cabeza, Sam?

Sam la tomó de la mano.

–No te preocupes, cariño. Estoy bien. Solo busca mi ropa. En cuanto me vista podremos irnos a casa.

–Tienes que quedarte aquí uno o dos días para que puedan asegurarse de que estás bien –dijo Bria a la vez que lo tomaba de la mano.

–Descansaré mejor en casa, en nuestra cama –insistió Sam–. Incluso te dejaré jugar a las enfermeras conmigo si es lo que hace falta para que me dejen salir de aquí.

Bria miró a Nate con expresión perpleja.¿Por qué insistía en que volvieran a casa juntos? Hacía tres meses que ella se había ido del

rancho. Y si aquello no era suficiente para dejar claro que algo iba mal, su comentario sobre jugar a enfermeras bastó para confirmarlo. Otro motivo por el que había sentido que su matrimonio no tenía esperanza era el hecho de que Sam tenía tanto orgullo y seguridad en sí mismo que nunca la hacía sentir que realmente la necesitaba para otra cosa que para hacer el amor. Si estuviera siendo él mismo, jamás se habría planteado permitirle «jugar a las enfermeras» con él.

–¿Sabes en qué mes estamos, Sam? –preguntó con cautela.

Sam frunció el ceño y la miró como si fuera ella la que tenía problemas.

–Estamos en enero. ¿No lo recuerdas? Celebramos el año nuevo juntos antes de que me fuera a Oklahoma con el ganado. Eso fue la última semana. Y ahora, ¿quieres dejar de hacerme preguntas y ponerte a buscar mi ropa.

Bria sintió que su corazón dejaba de latir por un instante. Hacía seis meses que Sam había hecho aquel viaje a Oklahoma.

–Se está haciendo tarde y hay dos horas de aquí al rancho. ¿Por qué no te quedas aquí a pasar la noche y vemos qué te dicen por la mañana? –dijo Nate–. Entretanto, Bria y yo trataremos de encontrar tu ropa.

–Me parece buena idea –asintió Bria rápidamente. Tenían que hablar cuanto antes con el médico sobre los evidentes problemas de memoria de Sam–. Ahora trata de descansar un poco. Estoy segura de que podremos resolverlo todo por la mañana.

Sam no parecía especialmente contento con la idea, pero, finalmente, asintió.

–¿Te importa dejarme un minuto a solas con mi esposa, Nate?

–Claro que no, hermanito –Nate se encaminó hacia la puerta–. Estaré en la sala de espera con los demás, Bria.

En cuanto Nate salió, Sam volvió su penetrante mirada azul hacia Bria.

–¿Qué tal estás? Espero que no te asustaras mucho.

Bria no entendía por qué le preguntaba por su estado. A fin de cuentas era él quien había sufrido el accidente.

–Estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

–Estamos intentando que te quedes embarazada y cuando te llamé de Oklahoma la otra noche me dijiste que ibas a comprarte una prueba para el embarazo –dijo Sam mientras la miraba con expresión esperanzada–. ¿Estás embarazada?

Bria fue incapaz de contener un estremecimiento al escuchar aquello. Además de su embarazo, Sam parecía haber olvidado por completo que perdió al bebé en la séptima semana. Aquello sucedió seis meses atrás y fue la gota que colmó el vaso y le hizo tomar la decisión de pedir el divorcio. Estaba claro que algo iba muy mal si Sam no recordaba lo sucedido en los tumultuosos meses transcurridos desde entonces.

–No, no estoy embarazada –contestó Bria, decidida a hablar con el neurólogo cuanto antes–. Ahora descansa un poco. Yo volveré a verte más tarde.

–No te preocupes, cariño –Sam sonrió–. Tampoco llevamos tanto tiempo intentándolo. Estoy seguro de que no tardarás en quedarte embarazada.

Incapaz de decir nada más, Bria asintió y se volvió para irse.

–¿No vas a darme un beso de buenas noches, corazón? –preguntó Sam.

–Yo… eh… –Bria no sabía qué hacer. Finalmente, se besó la punta del dedo índice y apoyó este sobre los labios de Sam–. Tienes que descansar para que te permitan irte cuanto antes. Trata de dormir un poco.

–Me va a costar mucho lograrlo sin tenerte a mi lado –dijo Sam con una sonrisa que siempre hacía que el corazón de Bria latiera más rápido.

Bria tuvo que morderse la lengua para no recordarle que aquello nunca había supuesto un problema para él mientras se dedicaba a viajar de un rodeo a otro con su ganado a pesar de haber llegado a ser lo suficientemente rico como para no necesitar trabajar.

–Buenas noches, Sam –se limitó a decir antes de salir de la habitación.

Algunas cosas nunca cambiaban, pensó mientras avanzaba por el pasillo. El sol salía cada mañana, las olas rompían en las playas… y Sam Rafferty aún podía lograr que las rodillas se le volvieran de goma con su sensual sonrisa de pecado.

–Sinceramente, no veo otra solución, Bria –insistió Nate–. Vas a tener que trasladarte al rancho con Sam hasta que recupere la memoria.

Tras hablar con el médico el día después del accidente, Bria y los hermanos de Sam habían decidido descansar una noche y reunirse al

día siguiente en la cafetería del hospital para decidir cómo abordar la recuperación de Sam. Le habían dado el alta pero, según les informó el doctor Bailey, sufría un síndrome de amnesia postraumática que le había hecho olvidar todo lo sucedido en los seis meses anteriores al accidente. El doctor estaba convencido de que se trataba de algo temporal y que Sam recuperaría la memoria en unas semanas. Hasta entonces podría sufrir dolores de cabeza y mareos, y había que evitarle tensiones y preocupaciones. Para ello iba a resultar imprescindible que alguien estuviera con él a todas horas.

–¿No podéis quedaros alguno de vosotros? –preguntó Bria mientras miraba a los hermanos por turnos–. ¿O contratar a alguien que se ocupe de cuidarlo?

–Sería inútil contratar una enfermera –dijo T. J.–. Eso enfadaría a Sam y ella acabaría traumatizada tras comprobar que se porta como un oso herido cuando no puede hacer las cosas por sí mismo.

–Cualquiera de nosotros podría quedarse con Sam, pero eso no le evitaría tensiones –dijo Lane, sopesando cuidadosamente sus palabras–. No recuerda que estáis a punto de divorciaros, y menos aún que te has trasladado y vives sola, y esa es una información que no le conviene tener ahora mismo.

–Sabes que cualquiera de nosotros estaría dispuesto a quedarse con Sam, pero no es eso lo que él espera –concluyó Ryder razonablemente.

–Pero tengo todas mis cosas en Dallas –dijo Bria, que cada vez se sentía más atrapada–. ¿No creéis que Sam notará que no queda nada mío en el rancho?

Sabía que era un argumento muy débil, ¿pero cómo iba a seguir reconstruyendo su vida si tenía que volver al rancho Sugar Creek a enfrentarse de nuevo con todos los problemas que le habían hecho irse? Sobre todo teniendo en cuenta que Sam no recordaba que aquellos problemas se habían vuelto insuperables.

–Todos tenemos camionetas y buenas espaldas –dijo T. J. con un encogimiento de hombros.

Jaron asintió.

–Podemos trasladar tus cosas en menos que canta un gallo.

Bria suspiró. Acababa de empezar a acostumbrarse al hecho de que no iba a vivir la vida que había planeado cuando se casó con Sam. A lo largo de tres años se había visto a sí misma como esposa y madre de la gran familia que pensaban tener, pero después de tomar la dura

decisión de dejar a Sam había tenido que plantearse volver a trabajar.

–Si decido hacerlo, será algo temporal –dijo, con la sensación de estar dando un gran paso atrás.

–Comprendido –contestó Nate.

–Dentro de unas semanas empiezo a trabajar como asesora del departamento de moda femenina para unos grandes almacenes de Dallas, y no puedo permitirme perder esa oportunidad. Ya me han concedido tiempo para arreglar los papeles del divorcio y organizarme antes de empezar, y no puedo pedirles más.

–Estoy seguro de que Sam habrá recuperado la memoria para entonces –dijo Lane.

–No quiero que trasladéis todas mis cosas al rancho –advirtió Bria.

–Dinos que quieres que traigamos de tu apartamento y nos aseguremos de que esté en el rancho para cuando Sam y tú lleguéis –dijo Ryder con una sonrisa.

Nate miró su reloj.

–Será mejor que nos pongamos en marcha. Sam va a recibir el alta en un par de horas, lo que implica que no nos sobra tiempo para ir a Dallas y volver al rancho antes que vosotros.

–Limitaos a sacar mi ropa y mis zapatos del armario –dijo Bria, resignada–. Ya compraré en la ciudad lo que necesite.

–¿Estás segura? –Ryder frunció el ceño–. ¿No necesitarás tu ropa inte…?

–No –interrumpió Bria. La idea de que cinco hombres se dedicaran a vaciar sus cajones de braguitas, sujetadores y camisones no le atraía en lo más mínimo.

Tras dar a Nate su dirección en Dallas, le entregó las llaves.

–Después de recoger mi ropa, avisad al portero de que pasaré a recoger mi correo dentro de una semana.

–¿Y cómo vas a justificarle tu ausencia a Sam? –preguntó Jaron.

–Estoy segura de que Sam tendrá pronto una cita con el neurólogo. Uno de vosotros se ocupará de llevarlo al médico en Waco mientras yo voy a Dallas a recoger mi correo –antes de que a alguno de los hermanos se le ocurriera alguna otra excusa, Bria añadió con firmeza–: Es lo mínimo que podéis hacer por mí.

No se sorprendió cuando los cinco hombres se pusieron en pie en cuanto ella lo hizo. Desde el momento en que los conoció la habían tratado como si fuera la hermana que nunca tuvieron. Hank Carvet no

solo los ayudó a enderezar sus vidas cuando eran jóvenes, sino que también los enseñó a ser respetuosos y educados, y les inculcó un profundo sentido de la familia.

–Gracias por hacer esto por Sam –dijo Nate tras besarla en la mejilla–. Todos te estamos agradecidos por ello, Bria.

Mientras veía cómo se alejaban los cinco hermanos, Bria experimentó un escalofrío de temor al pensar en las semanas que se avecinaban. ¿Cómo iba a lograr comportarse como si nada hubiera pasado? Sam seguiría siendo el mismo de siempre; trabajaría constantemente, sería incapaz de tomarse tiempo libre para ellos como pareja y nunca estaría a su lado cuando más lo necesitara. Había tratado de explicarle una y otra vez lo que iba mal en su matrimonio, los motivos por los que se sentía tan infeliz y que le hacían desear que las cosas volvieran a ser como antes de que se casaran. Pero Sam siempre le decía que todo lo que hacía era pensando en ella y en su futuro juntos. Finalmente llegó a la conclusión de que, por mucho éxito que tuviera y por mucho dinero que ganara, nunca sería suficiente para Sam. Y cuando, tras perder a su bebé, tardó todo un día en acudir a ver cómo estaba, Bria supo que las cosas no podrían seguir así mucho tiempo. Incluso cuando más lo había necesitado, Sam había sido capaz de anteponer sus negocios a todo lo demás.

Y ahora iba a volver a aquella situación. Nada había cambiado. Sam seguía siendo el incurable adicto al trabajo de siempre y, sin duda, su mayor debilidad. Siempre lo había sido y, desafortunadamente para ella, sospechaba que eso nunca cambiaría.

Capítulo Dos

Bria volvió la mirada hacia Sam mientras entraba con el SUV en el sendero que llevaba al rancho que había considerado su hogar en los últimos tres años. Apenas había pronunciado palabra durante el trayecto desde el hospital y se preguntó si estaría tratando de recordar algo de lo sucedido durante los seis meses pasados.

–¿Algo va mal? –preguntó.

–No recuerdo que compráramos un SUV –dijo Sam finalmente–. ¿Hace cuánto que lo tenemos?

–Unos tres meses –respondió Bria, decidiendo ser sincera, pero omitiendo el hecho de que lo había comprado después de irse.

De momento, Sam no había hecho demasiadas preguntas después de averiguar que sufría una amnesia, algo que Bria agradecía. No estaba acostumbrada a mentir, especialmente a Sam. Por un lado, su relación siempre se había basado en la confianza y la sinceridad, y eso no tenía por qué cambiar. Por otro, no decirle a Sam la verdad tampoco le ayudaría a recuperar la memoria.

El médico había aconsejado que sería mejor permitir que recordara por su cuenta los acontecimientos en lugar de abrumarlo con datos que podrían provocarle mucha tensión y frenar su recuperación.

–Parece bastante bueno –dijo Sam mientras se fijaba en el interior del vehículo.

Bria asintió.

–A mí me gusta.

–¿Lo compramos pensando en un posible bebé? Parece que hay sitio de sobra para poner asientos de niños.

–No –cada vez que pensaba en el bebé que había perdido hacía cinco meses, Bria revivía el dolor y el enfado que aún sentía por el hecho de que no hubiera estado a su lado para darle su apoyo. En lugar

de ello eligió ir a trabajar, algo que Bria no creía poder llegar a superar nunca.

Se sobresaltó cuando Sam alargó una mano y apoyó un dedo en sus labios para impedir que se mordiera el inferior.

–Cariño, si no dejas de hacer eso, dentro de poco no voy a tener labios que besar.

Bria respiró profundamente y señaló la casa con un gesto de la cabeza.

–Parece que tus hermanos han venido a verte, así que yo podré ir un momento al pueblo a comprar algunas cosas.

–No necesito niñeras –dijo Sam irritado.

–El doctor ha dicho que no puedes estar solo en ningún momento, y eso es exactamente lo que va a pasar –dijo Bria con firmeza–. Más vale que te mentalices de ello.

–Ya veremos –murmuró Sam, dejando claro que no iba poner las cosas fáciles.

Cuando Bria aparcó el coche, Sam salió de inmediato y señaló a los cinco hombres que se hallaban en el porche trasero bebiendo cerveza.

–¡Sacadme una de esas!

–Ni se te ocurra –advirtió Bria mientras cerraba la puerta del coche–. El médico ha dicho que nada de alcohol. ¿Te sientes bien? Has salido demasiado deprisa del coche y podrías marearte.

–No soy una flor de invernadero, Bria –dijo Sam, impaciente–. Aparte de no poder recordar lo sucedido durante los pasados seis meses, estoy perfectamente. Podría haber conducido hasta aquí sin problemas, y no veo por qué no puedo tomarme una cerveza. Tampoco tiene tanto alcohol.

Bria apoyó las manos en sus caderas y ladeó la cabeza.

–Deja que te diga algo, Sam Rafferty. Vas a hacer exactamente lo que ha dicho el doctor, o juro que…

–¿Sabes lo sexy que te pones cuando te enfadas? –interrumpió Sam a la vez que le acariciaba con ternura la mejilla. Aquel gesto, y la traviesa sonrisa que lo acompañó, hicieron que Bria experimentara un cálido cosquilleo por todo el cuerpo. Había echado mucho de menos sus caricias y jugueteos… algo de lo que apenas había disfrutado desde que puso en marcha su empresa Sugar Creek Rodeo, poco después de que se casaran–. En cuanto mis hermanos se vayan te lo demostraré.

Bria se obligó a ignorar la intensa nostalgia que experimentó. Hacer

el amor era algo que siempre se les había dado muy bien… al menos cuando Sam no estaba viajando de un rodeo a otro. Pero el hecho de que Sam no recordara que se estaban separando no era excusa para ceder a la tentación de permitirle que volviera a hacerle el amor. Ya le había costado bastante irse la primera vez, y acostarse de nuevo con Sam solo serviría para complicar aún más las cosas.

–Tampoco habrá nada de «eso». Se supone que no debes realizar ninguna actividad que te estrese.

–Hacer el amor no es estresante, cariño –Sam pasó un brazo por los hombros de Bria mientras avanzaban hacia la casa–. De hecho, supone un maravilloso alivio para el estrés.

Bria sintió que sus mejillas se acaloraban.

–Shh. Te van a oír tus hermanos.

–Estoy seguro de que no se escandalizarían –bromeó Sam–. Creo que ya saben que los casados hacen esas cosas.

De pronto se detuvo, y, por su forma de apoyarse sobre ella, Bria supo que estaba teniendo problemas.

–¡Nate! ¡Necesito ayuda! ¡Sam se está mareando!

Nate y los otro cuatro hombres acudieron a su lado de inmediato.

–Vamos a llevarte a casa, hermanito –dijo Nate a la vez que pasaba un brazo de Sam por los hombros para aliviar a Bria de su peso.

–Puedo hacerlo solo –protestó Sam, a pesar de que su expresión indicaba claramente los esfuerzos que estaba haciendo por controlar el vértigo que sentía.

Bria dejó escapar un suspiro de frustración ante su absurdo orgullo.

–Lo dejo a vuestro cargo mientras voy a hacer unas compras al pueblo.

–Piensas volver, ¿no? –preguntó Nate precipitadamente.

–¿Y por qué no iba a volver? –dijo Sam con el ceño fruncido–. Vive aquí. ¿Adónde iba a ir si no?

–Claro que voy a volver –contestó Bria mientras se apartaba de él–. Supongo que os habréis ocupado de que todo esté listo aquí mientras yo iba a recoger a Sam al hospital, ¿no?

–Por supuesto –respondió T. J.

–¿Qué sucede? –preguntó Sam con gesto suspicaz–. Si nadie me cuenta lo que está pasando, voy a…

–Tu mal genio aumenta considerablemente cuando no te sientes bien –dijo Nate.

–Tienes que hacer lo que mande el médico –añadió Lane–. Si yo estuviera en tu lugar, haría todo lo que me dijera Bria.

Bria respiró aliviada al ver que Sam dejaba de protestar. Más errores como el que acababa de cometer Nate y tendrían que decirle a Sam la verdad antes de que pudiera recordarla por su cuenta.

–Y no te preocupes por las tareas del rancho –dijo Ryder mientras miraba la hora en su reloj–. Ya nos hemos ocupado de enviar el ganado al rodeo de Del Rio y yo salgo para allá ahora mismo para asegurarme de que todo vaya bien.

–Gracias, Ryder –dijo Sam–. Agradezco tu ayuda.

–No tienes que darme las gracias. Tú harías lo mismo por mí si lo necesitara.

–Iremos dentro de un par de días a echarte una mano –dijo T. J. mientras Ryder se encaminaba hacia su todoterreno.

–¿Vamos a reunirnos para celebrar mi cumpleaños el domingo, Bria? –preguntó Jaron, esperanzado–. Ya sabes cuánto me gusta tu tarta de manzana.

–Por supuesto –contestó Bria con una sonrisa.

Se alegró de que Jaron hubiera mencionado su cercano cumpleaños. Planear su fiesta le permitiría concentrarse en algo aparte de en lamentar que las cosas no pudieran ser distintas para Sam y ella.

Aparentemente satisfecho con cómo estaban las cosas, Sam señaló con un gesto de la cabeza el coche de Bria.

–Conduce con cuidado, corazón.

Mientras se encaminaba a su vehículo, Bria se preguntó cómo iba a superar las semanas que se avecinaban sin volverse loca. Sam era demasiado perspicaz como para no reparar en cada pequeño error, y solo era cuestión de tiempo que se diera cuenta de que las cosas entre ellos eran muy distintas a como las recordaba.

Suspiró profundamente mientras se alejaba del rancho. ¿Cómo se las había arreglado para meterse en una situación tan complicada? Y, sobre todo, ¿cómo iba a salir de ella sin desviarse del rumbo que se había trazado para su vida hacía tres meses?

Ya que Rosa, la asistenta y cocinera del rancho, se había tomado un par de semanas libres para ir a visitar a su hermana en San Antonio, Bria estaba en la cocina preparando la cena mientras Sam estaba sentado en el cuarto de estar simulando ver las noticias locales en la

televisión. Bria había insistido en que se lo tomara con calma, y lo estaba intentando, pero le estaba costando verdaderos esfuerzos hacerlo. No estaba acostumbrado a estar sin hacer nada, y se sentía como un completo inútil. Estaba acostumbrado a hacer lo que se suponía que debía hacer un hombre de verdad: trabajar duro y facilitarle la vida a su esposa y a la familia que planeaban tener.

Sonrió al pensar en su negocio. Estaba orgulloso de haber puesto en marcha la empresa de rodeos Sugar Creek de la nada y haber llegado al punto de poder retirarse y no tener que volver a trabajar el resto de su vida. Pero no era eso precisamente lo que tenía planeado. Como solía decir Hank, todo el mundo necesitaba tener un propósito en su vida, y el suyo era trabajar duro para que a Bria no le faltara nunca de nada. A diferencia de lo que su padre biológico hizo con su madre, Sam estaba decidido a lograr que su esposa viera cumplidos todos sus deseos.

Mientras miraba a su alrededor trató de recordar la última vez que había pasado más de dos días seguidos en casa. Resultaba frustrante no tener ni el más mínimo recuerdo, algo que estaba afectando a su orgullo. No era su estilo mostrar el más mínimo indicio de debilidad, y el hecho de que Bria fuera testigo de sus más recientes limitaciones hacía que la situación resultara doblemente humillante.

Se suponía que era él quien cuidaba de ella, no al revés. Desde el momento en que acudió a verlo a la UVI la noche del accidente, Bria se había mostrado distante, y tenía la sensación de que las pocas conversaciones que mantenían le hacían sentirse incómoda. ¿Pensaría que era un inepto por el hecho de haber tenido un accidente? ¿O habría visto cómo lo embestía el toro y aún seguía traumatizada por ello?

Se esforzó en recordar, pero resultó inútil.

–¿Puedes venir un momento, Bria?

Cuando la vio entrar en el cuarto de estar, pensó que era realmente preciosa. Unos mechones de pelo rojizo habían escapado de su cola de caballo y sus mejillas estaban deliciosamente rosadas a causa del calor del fuego de la cocina.

–¿Va todo bien? –preguntó, con una mirada de preocupación en sus bonitos ojos verdes.

–Sí. Solo me preguntaba si estuviste en el rodeo. ¿Viste lo que sucedió?

Bria asintió.

–Estabas… distraído cuando el toro se soltó. Suponía que tus

hermanos te habrían contado todo mientras yo estaba en el pueblo esta tarde.

–Y lo han hecho –Sam frunció el ceño a la vez que movía la cabeza–. Pero no puedo creer que fuera tan descuidado. Normalmente soy muy cauteloso, especialmente con esa raza de toros; son más traicioneros que una serpiente cascabel. ¿Y sabes qué distrajo mi atención justo antes del accidente?

–¿No te lo han contado?

–No.

Bria bajó la mirada.

–Yo acababa de llegar y me estabas mirando.

–Eso no es nada típico de mí. Nunca me permito una distracción cuando estoy trabajando con el ganado. Y cuando tú vas a los rodeos sueles llegar con tiempo de sobra, no cuando casi han acabado. ¿Por qué llegaste tan tarde?

–Ya sabes lo mal que se circula por la I–35 –Bria volvió la mirada hacia la cocina–. Tengo que ir a ver cómo van los espaguetis.

Sam asintió.

–Hablaremos durante la cena.

Cuando Bria salió, Sam se sentía aún más confundido que antes de hablar con ella. ¿Por qué la había estado mirando a ella en lugar de fijarse en lo que hacía? ¿Y por qué parecía Bria tan nerviosa al hablar de aquel tema? ¿Se sentiría responsable de lo sucedió? ¿Se sentiría culpable?

Aquello no tenía sentido. Había sido culpa suya no estar prestando atención a lo que hacía, no de ella.

Al sentir una dolorosa punzada en la parte trasera de la cabeza, gimió y cerró los ojos. La imagen de Bria llorando en el porche delantero destelló de inmediato tras sus párpados cerrados, pero desapareció en unos segundos junto con el dolor de cabeza.

Abrió los ojos. ¿Sucedió realmente aquello durante los meses anteriores? Sintió que se le hacía un nudo en el estómago. En todos los años que llevaban juntos, no recordaba haber visto nunca a Bria con una expresión de tanta infelicidad. ¿Qué habría causado aquella tristeza?

A lo largo de los últimos dos años le había hecho saber en más de una ocasión que no le gustaba que estuviera tanto tiempo fuera de casa. Pero no recordaba que aquello la hubiera disgustado tanto. ¿Se habrían

ido estropeando las cosas entre ellos, o habría sucedido algo que él no recordaba y que había entristecido hasta aquel punto a Bria?

Perdido en sus inquietantes pensamientos, Sam tardó unos momentos en darse cuenta de que Bria estaba a su lado.

–¿Te encuentras bien, Sam?

–Yo… oh, sí –contestó él, sin saber si la imagen que había tenido de ella había sido un recuerdo o un exceso de imaginación por su parte. La tomó de la mano y tiró de ella con suavidad para que se sentara en su regazo–. Estoy bien.

Bria apoyó una mano en su pecho como si tuviera intención de levantarse, pero de pronto se detuvo.

–Algo no va bien. Tu corazón late demasiado deprisa.

Sam la rodeó con los brazos por la cintura y la besó en la punta de la nariz.

–Ya sabes que siempre me sucede eso cuando te tengo cerca, cariño –dijo con una sonrisa.

–¿Quieres venir a la cocina o prefieres que te traiga aquí la comida en una bandeja? –preguntó Bria sin mirarlo a los ojos.

–¿Qué sucede? Y no me digas que nada. Te conozco lo suficientemente bien como para saber cuándo te inquieta algo.

–Yo… supongo que estoy preocupada –dijo Bria lentamente, como sopesando sus palabras.

Sam alzó una mano para apartarle un mechón de pelo de la frente.

–Estoy aquí. Puede que mis músculos aún estén doloridos, pero estoy bien… estamos bien. Y en cuanto el médico me dé el alta para que pueda volver a trabajar, todo volverá a la normalidad.

Cuando acercó sus labios a los de Bria para besarla, ella lo sorprendió apartándose y poniéndose en pie.

–Claro que todo volverá a la normalidad. ¿Cómo no iba a ser así? –sus ojos destellaron de enojo–. Volverás a dedicarte a viajar de un rodeo a otro con el ganado mientras yo… –de pronto se detuvo, respiró profundamente y, para asombro de Sam, sonrió–. Estaré perfectamente. Y ahora, ¿te apetece venir a comer a la cocina, o quieres que te traiga aquí la comida?

Sam frunció el ceño de nuevo.

–¿Qué está pasando Bria?

Si no la conociera tan bien, habría jurado que trataba de ocultarle algo. Pero aquello no tenía sentido. Su relación siempre se había

basado en la sinceridad, en compartir lo que pensaban.

–No te preocupes, Sam. Ha sido un largo día y estoy cansada, eso es todo –Bria volvió a señalar la cocina–. Pero necesito saber dónde quieres comer. Si quieres terminar de ver las noticias…

–Prefiero ir a la cocina –dijo Sam a la vez que se ponía lentamente en pie–. Apenas estaba prestando atención a las noticias. Ya que no recuerdo lo que ha pasado en el mundo los últimos seis meses, apenas tiene sentido lo que escucho.

Mientras seguía a Bria a la cocina, Sam no pudo contener una sonrisa. A pesar de que ya llevaban tres años casados, aún le encantaba contemplar el sensual balanceo de su redondeado trasero. Aquella visión siempre hacía que le subiera la temperatura, y Bria estaba especialmente atractiva con el ligero vestido rosa de verano que llevaba aquella tarde, cuyos tirantes no dejaban de deslizarse por sus hombros.

Su sonrisa se agrandó. Aunque no estaba acostumbrado a no hacer nada y consideraba que no estar trabajando era perder el tiempo, tenía la sensación de que, a pesar de todo, aquel tiempo de descanso obligado no iba a estar tan mal. Ya hacía más de un año que Bria insistía para que no trabajara tanto y pasara más tiempo con ella, y no había motivo por el que no pudiera disfrutar de aquellas inesperadas vacaciones mientras duraran. De hecho, tal vez era justo lo que necesitaban para hacer el bebé que ambos deseaban tener.

En cuanto Sam se situó tras ella en el fregadero, Bria experimentó un cálido cosquilleo de anticipación que le recorrió de la cabeza a los pies un instante antes de que la rodeara por detrás con sus brazos. La química entre ellos siempre había sido así. Sam solo tenía que entrar en la misma habitación en la que estaba ella para que todos sus sentidos se pusieran alerta.

–¿Por qué no usas el lavavajillas para fregar los platos? –preguntó Sam. Su cálido aliento acarició el cuello de Bria, que experimentó una oleada de involuntario anhelo.

Nada le habría gustado más que volverse para permitir que la besara hasta que le flaquearan las rodillas, pero recuperar los viejos hábitos no era precisamente lo que le convenía para reconstruir su vida una vez que Sam recuperara la memoria y ella pudiera irse definitivamente del rancho Sugar Creek. No debía olvidar aquello.

Se concentró en el plato que estaba fregando y encogió los

hombros.

–Ya que Rosa ha ido a visitar a su hermana y apenas ha habido gente en la casa estos días, no hay suficiente vajilla sucia como para llenar el friegaplatos. Además, después de que contratáramos a Rosa las únicas oportunidades de hacer de ama de casa es cuando celebramos el cumpleaños de alguno de los chicos. He echado de menos cocinar y fregar. Hacía que me sintiera útil y necesitada.

–Se me ocurre una actividad mucho más entretenida para que te sientas realmente necesitada –murmuró Sam en tono grave e íntimo antes de inclinarse para besarla en el cuello–. ¿Por qué no metes el resto de la vajilla en el friegaplatos y subes arriba conmigo. No recuerdo la última vez que te hice el amor, pero tengo la sensación de que fue hace mucho.

Bria no supo si fue a causa de la tentación de volver a ser amada por él, de experimentar su ternura y la maestría de sus caricias, o a causa del temor a no ser capaz de resistirse, pero su corazón se puso a latir como si acabara de correr un maratón.

–Creo que eso no sería conveniente –dijo a la vez que se subía instintivamente el tirante de su vestido.

Sam le hizo volverse entre sus brazos.

–¿Te importa explicarme por qué?

–El doctor ha dicho que ambos debíamos tomárnoslo con calma unos días, y pienso asegurarme de que sea así –dijo Bria con toda la firmeza que pudo.

–De acuerdo –Sam sonrió traviesamente–. En ese caso, me limitaré a permanecer tumbado mientras tú me haces el amor.

Bria recordó cómo eran las cosas al principio de su matrimonio: el jugueteo, la incapacidad de ambos para mantener las manos quietas… Aquello fue antes de que la empresa de Sam y sus hermanos se volviera un auténtico éxito y Sam empezara a volverse más y más obsesionado con lograr que fuera más grande y mejor que la de cualquiera de sus competidores.

–Tengo una idea mejor –dijo a la vez que se volvía de nuevo hacia el fregadero–. ¿Qué te parece si termino de fregar y luego salimos juntos al porche a ver la puesta de sol?

–¿Lo dices en serio? –preguntó Sam, frustrado–. ¿Prefieres ver la puesta de sol que subir a tratar de hacer un bebé conmigo?

El pecho de Bria se contrajo ante la mención del bebé que ambos

habían querido. Sam no podía recordarlo y ella no podía decirle que hubo un bebé… un bebé que ambos deseaban y que ella perdió. Tampoco podía decirle cuánto le afectó la ausencia de Sam después de que abortara.

–No es buen momento, Sam…

–Ah, se trata de eso –dijo Sam en un tono repentinamente comprensivo–. ¿Por qué no me has dicho directamente que tenías el periodo?

Bria estaba a punto de explicarle que no era buena idea tratar de tener un hijo mientras se estaba recuperando de su conmoción cerebral, pero el error de Sam le serviría de excusa durante unos días.

–Tenía otras cosas en la cabeza –contestó evasivamente. Para cambiar de tema, añadió–: ¿Por qué no sales al porche y te instalas en el balancín mientras yo termino aquí?

–Ya que parece que eso es lo más excitante que voy a lograr hacer esta tarde, supongo que saldré –Sam se inclinó para besar a Bria en el cuello antes de encaminarse hacia la puerta–. No tardes.

Bria esperó a que Sam cerrara la puerta antes de apoyarse con un suspiro contra el borde del fregadero. Para cuando Sam recuperara la memoria, iba a estar agotada de andar evadiendo la verdad… y la tentación. Por enfadada y desilusionada que hubiera estado con Sam durante los pasados meses, y por muchas veces que se repitiera que no podía vivir con un hombre que nunca estaba a su lado cuando lo necesitaba, aún lo quería, aún lo deseaba.

Decidiendo que iba a necesitar refuerzos, terminó de fregar rápidamente y fue al estudio a llamar por teléfono. Su hermana contestó a la segunda llamada.

–Necesito ayuda, Mariah. Ven al rancho en cuanto puedas para pasar un par de días.

–Pensaba que solo ibas a tardar unos minutos –dijo Sam cuando Bria salió al porche–. Estaba a punto de entrar a buscarte, corazón.

En lugar de sentarse junto a él en el balancín, Bria fue a apoyarse en la barandilla del porche.

–Estaba hablando por teléfono con mi hermana.

–¿Cómo está Mariah? –preguntó Sam, incapaz de recordar la última vez que había visto a su cuñada. Cinco años más joven que Bria, las dos hermanas eran carne y uña, como sus hermanos y él.

–Va a venir de Amarillo a pasar el fin de semana –dijo Bria, sonriente–. Se ha ofrecido a ayudarme a preparar la comida para el cumpleaños de Jaron.

A Sam no le sorprendió que Mariah estuviera dispuesta a asistir al cumpleaños de su hermano. Aparte de que la vivaz morena asistía a todas las celebraciones de cumpleaños que Bria organizaba para él y sus hermanos, no era ningún secreto que Mariah estaba colada por Jaron. Tampoco era ningún secreto que Jaron la consideraba terreno prohibido porque era la hermana de Bria y tenía diez años menos que él.

–Me alegrará mucho volver a verla –dijo Sam sinceramente. Le gustaba su cuñada y pensaba que sería buena para Jaron, que lo ayudaría a asentarse–. ¿Por qué no vienes a sentarte aquí? –preguntó al ver que Bria seguía junto a la barandilla.

Bria dudó un momento antes de ir a sentarse en el balancín junto a él.

–Parecías muy cómodo y no quería molestarte.

–El toro no me dejó inválido –dijo Sam, frustrado–. Soy más fuerte que eso…

–Lo sé, pero…

–Pero nada –interrumpió Sam mientras pasaba un brazo por los hombros Bria y la atraía hacia sí–. Eres mi esposa. Aquí es donde quiero que estés y donde te corresponde estar… entre mis brazos.

Sin darle tiempo a reaccionar, Sam inclinó la cabeza y cubrió los labios de Bria con los suyos para disfrutar de la dulzura de la mujer a la que quería más de lo que nunca había creído posible. Al principio, Bria se tensó entre sus brazos como si fuera a apartarse, pero entonces, con un gemido, deslizó los brazos en torno al cuello de Sam y le devolvió el beso apasionadamente.

Considerándose incapaz de resolver los misterios de la mente de una mujer, Sam profundizó su beso. Ya tendría tiempo de pensar más adelante. En aquellos momentos, Bria estaba entre sus brazos y eso era todo lo que importaba.

La reacción de su cuerpo no fue solo predecible, sino inmediata. Estaba ardiendo y lo único que deseaba en aquellos momentos era hundirse en el cuerpo de su mujer. Pero el momento no era adecuado. No lo era para Bria y, por mucho que le costara admitirlo, él tampoco estaba al cien por cien, y jamás se entregaba a menos del cien por cien

a su mujer cuando hacían el amor.

–Corazón… –dijo mientras se apartaba de ella, reacio–. Creo que será mejor que nos lo tomemos con calma. Tú no puedes hacer el amor ahora y yo preferiría no tener que darme una ducha de agua fría.

Bria parpadeó como si estuviera saliendo de un trance. Luego se puso rápidamente en pie y se encaminó hacia la puerta.

–No puedo hacer esto… –murmuró, y su voz se quebró como si estuviera a punto de llorar–. No… no va a funcionar.

Sam se levantó con intención de seguirla, pero en cuanto estuvo en pie experimentó un intenso mareo seguido de una intensa punzada de dolor en la cabeza.

Gruñendo, volvió a sentarse mientras la imagen de Bria diciendo aquellas mismas palabras en otra ocasión cruzaba su mente.

Bria acudió de inmediato a su lado, solícita.

–¿Qué te sucede, Sam?

–Estoy un poco… aturdido –contestó Sam, esforzándose por recordar por qué se disgustó Bria con él. Pero la imagen se esfumó de su mente con tanta rapidez como había llegado.

–Creo que sería mejor que te acostaras –Bria le acarició instintivamente la mejilla–. Has estado levantado desde que te han traído, y necesitas descansar. Aún estás débil y…

–Maldita sea, Bria. Ya te he dicho que no soy una especie de delicada planta de interior.

–Deja que te ayude a ir a la cama –suplicó ella–. Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por mí, para tranquilizarme.

Sam supo que no iba a dejarlo tranquilo hasta que le hiciera caso y, quisiera aceptarlo o no, lo cierto era que estaba agotado. Sin admitir verbalmente que estaba cediendo, asintió secamente y se puso en pie. Bria solo trataba de hacer lo que consideraba mejor para él, y él lo apreciaba, aunque hacerlo no sirvió para aplacar su orgullo. Se suponía que un hombre no debía mostrarse débil y frágil ante su mujer. Era posible que su padre biológico lo hubiera hecho sin ningún recato, pero él no. Que Bria lo viera así era, probablemente, lo más humillante que había tenido que soportar en su vida. En aquel mismo momento juró que, mientras pudiera evitarlo, aquello no volvería a suceder.

Capítulo Tres

Bria se levantó temprano tras haber pasado la noche sin apenas pegar ojo en una de las habitaciones para invitados. Estar en el rancho Sugar Creek le despertaba sentimientos encontrados. Le encantaba la gran casa que Sam hizo construir cuando se casaron, y habían disfrutado juntos de muchas puestas de sol sentados en el porche mientras charlaban de sus cosas.

Pero eso había sido antes de que, a causa del éxito de su empresa, Sam se viera obligado a viajar por todo el país para llevar su ganado a los rodeos que lo contrataban. Desde entonces, Bria había contemplado a solas casi todas las puestas de sol.

No tener que preocuparse por el dinero era agradable, pero no lo era todo. Tener a su marido en casa, charlar sobre cómo les había ido el día y acurrucarse entre sus brazos por las noches habría significado mucho más para ella.

Con un suspiro, centró su atención en el beicon que estaba cocinando para el desayuno de Sam. Seguro que este iba a preguntarle que por qué no había dormido con él, y no sabía qué iba a decirle. No iba a mentir, pero tampoco podía contarle que estaban en proceso de divorcio. Tratar de hacerlo todo para evitarle estrés iba a hacer que ella se volviera loca.

Mientras subía con la bandeja, pensó que a Sam no le iba a hacer mucha gracia que le llevara el desayuno a la cama. Su orgullo, y la gran seguridad que tenía en sí mismo, habían sido una de las cosas que la atrajeron de él al principio.

Desafortunadamente, según fue pasando el tiempo aquellas dos cualidades se habían convertido en un obstáculo y en uno de los motivos por los que había sentido que no tenía otra opción que dejarlo.

Pero el accidente había cambiado aquello… al menos

temporalmente.

Por primera vez en los cinco años que habían pasado juntos, sentía que Sam la necesitaba para algo más que para ser el objeto de su afecto.

Cuando entró en la habitación fue a dejar la bandeja en el tocador y a continuación se acercó a la cama para despertar a Sam.

–¿Sam? ¿Quieres levantarte? Te he traído el desayuno.

Sin darle tiempo para darse cuenta de que estaba despierto, Sam la rodeó con los brazos por la cintura y tiró de ella hasta que quedó sobre él en la cama.

–Soy perfectamente capaz de ir hasta la cocina para comer –dijo–. Pero lo que quiero para desayunar no está en la cocina. Lo tengo entre mis brazos.

El brillo de sus ojos azules dejó a Bria sin aliento.

–Creía que… ya habíamos aclarado esto ayer. Te dije que no es…

–Que no es un buen momento, ya lo sé –Sam le dedicó una perezosa sonrisa–. Pero hacer el amor no consiste solo en tener sexo –añadió antes de acariciar los labios de Bria con los suyos–. También es besarse… y acariciarse –dijo, y la besó a la vez que deslizaba una mano bajo su camiseta sin tirantes.

Bria sintió que todo su cuerpo se acaloraba cuando Sam profundizó su beso. Sabía que estaba jugando con fuego, y que lo único que conseguiría sería sufrir si le permitía continuar.

Afortunadamente, el móvil de Sam sonó en el momento en que estaba a punto de desabrocharle el sujetador. Mientras él maldecía y alargaba la mano hacia la mesilla, ella aprovechó la ocasión para salir de la cama.

Sam comprobó quién llamaba antes de contestar.

–Eres muy inoportuno, hermanito –gruñó, impaciente–. Más vale que me llames por algo importante.

Mientras él aseguraba a su hermano Nate que estaba bien, Bria fue a por la bandeja.

–Tu hermano se ha levantado muy temprano –dijo cuando Sam colgó.

–Seguro que anoche no se acostó –Sam movió la cabeza–. Le he dicho un montón de veces que debería invertir su dinero en un rancho y luego buscarse una buena mujer que lo ayude a sentar la cabeza. Pero me temo que es demasiado alocado.

Bria quería a su cuñado, pero, desde que lo conocía, sabía que sus aventuras con el sexo opuesto eran innumerables. Le encantaban las mujeres y él les encantaba a ellas.

Sam frunció el ceño al verla con la bandeja en la mano.

–Ya te he dicho que puedo ir a desayunar a la cocina –dijo a la vez que empezaba a salir de la cama.

–El mareo que sufriste anoche indica que aún tienes que tomarte las cosas con calma –Bria le entregó la bandeja en lugar de arrojársela sobre el regazo, como le habría gustado–. Y, te guste o no, me gusta cuidarte.

El orgullo de Sam empezaba a ponerla de los nervios, pero no quería disgustarlo. Había vuelto al rancho temporalmente para que estuviera tranquilo y para que recuperara la memoria, no para prolongar su amnesia. Cuanto antes recordara los acontecimientos de los seis meses anteriores, antes podría seguir ella adelante con su vida.

–El mareo de ayer no fue nada –dijo Sam, irritado. Trató de devolverle la bandeja, pero Bria lo ignoró–. Voy a tomar una ducha y a vestirme.

–No quiero discutir, Sam –Bria tuvo que hacer verdaderos para no darle unos cuantos almohadazos–. Siéntate, disfruta de tu desayuno y toma la ducha luego.

Al ver que Sam hacía caso omiso de sus palabras y se levantaba, no pudo contenerse.

–Me gustaría que, al menos por una vez, me dejaras sentir que soy tu esposa y me permitieras hacer algo por ti. Supondría un cambio refrescante sentir que me necesitas para algo más que para hacer el amor.

Sam frunció el ceño.

–¿Qué diablos quieres decir con eso?

Bria supo que, si no se contenía, acabaría diciendo más de lo que Sam podía escuchar.

–Voy a llevarme esto a la cocina –dijo a la vez que recogía de nuevo la bandeja–. Me gustaría que esperaras a que regresara antes de meterte en la ducha, pero sé que no me harás ningún caso, y estoy cansada de tener que insistir para que cumplas las órdenes del médico.

–No necesito…

–Déjalo, Sam –dijo Bria mientras se encaminaba hacia la puerta–. Ya te he oído decir eso en innumerables ocasiones.

De pie bajo el agua de la ducha, Sam frunció el ceño mientras trataba de comprender por qué estaría tan disgustada Bria. ¿A qué se habría referido al decir que, al menos por una vez, le permitiera sentir que era su esposa?

Recordaba un par de ocasiones en los dos últimos años en que le había dicho algo parecido, pero no lo había entendido entonces mejor que ahora. ¿Acaso mimarlo le hacía sentirse más como una auténtica esposa? ¿O querría que él permaneciera quieto mientras ella se lo hacía todo?

Si era así, iba a llevarse una gran decepción. No pensaba permitir que ninguna mujer lo cuidara. Ningún hombre de verdad permitiría algo así.

Desde el momento en que supo que quería casarse con ella se había esforzado para ofrecerle la mejor clase de vida posible. Había hecho todo lo posible para que tuviera todo lo que necesitara o deseara. ¿No era eso lo que se suponía que hacía un marido? ¿Qué más quería de él?

Echaba de menos tanto como ella la primera época de su matrimonio, pero así eran las cosas. Había tratado de hacerle ver una y otra vez que todo lo que hacía, cada minuto que pasaba en el circuito de rodeos, era para ella y para la familia que esperaban tener. ¿Por qué no lograba comprenderlo?

Una repentina palpitación en las sienes le hizo cerrar los ojos y tuvo que apoyarse contra la pared de la ducha. La imagen de una llorosa Bria apareció tras sus ojos cerrados.

«Necesitaba a mi marido a mi lado cuando perdí el bebé, Sam. Necesitaba que me abrazaras y me dijeras que todo iba a ir bien. Pero tú no estabas conmigo. Tú nunca estás aquí. Siempre estás viajando y yo estoy aquí, sola».

Sam abrió los ojos, sintiéndose como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. El recuerdo había sido breve, pero sabía con certeza que era muy real. Bria había estado embarazada y había perdido al bebé.

Trató de recordar lo sucedido, por qué había abortado Bria y dónde estaba él en aquellos momentos. Pero cuanto más se esforzaba por recordar, más frustrado se sentía. No lograba recordar cuándo se quedó embarazada Bria ni de cuántos meses estaba cuando perdió al bebé.

Respiró profundamente. No era extraño que él se encontrara en un rodeo cuando sucedió. Aquello era a lo que se dedicaba, de lo que

vivía, y suponía que Bria lo comprendía.

Mientras seguía pensando en ello empezó a sentirse culpable, y avergonzado. No volvió a casa de inmediato, y eso era algo que nunca podría llegar a perdonarse. Su orgullo le había impedido acudir junto a Bria cuando más lo necesitaba. Pero había necesitado tiempo para volver a ver a Bria sin que se le notara cuánto le había afectado la pérdida de su hijo. Si hubiera vuelto de inmediato, Bria habría pensado que se había casado con un hombre débil e inepto, no con el hombre fuerte y seguro de sí mismo que había creído.

Cerró el agua, tomó una toalla y se secó rápidamente. Mientras se vestía se preguntó cómo iba a hacer ver a Bria que había recordado su pérdida sin causarle más daño del que ya había sufrido. No era de extrañar que pareciera especialmente irritable. Y su accidente con el toro no había servido más que para aumentar su preocupación.

Mientras se calzaba, se maldijo a sí mismo por su falta de memoria y por haber hecho referencias al hecho de que estaban tratando de tener un bebé. ¿Sería aquel el motivo por el que Bria había dicho que no se sentía como su esposa? ¿Creería que hacía aquellos comentarios a propósito para hacerle daño?

No creía que fuera así. Bria era más razonable que eso. Debía sucederle alguna otra cosa, y estaba decidido a averiguar de qué se trataba.

Estaba a punto de bajar las escaleras cuando notó que faltaban todas las fotos que solía haber en una de las paredes. ¿Qué habría sido de ellas? Cuando Bria y él se casaron, lo primero que hizo Bria fue elegir aquella pared para poner las fotos familiares. Pero las fotos de su boda habían desaparecido junto con todas las demás. ¿Qué más habría cambiado en los meses pasados?, se preguntó mientras seguía bajando las escaleras.

–¿Qué has hecho con todas las fotos que había en la pared de la escalera, Bria? –preguntó en cuanto entró en la cocina.

–Las quité –dijo Bria sin dar más explicaciones. Estaba de espaldas a él pero, por la caída de sus hombros, Sam notó que seguía disgustada.

Apartó una silla de la mesa y se sentó frente al desayuno que Bria había vuelto a traer del dormitorio.

–¿Cuándo las quitaste?

–Hace ya un tiempo.

–¿Por qué?

–Pensé que quedarían mejor en algún otro sitio –Bria sirvió café en una taza y llevó esta a la mesa–. Mientras desayunas voy arriba a hacer la cama. Volveré en unos minutos.

Mientras Bria salía de la cocina, Sam decidió no mencionarle el recuerdo que había tenido sobre el bebé. No quería disgustarla más. Además, ya que había empezado a recuperar la memoria, tal vez no tardaría en recordar lo que sucedió.

Tomó el tenedor y empezó a comer los huevos revueltos, pero frunció el ceño al recordar las cosas que había dicho Bria arriba. ¿Por qué pensaba que solo la necesitaba para hacer el amor? De pronto perdió el apetito. Dejó el tenedor en el plato y tomó la taza de café. ¿En qué sentido quería que dependiera de ella? ¿Y por qué iba a querer una mujer a un hombre así?

Movió la cabeza. No estaba seguro, pero el infierno tendría que congelarse antes de que él se convirtiera en un hombre como Joe Rafferty, su padre biológico. Casi nunca pensaba en su vida antes de ir al rancho Last Chance. No estaba orgulloso de su procedencia, o de lo que había hecho para sobrevivir tras la muerte de su madre, pero, como Hank solía decir, el pasado era historia y no podía cambiarse, de manera que no merecía la pena perder el tiempo pensando en él. Pero, ocasionalmente, cuando se permitía pensar en su vida anterior a entrar en el sistema de familias de acogida, no podía evitar preguntarse cómo habrían acabado Nate y él si las autoridades no hubieran intervenido después de que su irresponsable padre los abandonara.

Mientras su madre vivió, la vida que llevaron no fue tan mala, por supuesto. Eran muy pobres, pero Susan Rafferty nunca permitió que sus hijos lo supieran. Se ocupó de que tuvieran todo lo que necesitaban, pero pagó un alto precio por ello. A veces tuvo que trabajar doce horas al día siete días a la semana mientras su marido se dedicaba a haraganear y a poner excusas por la pérdida de su enésimo trabajo.

–¿Has escuchado lo que te he dicho? –preguntó Bria.

–Lo siento, pero no estaba prestando atención –perdido en sus recuerdos, Sam no se había dado cuenta de que ya estaba de vuelta en la cocina.

–He preguntado si te gustaría dar un paseo hasta el riachuelo cuando termines de desayunar –Bria sonrió–. Tal vez te gustaría pescar mientras yo leo un rato.

–Eso suena bien. Además, cualquier cosa será mejor que estar aquí sentado sin hacer nada –añadió Sam, alegrándose al ver que Bria parecía de mejor humor.

Ella señaló su plato.

–¿No vas a comer eso?

–Ya te he dicho arriba lo que me apetecía para desayunar –dijo Sam con una traviesa sonrisa–. Pero, ya que no está en el menú, creo que me conformaré con la taza de café.

Bria asintió.

–Una sabia elección, señor Rafferty.

Mientras caminaban hacia el riachuelo que había tras el granero, Bria observó disimuladamente a Sam para asegurarse de que no se cansara en exceso.

Se notaba que estaba mejor, pero, aunque él no estuviera dispuesto a admitirlo, también era cierto que se cansaba fácilmente.

Suspiró pensando en la pequeña discusión que habían tenido. No debía sacar a relucir temas sobre los que habían discutido durante los dos años anteriores sin llegar a ninguna solución. No tenía sentido hacerlo, porque Sam no parecía entender lo que trataba de decirle y, probablemente, nunca lo entendería. Pero no le gustaba que fuera tan testarudo y se negara a admitir que tal vez necesitara ayuda. Por eso había arremetido verbalmente contra él, algo que no debía repetirse. Desde que había salido del hospital, Sam ya le había interrogado varias veces sobre lo que estaba pasando, y no sabía si iba a ser capaz de seguir danzando en torno a la verdad.

–¿Qué te parece si nos sentamos bajo el álamo? –preguntó cuando llegaron al riachuelo.

Sam asintió y miró a lo alto.

–Parece que hoy va a hacer mucho calor. Cualquier pez que se precie estará metido en algún agujero de la orilla para estar más fresco.

–¿No vas a intentar pescar alguno? –preguntó Bria mientras extendía la manta de picnic bajo el árbol.

–Claro que sí –Sam sonrió–. Solo lo decía para que no te sorprendas si suelto alguna maldición, juro que nunca volveré a pescar y luego me echo una siesta.

Bria rio.

–En otras palabras, no vamos a tener pescado para cenar.

–Es muy poco probable, cariño –dijo Sam mientras se sentaba en el borde de la manta.

Bria trató de ignorar la nostalgia que le produjo la relajada conversación que estaban manteniendo. Aquella era una faceta de Sam de la que apenas había disfrutado en los dos últimos años, y la había echado de menos.

Mientras él hacía sus preparativos para pescar, ella apoyó la espalda contra el árbol y abrió su libro. Perderse en una buena historia era mucho más fácil que dedicarse a recordar cómo solía ser su vida con Sam, o a fantasear sobre las posibilidades que pudieran tener en el futuro. En cuanto el médico permitiera a Sam volver a trabajar, hubiera recuperado o no la memoria, sabía que volvería a sus hábitos de adicto al trabajo y ella acabaría pasando la mayor parte del tiempo sola.

Media hora después, cuando Sam dejó su caña de pescar, se quitó el sombrero y apoyó la cabeza en el regazo de Bria, esta se sobresaltó. Finalmente había logrado concentrarse en la lectura y no se dio cuenta de que Sam había renunciado a pescar algo.

–No te he escuchado maldecir ni decir que no piensas volver a pescar nunca más.

–Supongo que me estoy ablandando con la edad –dijo Sam con una sonrisa a la vez que alzaba una mano para acariciar con delicadeza la barbilla de Bria–. He decidido dejar tranquilo a ese viejo siluro.

–¿Y eso? –preguntó Bria, devolviéndole la sonrisa.

–He pensado que probablemente estaría en algún agujero de la orilla con su dama y que sería una pena estropearle la fiesta –Sam guiñó un ojo con expresión cómplice–. A mí no me gustaría nada que lo hicieran.

El seductor tono de su voz hizo que sonaran campanillas de advertencia en la cabeza de Bria. No podía caer en los viejos patrones de comportamiento. Nada había cambiado entre ellos. Cuando Sam estaba en casa siempre se mostraba atento y le hacía saber sin rodeos que la deseaba. El único problema era que aquello sucedía muy pocos días del mes, y para ella no era suficiente, sobre todo teniendo en cuenta que Sam podría haber delegado en alguno de los trabajadores del rancho la responsabilidad de viajar con el ganado. Pero el negocio no había dejado de crecer, y Sam se había sumergido tanto en su trabajo que había acabado por olvidar las esperanzas y sueños que tenían para su vida.

–Pareces muy seria –dijo él a la vez que le quitaba el libro de las manos y lo dejaba sobre la manta.

–Ya que está claro que no vamos a tener pescado, me estaba preguntando qué preparar para cenar –contestó Bria, aferrándose a lo primero que se le ocurrió–. ¿Te apetece pollo o chuleta?

Sam rio.

–He nacido y me he criado en Texas, cariño. ¿Tú que crees que prefiero?

Bria hizo un esfuerzo por sonreír.

–Supongo que una buena chuleta.

–Tengo una idea –dijo Sam, pensativo–. ¿Por qué no vamos a Beaver Dam esta tarde y comemos en el Broken Spoke Roadhouse?

Al principio, Bria pensó que no era buena idea. Sam conocía a varios rancheros de la zona. ¿Y si alguien se había enterado de su separación y se la mencionaba? Pero enseguida abandonó aquella idea. Sam era un hombre que preservaba celosamente su intimidad y no habría mencionado aquello a nadie a menos que hubiera sido completamente necesario.

–Eso suena bien –dijo finalmente–. ¿Seguro que estás bien como para ir?

Sam frunció el ceño.

–Ya te he dicho que, aparte de haber perdido la memoria, me siento perfectamente –tras dar un largo bostezo, tomó su sombrero y se cubrió los ojos–. Creo que me voy a echar una siesta antes de almorzar.

Mientras Sam dormía, Bria trató de concentrarse en su libro. Mientras estuviera centrada en las aventuras de su protagonista no tendría que pensar en el hombre que dormía tan plácidamente como un niño con la cabeza apoyada en su regazo, el hombre que le estaba haciendo pasar por la prueba más difícil a las que había tenido que enfrentarse en sus veintiocho años de vida.

Capítulo Cuatro

En cuanto entraron en el Broken Spoke, Sam notó las apreciativas miradas que varios vaqueros dirigieron a Bria. No había duda de que era la mujer más guapa que había allí y, probablemente, la más guapa que habían visto en mucho tiempo.

El Broken Spoke era el típico bar restaurante del oeste, con mesas de formica, sillas de plástico y cromo y música country sonando a todo volumen en la máquina de discos, pero estaba limpio y servían las mejores chuletas de los alrededores. Normalmente estaba lleno, sobre todo de hombres, y aquella noche no era una excepción.

–Puede que esto no haya sido buena idea –murmuró Sam mientras miraba a su alrededor con el ceño fruncido.

Bria lo miró con expresión interrogante.

–Creía que te gustaba la comida que sirven.

–Y me gusta. Lo que no me gustan son las miradas que te dirige la mitad de la clientela.

Bria rio mientras se sentaba, pero no hizo ningún comentario.

Sam dedicó una desafiante mirada a un joven vaquero pelirrojo que se quedó mirando a Bria más tiempo del que consideraba educado. El joven apartó la mirada de inmediato y la centró en su plato.

–Veo que han añadido una pequeña pista de baile desde la última vez que vinimos –Bria señaló una zona cercana a la máquina de discos.

–Tendremos que bailar un par de baladas antes irnos –dijo Sam, sonriente. Que él supiera, no había nada en el mundo que le gustara a Bria más que bailar.

–Puede que no sea buena idea –dijo Bria, preocupada–. Ya has pasado un día bastante ajetreado y no quiero que te excedas.

–No he sufrido un mareo en todo el día –replicó Sam, frustrado–, y desde que vine del hospital no me has permitido hacer nada más que

estar sentado o tumbado.

–Llegaste ayer mismo del hospital.

–No estoy acostumbrado a no hacer nada, Bria –protestó Sam.

Bria lo miró un momento antes de mover la cabeza.

–¿Te importa que hablemos de esto luego, Sam? No quiero estropear la comida discutiendo contigo.

Sam cubrió con su mano la de Bria y sonrió.

–Me parece buena idea, cariño. Pero te aseguro que un par de bailes lentos después de comer no me van a sentar mal.

Mientras acariciaba la mano de Bria, Sam notó que algo no iba bien.

Al bajar la mirada vio que no llevaba puesto el anillo de compromiso ni el de la boda. Sabía que solo se los quitaba para fregar o ducharse. ¿Dónde estarían?

–¿Por qué no llevas tus anillos? –preguntó a la vez que le acariciaba el dedo anular.

Observó que Bria se mordía el labio inferior, como tratando de decidir qué decir.

–Los he dejado… en casa.

–¿Por qué?

–He olvidado… ponérmelos –respondió ella sin mirarlo.

Su tono hizo preguntarse a Sam si creería que estaba enfadado por el hecho de que no los llevara. Pero aquello no tenía sentido. Él no era el típico marido controlador, y nunca le había exigido que los llevara a toda costa. Él mismo tenía que quitarse el suyo a menudo para trabajar con el ganado.

–No te preocupes, Bria. No pasa nada –sonrió–. Estamos igual de casados llevemos el anillo o no.

Bria asintió y tomó el menú de la mesa.

–Supongo que no tengo que preguntarte qué vas a pedir.

–No. Voy a tomar mi habitual bistec con ensalada de repollo, judías y patatas fritas.

–¡Qué imaginativo! –replicó Bria, riendo.

–Si soy algo, es predecible.

La risa de Bria sonó como música a oídos de Sam. Últimamente no la había escuchado a menudo, y había echado de menos aquel encantador sonido.

Cuarenta y cinco minutos después, cuando ya habían dado cuenta

de su comida y de la tarta de nueces que habían pedido de postre, alguien puso una popular balada country en la máquina de discos.

–¿Te apetece bailar, corazón? –preguntó Sam.

Bria volvió la mirada hacia la pista de baile.

–Solo si prometes avisarme si te mareas o te cansas.

Sam se puso en pie y le ofreció la mano.

–Te lo prometo.

Cuando Bria sonrió y aceptó su mano, el corazón de Sam se detuvo un momento. Sin duda alguna, su esposa era la mujer mas sexy y deseable que había conocido, y él era realmente afortunado por ello.

Cuando la abrazó y ella lo rodeó con los brazos por el cuello, no se sorprendió al comprobar que se había excitado. Miró sus luminosos ojos color esmeralda, la atrajo hacia sí y fue testigo del instante en que Bria se hizo consciente de la evidencia de su excitación, suavemente presionada contra su estómago.

–Tal vez sería mejor que nos sentáramos, Sam –dijo a la vez que trataba de apartarse de él–. Podrías marearte.

Sam la retuvo contra sí.

–Estoy perfectamente, cariño. Eso es solo un mito.

Bria pareció confundida.

–¿Qué quieres decir?

–Un hombre tiene suficiente sangre como para mantener en pie ambas cosas –susurró Sam junto a su oído.

–No me refería a eso –dijo Bria, ruborizada.

–¿Y a qué te referías? –preguntó Sam, y a continuación la besó en la punta de la nariz.

–Suponía que no querrías que todo el mundo se enterara de que estás sintiéndote… amoroso –susurró Bria.

Sam miró a su alrededor.

–La iluminación es tan mala que no creo que eso sea un problema –se echó el sombrero hacia atrás, sonrió y apoyó frente contra la de Bria–. Pero da igual. Según he oído, se considera perfectamente aceptable que un hombre se excite cuando abraza a su mujer, sobre todo cuando su mujer es la mujer más sexy del estado.

–Estoy un poco cansada –Bria se apartó de él–. Creo que lo mejor sería que nos fuéramos.

–De acuerdo –confundido por la urgencia de su tono, Sam la siguió hasta la mesa. Dejó dinero suficiente para pagar la cena, tomó a Bria de

la mano y salieron del restaurante. Cuando llegaron al coche, alargó una mano para que le diera la llave–. Estás cansada. Yo te llevo a casa.

–Ya hemos hablado de esto, Sam –replicó Bria en tono impaciente–. Más vale que te vayas acostumbrando. No vas a conducir hasta que el médico te lo permita. Y ahora, sube al coche o juro que te dejo en el aparcamiento.

Era obvio que le sucedía algo, pero Sam decidió no presionarla para que le contara de qué se trataba y ocupó el asiento del acompañante sin rechistar.

Apenas hablaron en el camino de vuelta. Bria sabía que había actuado irracionalmente, pero no había podido controlar sus nervios. Llevaba veinticuatro horas sometida a una gran tensión, simulando que no pasaba nada, que aún seguían felizmente casados. Desafortunadamente, Sam no recordaba que no era así, y había lanzado un ataque sensual que estaba amenazando con volverla loca.

Además, tenía que arreglárselas para ocultar la verdad sobre su relación sin mentir. Cuando Sam le había preguntado por sus anillos, le había dicho la verdad. Tres meses atrás, cuando se fue del rancho, se los quitó y los dejó en una cajita de terciopelo negro sobre el tocador. Había olvidado buscarlos para ponérselos, pero, dadas las circunstancias, y lo ocupada que había estado simulando que todo seguía como siempre, lo raro era que aún recordara su propio nombre.

Al detener el coche ante la casa del rancho, se sorprendió al ver que Sam no hacía nada por salir.

–¿Sucede algo malo, Sam? –preguntó, preocupada.

–Dímelo tú, Bria –Sam volvió el rostro hacia ella y la miró a los ojos.

Bria contuvo el aliento. ¿Habría recordado algo? ¿Algo sobre los problemas de su matrimonio?

–No sé a qué te refieres.

–Hubo una época en que te encantaba que te demostrara cuánto te deseo, el efecto que ejerces sobre mí –Sam movió la cabeza–. Sin embargo, ahora te pones de uñas cada vez que me acercó a ti.

–Sam, yo…

–¿Hay algún otro? –la interrumpió Sam con repentina dureza–. Si lo hay, te garantizo que va a tener que luchar por conservar su miserable vida.

–No hay ningún otro. Solo tú –dijo Bria–. Eres el único hombre con el que he querido estar.

Sam debió captar la sinceridad de sus palabras, porque su tono se suavizó.

–Entonces, ¿cuál es el problema, cariño? Ya sabes que puedes decirme cualquier cosa.

Bria cerró un momento los ojos mientras luchaba contra el impulso de arrojarse entre sus brazos para que la abrazara hasta que todos sus problemas desaparecieran.

Pero aquello era algo que no podía permitirse. Nunca había funcionado y sabía que no iba a hacerlo ahora.

–Supongo que me estoy dejando llevar por los nervios –logró decir finalmente.

–Siento que hayas tenido tantas preocupaciones últimamente –Sam se inclinó hacia ella y la besó con tal ternura que Bria sintió deseos de llorar–. Cuando subamos al dormitorio voy a abrazarte hasta que todas tus preocupaciones desaparezcan y vuelvas a sentirte segura.

–Creo que… no sería buena idea.

–Yo sí.

Sam dijo aquello con tal firmeza que Bria estuvo a punto de creer que las cosas podían ser así de sencillas. ¿Pero por qué no había estado a su lado para decirle algo así cuando perdió a su bebé? Entonces necesitó más que nunca su fuerza, su consuelo, pero él estaba en al costa oeste, haciendo de niñera de unos cuantos animales.

Desafortunadamente, no podía plantearle aquello. No podía hablarle de lo desolada que se sintió sin él, del dolor que experimento cuando, al regresar, Sam no quiso hablar sobre su pérdida.

¿Pero qué excusa podía utilizar para no irse a la cama con él? Aquella noche no estaba tan agotado como la anterior, y estaba segura de que no aceptaría que se acostara en otra cama. ¿Qué podía decirle?

Mientras pensaba en cómo evitar hablarle de su divorcio, Sam salió del coche y lo rodeó para abrirle la puerta.

–Vamos, cariño. Vamos arriba para que pueda abrazarte y hacerte olvidar lo que te preocupa.

Treinta minutos después, mientras terminaba de prepararse para ir a la cama, Bria dedicó todo el tiempo que pudo a cambiarse y a cepillarse los dientes. Cuando abriera la puerta, Sam estaría esperándola para tomarla entre sus brazos.

–¿Va todo bien ahí dentro? –preguntó Sam desde el otro lado de la puerta.

Consciente de que no podía retrasarse más, Bria respiró profundamente y abrió la puerta.

–Estaba cepillándome los… –empezó, pero se interrumpió en seco al ver a Sam ante sí, vestido tan solo con una amplia sonrisa–. ¿No… no vas a ponerte algo para dormir?

–Ya sabes que no me gusta ponerme nada en la cama.

–Anoche dormiste con tu ropa interior –dijo Bria, sin aliento, consciente de que había estado demasiado cansado como para quitársela.

De más de un metro ochenta y cinco, Sam tenía el cuerpo de un atleta, esbelto, sin un gramo de grasa, con músculos bien definidos. Cuando bajó la mirada, tuvo que contenerse para no gemir. Incluso en estado de relajación, su masculinidad era impresionante, y ella había echado tanto de menos estar con él…

–Ven aquí –dijo Sam a la vez que alargaba una mano hacia ella.

En el instante en que la estrechó contra su poderoso pecho, Bria experimentó un delicioso cosquilleo por todo el cuerpo a la vez que un intenso calor recorría sus venas. Siempre le había gustado el cuerpo de Sam, y, al parecer, aquello no había cambiado.

Sentir contra su delicada piel la forma de sus poderosos músculos, fortalecidos a lo largo de los años por el exigente trabajo de ranchero, hizo que un involuntario gemido escapara de su garganta a la vez que sentía una agradable contracción en su parte más femenina.

Aquella sensación le hizo recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que Sam la abrazó y le hizo el amor.

–Estás temblando –dijo él a la vez que deslizaba las manos por sus brazos–. No me había dado cuenta de la tensión a la que te ha tenido sometida el accidente, cariño.

Bria no le aclaró que no era el recuerdo de la embestida del toro lo que le estaba haciendo temblar, sino su poderosa masculinidad y la tentación que suponía.

–Puede que… me haya acatarrado –dijo sin apenas convicción–. Tal vez debería dormir en el cuarto de invitados. No creo que sea conveniente que te contagies en estos momentos.

Sam negó con la cabeza mientras la conducía hacia la cama.

–Si te estás poniendo mala, más motivo para que vengas a la cama

conmigo. Así podré cuidarte mejor.

Aquel comentario hizo que la bruma de sensualidad en que se estaba viendo envuelta Bria se disolviera.

–Eso no tiene sentido, Sam –dijo a la vez que se apartaba–. ¿Por qué es aceptable que tú cuides de mí cuando no me siento bien y sin embargo no lo es que yo cuide de ti?

–Porque soy tu marido –replicó Sam con el ceño fruncido–. El día que me casé contigo prometí cuidarte.

–Yo también prometí cuidarte a ti –por la expresión de Sam, Bria supo que no estaba captando lo que trataba de decirle–. Hice los mismos votos que tú. Prometí cuidarte en la salud y en la enfermedad, pero desde que has vuelto del hospital has insistido en que no te pasaba nada y no me has dejado ayudarte. ¿Cómo voy a cumplir mi promesa si no me permites hacerlo?

–¿Tiene esto algo que ver con tu periodo?

–Esto no tiene nada que ver con mi ciclo –dijo Bria, exasperada–. ¿Por qué piensan los hombres que cada vez que una mujer no está de acuerdo con ellos es porque tiene la regla?

Sam pareció perplejo por su reacción.

–¿Estás segura? Sueles ponerte bastante irritable…

Si hubiera tenido algo a mano, Bria lo habría golpeado.

–Como recordarás, ya hemos hablado antes de esto, y veo que no me estás escuchando más que… –se interrumpió justo a tiempo– entonces –había estado a punto de decir «antes de que te dejara», pero Sam no recordaba aquella época, y decírselo en aquellos momentos podría empeorar las cosas a la larga.

–Sabes que no puedo recordar, Bria –dijo Sam, frustrado–. No recuerdo nada de la primera parte de este año. Si hay algo que debiera saber, o que quieras decirme, te estoy escuchando.

Bria habría querido preguntarle una vez más por qué no regresó al rancho en cuanto supo que había perdido el bebé, y por qué cuando lo hizo actuó como si nunca hubiera estado embarazada. Pero Sam no recordaba su embarazo, y, mucho menos, la última vez que le hizo aquellas mismas preguntas, de manera que no tenía sentido repetirse.

–Vete a al cama, Sam –dijo, cansada–. Puede que las cosas se aclaren en tu mente cuando recuperes la memoria –se volvió para salir, pero Sam la sujetó por el brazo.

–Quédate aquí conmigo, Bria. Es el lugar al que perteneces.

Su contacto y la sinceridad de su tono fueron la perdición de Bria, que no se sintió con fuerzas para protestar.

–No podemos…

–Lo sé, cariño. Solo voy a abrazarte.

Bria se tumbó en el que en otra época había sido su lado de la cama y contuvo el aliento cuando Sam la estrechó contra su costado. La sensación de sus fuertes brazos rodeándola y el firme latido de su corazón bajo la palma de su mano hicieron que sintiera ganas de llorar. Hacía meses que Sam no la abrazaba así, y se sintió como si hubiera regresado a casa tras un largo viaje. Pero cuando Sam recuperara la memoria y su divorcio fuera definitivo, ya no tendría derecho a estar allí.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Sam no se sorprendió al comprobar que Bria ya se había levantado. Probablemente estaría haciendo el desayuno. Esperaba que estuviera descansada y de mejor humor que la noche anterior.

Miró al techo mientras pensaba en lo que Bria le había dicho antes de acostarse. ¿Qué le hacía pensar que no la necesitaba?

El hecho de que él insistiera en hacer las cosas por sí mismo no significaba que ella no formara una parte fundamental de su vida. ¿Acaso no se daba cuenta Bria de que solo trabajaba tan duro para hacerle la vida lo más fácil posible? A base de apretar los dientes y no permitir que viera sus debilidades estaba anteponiendo sus necesidades a las de él para demostrarle cuánto la quería. ¿Acaso no se daba cuenta de lo maravillosa que le parecía, de lo afortunado que se sentía por ser su marido?

A diferencia de lo que hizo su madre con su padre, quería hacer ver a Bria que no era el típico hombre incapaz de hacer nada por sí mismo. Bria no sabía nada sobre su vida antes de que Hank Carvet lo acogiera en el Last Chance junto a su hermano, y así era como quería que siguieran las cosas. En las pocas ocasiones en que lo había interrogado sobre su infancia había logrado desviar su atención hacia otros asuntos.

No estaba orgulloso de su pasado, y no quería que Bria lo conociera. Hank Carvet había asegurado a sus hijos adoptivos que nadie tenía por qué saber lo que habían hecho antes de acabar bajo su cuidado. Lo que importaba era lo que hubieran hecho a partir de entonces.

Una inesperada punzada en la cabeza le hizo gemir y cerrar los ojos a la vez que un nuevo recuerdo invadía su mente como una poderosa ola.

–Sam, he tratado de explicarte lo que no funciona en nuestro matrimonio, lo que nos sucede –dijo Bria mientras metía su ropa en una maleta–. Pero no quieres escucharme y yo no puedo seguir viviendo así –dejó de hacer el equipaje y se volvió hacia él–. Se supone que los maridos y las mujeres se comunican entre sí y hablan de lo que anda mal para buscar una solución juntos. Pero tu idea de «arreglar las cosas» consiste en ignorar los problemas que tenemos y esperar que se solucionen milagrosamente. Tal vez podría entenderte mejor si supiera por qué eres tan reservado, pero no sé nada de tu vida antes de que fueras a vivir con Hank Carvet. Los maridos suelen compartir cosas como esas con sus esposas, pero tú no lo haces. Es casi como si no hubiera existido antes de irte a vivir al Last Chance.

Con el corazón desbocado, Sam abrió los ojos y se irguió en la cama.

¿Lo había dejado Bria? Estaba allí, con él, pero… ¿qué diablos había pasado? ¿Y cómo habían resuelto la situación?

Se frotó las sienes mientras trataba de recordar inútilmente lo sucedido, pero los acontecimientos que rodeaban el recuerdo que acababa de tener resultaban demasiado esquivos.

Se levantó y fue al baño. Estar tumbado en la cama no le iba a servir para obtener las respuestas que buscaba. Tras tomar una rápida ducha, se vistió y bajó a la primera planta. No sabía qué iba a hacer, pero no pensaba interrogar a Bria. Por un lado, no recordaba suficientemente bien lo sucedido como para saber cómo abordar el tema. Por otro, no revelar el hecho de que su memoria estaba regresando podría darle el tiempo que necesitaba para saber cómo plantear las cosas cuando lo hiciera del todo.

Estaba bajando las escaleras cuando se detuvo en seco y volvió la mirada hacia la pared donde solían estar las fotos familiares. Bria le había dicho que las había cambiado de sitio, pero él no las había visto por ninguna parte.

Mientras seguía avanzando hacia la cocina pensó en sus anillos y en cómo había reaccionado cuando le había preguntado por ellos. Bria le había dicho que había olvidado ponérselos, pero no había sido capaz de mirarlo a los ojos mientras lo hacía y había cambiado enseguida de

tema.

Para cuando se sentó a la mesa de la cocina, tenía un nudo en el estómago y había perdido el apetito. Tenía que echar un vistazo al resto de la casa para ver qué más faltaba. A menos que estuviera equivocado, Bria ya no vivía allí. ¿Estaría allí solo para ayudarlo a recuperarse del accidente?

–Buenos días, Sam –Bria estaba frente al fogón, pero se volvió para saludarlo–. Hay beicon y patatas. ¿Te apetecen también unos huevos fritos, o tortitas?

–Lo que resulte más fácil de preparar –contestó Sam, distraído por sus pensamientos. ¿Cómo iba a inspeccionar la casa para ver qué más había cambiado sin que Bria se diera cuenta?

–Las dos cosas son fáciles –dijo Bria con una sonrisa.

–En ese caso, prefiero un par de huevos fritos –Sam esperó a que Bria se volviera de nuevo hacia el fogón–. ¿Qué tienes planeado hacer hoy?

–He pensado que, si te apetecía, podíamos ir a Stephenville a comprar lo que necesito para la comida del cumpleaños de Jaron –Bria se acercó a la mesa y dejó un plato con huevos y beicon ante Sam–. Pero si prefieres tomártelo con calma, tus hermanos y Mariah vendrán mañana. Puedo ir de compras con ella mientras tú te pones al día con tus hermanos.

–Si no te importa, había pensado dar un buen repaso a los libros de contabilidad para ver cómo han ido las cosas estos últimos meses.

–Odias el papeleo –dijo Bria mientras se sentaba frente a Sam.

–Puede que hacerlo me ayude a recordar algo –Sam se encogió de hombros–. Además, T. J. llamó ayer mientras te duchabas y me dijo que vendría hoy a media mañana. Olvidé decírtelo. Así que tú sigue adelante con tus planes para hoy. Así, mañana Mariah y tú tendréis más tiempo para charlar.

Bria asintió lentamente.

–La verdad es que me parece un buen plan. Será agradable cocinar algunas cosas mañana para no dejarlo todo para el domingo.

–Y no hace falta que esperes a que llegue T. J. –dijo Sam–. Te aseguro que no haré nada más agotador que usar el lápiz y la calculadora. Y si me canso, me echaré una siesta.

Bria movió la cabeza.

–No creo que sea muy prudente dejarte solo. Será mejor que espere

a que T. J. haya llegado.

–Te prometo que estaré bien, cariño. Y si necesito algo, siempre puedo llamarte al móvil.

–No. Si algo te sucediera, nunca podría perdonármelo –dijo Bria, negando firmemente con la cabeza.

Una hora después, mientras T. J. y Sam contemplaban el coche de Bria alejándose del rancho, este se levantó de su silla en el porche.

–Voy dentro a por una lata de soda. ¿Quieres una cerveza?

–Claro. ¿Tú no vas a tomar una?

–No –Sam sonrió–. Si Bria huele el alcohol en mi aliento cuando vuelva a casa, ambos nos meteremos en un buen lío.

T. J. rio.

–Eso es lo último que necesito. Ya recibo suficientes azotes verbales de mi vecina.

–¿Aún sigues peleando con tu vecina? –preguntó Sam, riendo al ver la exasperada expresión de su hermano.

–Prefiero no hablar de ese tema. Cuanto menos tenga que pensar en esa mujer, mejor.

–Vuelvo en un momento con tu cerveza –dijo Sam.

En cuanto entró en la casa fue directamente a abrir uno de los cajones del armario del salón para comprobar algo. Su corazón latió más rápido cuando la fea verdad se hizo evidente. No necesitaba más pruebas. La ausencia del antiguo frutero de la abuela de Bria y de la fuente que había pertenecido a su familia durante tres generaciones fue toda la confirmación que necesitó.

Tuvo que hacer un esfuerzo para seguir respirando. Acababan de confirmarse sus peores temores.

Bria ya no vivía en el rancho Sugar Creek.

Capítulo Cinco

–¿Quieres que empiece a preparar la masa de la tarta?

Bria, que estaba pelando unas manzanas, rio al fijarse en su hermana.

–¿Cómo has conseguido tener harina en el pelo?

–La bolsa ha explotado cuando la he abierto –Mariah hizo una mueca mientras utilizaba el dorso de la mano para apartar un mechón de pelo de su frente.

–¿Por qué no has usado la que había en el bote?

–Porque eso habría tenido más sentido –Mariah rió–. Ya sabes que nunca sé muy bien qué hacer cuando estoy en la cocina.

–La masa para la tarta puede resultar un poco complicada –dijo Bria diplomáticamente–. ¿Qué te parece si yo me ocupo de eso mientras tú pelas las manzanas?

Mariah asintió, aliviada.

–Creo que es una gran idea –dijo mientras tomaba el cuchillo que había estado utilizando su hermana–. Pero… ¿podrías hacerme un favor? –añadió con expresión repentinamente avergonzada.

–¿Qué favor?

–¿Me dejas preparar la tarta siguiendo tus indicaciones?

Mariah nunca había mostrado interés por cocinar, y a Bria le había sorprendido incluso que se hubiera ofrecido a ayudarla. Sospechaba que el único motivo era que la comida era para el cumpleaños de Jaron.

Bria asintió, sonriente.

–¿Quieres utilizar la vieja táctica de llegar al corazón de un hombre a través de su estómago?

Mariah se ruborizó.

–Bueno… más o menos. Sé que Jaron prefiere tu tarta de manzana que una tarta de cumpleaños, y me gustaría intentar hacérsela. Seguiré

tus instrucciones al pie de la letra, y…

–Por supuesto que te ayudaré –dijo Bria a la vez que pasaba un brazo por los hombros de su hermana pequeña.

–Gracias, Bria. Eres la mejor hermana del mundo.

Mariah se encaprichó de Jaron Lambert nada más conocerlo. Desafortunadamente, solo tenía dieciocho años entonces y, a pesar de que ya había cumplido los veintitrés, Jaron consideraba que la diferencia de diez años que había entre ellos era insalvable. Bria esperaba que su hermana acabara por asumirlo y tratara de encontrar algún otro.

Una hora después, cuando Mariah ya había preparado cuatro tartas de manzana siguiendo las instrucciones de Bria, esta decidió que debían tomarse un descanso –sugirió.

–¿Qué te parece si salimos al porche a tomar un té frío? –sugirió.

–¿Adónde han ido Sam y T. J.? –preguntó Mariah mientras salían.

–A ver unos toros que hay en los pastos del sur, pero creo que solo ha sido una excusa para salir de casa –Bria se encogió de hombros mientras se sentaban en el balancín–. No sabes cuánto me está costando conseguir que se lo tome con calma.

–¿Ha recordado algo ya?

Bria suspiró.

–Si lo ha hecho, no lo ha mencionado.

–Puede que tener a todos sus hermanos cerca lo ayude a recordar algo –dijo Mariah–. La última vez que tuvimos una reunión como esta fue justo antes de que…

–Antes de que abortara –concluyó Bria, consciente de que a su hermana le costaba mencionar algo que había sido tan traumático para ella–. Ha sido duro, pero ya puedo hablar de ello sin ponerme a llorar.

–¿Cuándo vuelve Rosa de casa de su hermana? –preguntó Mariah, cambiando de tema. Bria supuso que temía disgustarla si hablaban demasiado de aquel tema.

–Se supone que dentro de una semana, pero voy a llamarla para que se quede una semana más. Rosa es un encanto, pero me preocupa que se le escape algo que Sam aún no esté preparado para escuchar.

Mariah negó con la cabeza.

–Eso no debe suceder, desde luego.

–Sin Rosa en casa, es una suerte que me guste cocinar.

Mariah hizo una mueca.

–Eso es algo que no logro comprender. Se me ocurren un montón de cosas que me gustaría hacer antes que cocinar.

Bria rio.

–Pero me has pedido que te enseñara a preparar las tartas.

–Eso es distinto –Mariah sonrió–. Creo que ya sabes por qué.

–Sí, creo que sí.

Permanecieron un momento en silencio antes de que Mariah preguntara:

–¿Cuándo crees que llegará Jaron?

Bria sonrió mientras miraba su reloj.

–Ha llamado esta mañana para decir que estaba de camino, o sea que estará a punto de llegar.

–¿En serio? ¿Por qué no me lo has dicho antes? –preguntó Mariah, repentinamente preocupada–. Estoy hecha un adefesio. Tengo harina en el pelo y…

–Estás adorable. Además, así se notará que has estado preparando las tartas.

Mariah se levantó y se encaminó rápidamente hacia la puerta.

–Asocio la palabra «adorable» con los cachorros de perro y los gatitos. Prefiero tener un aspecto sexy y tentador. Voy arriba a ducharme y cambiarme.

Unos minutos después, Bria se levantó con un suspiro y fue a la cocina para cortar unas verduras para el guiso que iba a cocinar. Durante aquellos días estaba vislumbrando cómo podría ser la vida si Sam no viajara tanto y, cuanto más lo vislumbraba, más deseaba que así fuera. El problema residía en que Sam no estaba dispuesto a concederle aquello, y ella se negaba a conformarse con menos.

Sentado a la cabecera de la mesa del comedor, Sam observó a Bria, que charlaba desenfadadamente con sus hermanos. Experimentó una intensa desesperación. Desde que había descubierto que solo estaba en el rancho para ayudarlo a recuperarse, solo había logrado pensar en cómo lograr que se quedara. El problema residía en que no recordaba los detalles de lo sucedido y no sabía qué podía hacer para arreglar las cosas entre ellos.

Pero, aunque recordara lo sucedido, con todos sus hermanos y Mariah en la casa no iba a poder hacer nada al respecto. El único momento que podían estar solos era a la hora de acostarse.

–Tierra a Sam, tierra a Sam. ¿Cómo van las cosas por el espacio exterior? –preguntó Nate, riendo.

Sam frunció el ceño y miró a su hermano.

–¿Qué?

–Te he preguntado que cuándo vas a volver a ver al neurólogo.

–El próximo jueves.

Sin previo aviso, Sam tuvo una clara imagen del momento en que le embistió el toro. Necesitó un momento para comprender que estaba empezando a recuperar algunos recuerdos sin necesidad de que fueran acompañados de una punzada en la cabeza, o de mareos. Aunque estaba seguro de que no le iba a gustar todo lo que recordara, esperaba obtener al menos alguna pista para saber cómo abordar la situación con Bria.

–¿Habéis decidido quién va a llevarlo a la cita con el médico? –preguntó Bria mientras ella y su hermana se levantaban para servir tarta a todo el mundo.

–¿No vas a venir tú conmigo? –preguntó Sam con el ceño fruncido.

Un incómodo silencio se instaló en el comedor mientras sus hermanos se miraban entre sí, claramente incómodos.

Bria se acercó a él para darle su ración de tarta.

–Tus hermanos han decidido que no me vendría mal un día de descanso –la sonrisa que dedicó a Sam hizo que este sintiera que le subía la temperatura–. Puede que lo aproveche para ir a la peluquería y para hacerme la manicura.

Aunque Sam sabía que sus hermanos adoraban a Bria, no esperaba que fueran «tan» considerados. Pero no quería decir nada que revelara que estaba recuperando la memoria.

–Me parece buena idea, cariño –mintió, sonriente. Luego miró a sus hermanos uno a uno–. ¿A cuál de vosotros le ha tocado la paja pequeña y tiene que venir conmigo?

–Yo iré contigo a Waco –dijo Nate, sonriente–. El otro día conocí a una enfermera muy bonita en el hospital y no me importaría volver a verla.

–Eres peor que un marinero con una novia en cada puerto, Nate –Lane movió la cabeza–. Cualquier día de estos te atraparán.

Todos rieron y el ambiente festivo volvió a reinar entre ellos mientras consumían sus raciones de tarta de manzana.

–¿Por qué no hacemos algo distinto en esta ocasión? –preguntó

Sam al ver que Bria parecía bastante cansada–. Las mujeres se han ocupado de cocinarlo todo, así que lo mejor que podemos hacer es dejar que descansen un rato mientras nosotros recogemos.

–Me parece justo –dijo Ryder, que se puso de inmediato en pie para llevar su plato a la cocina–. Gracias a nuestras dos encantadoras cocineras por una comida fantástica.

–Hoy os habéis superado –añadió T. J. antes de seguir a su hermano.

–Desde luego –asintió Jaron. Cuando pasó junto Mariah, se detuvo y le dedicó una peculiar sonrisa–. Gracias por las tartas, Mariah. No tienen nada que envidiar a las de Bria.

La inicial sorpresa de Mariah se transformó en una radiante sonrisa.

–Si quieres repetir luego, aún quedan dos tartas –dijo con suavidad.

–Puede que acepte tu oferta –contestó Jaron mientras se alejaba hacia la cocina.

Cuando pasó junto a Bria para reunirse con sus hermanos en la cocina, se inclinó para besarla con delicadeza en los labios.

–Gracias, cariño. No suelo dártelas lo suficientemente a menudo, pero te agradezco mucho todo lo que haces por mí y mis hermanos. ¿Por qué no vais Mariah y tu a descansar un rato?

Por la expresión del bonito rostro de Bria, Sam supo que había vuelto a sorprenderla.

–Me encanta hacer cosas para la familia, pero ¿te sientes con fuerzas para ocuparte de la limpieza de la cocina? –preguntó, indecisa.

Sam asintió.

–Claro que sí. Y ahora, id a relajaros un rato. Ambas os lo merecéis.

–Puede que vayamos paseando hasta el arroyo para charla un rato –Bria se puso en pie, sonriente.

Sam entró en la cocina pensando en cuánto le gustaba facilitarle las cosas a Bria, pero enseguida frunció el ceño. ¿A qué se habría referido al decir que necesitaba que le permitiera hacer cosas por él? ¿Quería mimarlo?

–¿Qué sucede, Sam? –preguntó Nate a la vez que le quitaba el plato de las manos–. ¿Te has arrepentido de haber sugerido que hagamos de camareros?

–No, claro que no. Estaba pensando que, si queremos más comidas como esta, más vale que colaboremos en algo de vez en cuando.

Todos asintieron y, mientras bromeaban sobre sus escasas habilidades como amos de casa, Sam comprendió cuánto había echado de menos la camaradería que solía compartir con sus hermanos. Sin duda, estar viajando todo el rato tenía sus desventajas.

–Vamos a tomar una cerveza en el cuarto de estar –sugirió cuando terminaron–. Esta tarde juegan los Rangers contra los Yankees.

–¡Fantástico! –dijo Nate, encantado–. Con ese televisor de sesenta pulgadas va a parecernos que estamos en el estadio.

–¿Por qué no cambiamos la cerveza por un vaso de té frío? –sugirió Jaron–. No esperes una cerveza, Sam, porque no te la voy a dar. No pienso hacer nada que haga que Bria se ponga en mi contra.

Sam no pudo evitar reír mientras entraban en el salón.

–¿No me digas que tienes miedo de mi esposa?

–No tenemos miedo de Bria –explicó Ryder–. Pero tampoco somos estúpidos. Sabemos que no nos conviene enfadarla. Es una de las mejores cocineras del estado y no queremos arriesgarnos a que deje de preparar las comidas de nuestros cumpleaños.

–Mariah también hace tartas muy buenas –añadió Jaron mientras se sentaba en el sofá.

Sam y sus otros cuatro hermanos intercambiaron una mirada divertida.

–¿Cuándo piensas invitarla a salir? –preguntó finalmente Lane, con una sonrisa de oreja a oreja–. Ya sabes que aceptaría de inmediato.

–Es muy joven –protestó Jaron–. Soy demasiado mayor para ella.

–En caso de que no lo hayas notado, Matusalén, Mariah ya es toda una mujer –dijo Nate–. Y, además, muy atractiva.

–Mantente alejado de ella –advirtió Jaron con el ceño fruncido–. Tú también eres demasiado mayor para ella.

Todos se quedaron ligeramente perplejos, y estaban a punto de romper a reír cuando sonó el móvil de T. J. Por el tenso tono de este, Sam supo que no eran buenas noticias.

–Era mi capataz –dijo T. J., que masculló una maldición a la vez que colgaba–. El semental de mi vecina ha vuelto a saltar la valla y ha echado a perder a dos de mis yeguas. Si esa mujer no mantiene a su caballo controlado y alejado de mis yeguas…

–Creo que estás protestando demasiado –interrumpió Lane con una sonrisa.

–Déjalo ya, T. J. –bromeó Nate–. Sabemos que te gusta que su

semental salte la valla. Así tienes una excusa para ir a ver a su dueña.

–Los cerdos tendrían que volar antes de que yo quisiera vivir en el mismo condado que esa mujer. Me saca de quicio.

Mientras los demás reían y seguían bromeando, Sam no dejaba de pensar en Bria. Estaba claro que le gustaba hacer cosas por otros y que eso le hacía sentirse bien. No se explicaba por qué no había llegado a darse cuenta de ello antes, y empezaba a comprender a qué se refería Bria al protestar porque no le permitía hacer cosas por él. Pero él había estado tan empeñado en no parecerse en nada a su perezoso e irresponsable padre que no le había dejado cuidarlo. Permitírselo habría supuesto que ella llegara a considerarlo un hombre débil y patético.

Tal vez debía corregir aquello si quería que se arreglaran las cosas entre ellos. Si permitía que Bria hiciera más cosas por él y le demostraba su aprecio por ello, tal vez lograría hacerle cambiar de opinión.

Respiró profundamente. No iba a ser fácil cambiar después de haber sido tan fieramente independiente, pero, a aquellas alturas, no le iba a hacer ningún daño intentarlo.

Bria experimentó emociones encontradas cuando los hermanos de Sam y Mariah se fueron del rancho a última hora de la tarde. Le había encantado la reunión familiar, constatar de nuevo la cercanía de Sam y sus hermanos. Pero también le entristecía pensar que, probablemente, aquella sería la última vez que Mariah y ella se verían incluidas en aquellas celebraciones.

–Gracias, cariño –dijo Sam a la vez que pasaba un brazo por sus hombros mientras las luces traseras de los vehículos de sus hermanos desaparecían en el horizonte.

–No hace falta que me des las gracias. Sabes que me encantan las reuniones familiares.

–¿Qué te parece si apagamos las luces y nos vamos directamente a la cama? –Sam besó a Bria en la cabeza–. Debes estar agotada, y sé con certeza que yo lo estoy.

Bria estaba exhausta, pero su cansancio tenía poco que ver con la preparación de la fiesta y todo con el hombre que la abrazaba contra su costado.

–Estaba pensando en leer un rato antes de acostarme –dijo, con la esperanza de que Sam se animara a subir sin ella. Si esperaba a que

estuviera dormido, podría acostarse en la habitación para invitados y descansar un poco, algo que apenas había logrado las noches anteriores–. Pero tú ve a acostarte ya.

Sam no pareció especialmente contento, pero, tras darle un rápido beso, se encaminó hacia la puerta. Apenas había dado unos pasos cuando se detuvo y empezó a balancearse.

Bria corrió de inmediato a su lado.

–Te estás mareando, ¿verdad?

Sam le pasó un brazo por los hombros y cerró los ojos a la vez que respiraba profundamente.

–Enseguida me recupero –murmuró mientras luchaba contra la sensación de vértigo–. Supongo que me he excedido un poco los dos últimos días.

–¿Podrás entrar por tu propio pie? –preguntó Bria, preocupada.

Su preocupación aumentó al ver que Sam asentía brevemente antes de volver a cerrar los ojos. ¿Y si se mareaba y se caía por las escaleras? Era demasiado grande para ella y no podría sujetarlo…

–Tal vez deberías dormir abajo esta noche, Sam.

Él negó con la cabeza.

–No hay problema, cariño.

Bria no logró relajarse hasta que entraron en el dormitorio principal. En cuanto tuvo a Sam sentado en la cama, le desabrochó la camisa de franela y luego la retiró de sus anchos hombros.

–Puedo desvestirme solo –protestó él.

–No pienso discutir contigo –dijo Bria mientras se inclinaba para quitarle las botas y los calcetines–. ¿Puedes erguirte un poco para que te quite los vaqueros?

–Creo que ningún hombre vivo podría decir que no a eso, cariño –murmuró Sam mientras obedecía.

Bria movió la cabeza.

–Con el mareo que tienes, ¿cómo puedes estar pensando en hacer el amor? ¿Es lo único en lo que sabéis pensar los hombres?

–Es cosa de tíos, cariño.

–Debe serlo –murmuró Bria mientras bajaba los vaqueros por las musculosas piernas de Sam. El hecho de que este no estuviera protestando resultaba preocupante, porque jamás le habría permitido desvestirlo a menos que fueran a hacer el amor.

–¿Quieres que llame a Nate, o a alguno de tus hermanos?

–No. Ya se me está pasando el mareo –dijo Sam mientras sacaba los pies de los vaqueros–. Solo necesito tumbarme un rato.

Aquel mareo había sido más intenso que todos los anteriores, y Bria decidió consultar las instrucciones que les habían dado por escrito en el hospital cuando le dieron el alta a Sam. Tal vez tendría que llamar al médico, o incluso llevar a Sam al hospital.

–¿Estarás bien si bajo un momento a por los papeles del hospital?

Sam la tomó de la mano.

–No te preocupes, cariño. Ya me encuentro mejor.

Bria lo miró atentamente al rostro. Su mirada se había despejado y ya no parecía mareado.

–¿Estás seguro?

Sam asintió.

–Mientras estés conmigo estaré bien.

Aquellas palabras hicieron que a Bria se le encogiera el corazón a la vez que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Por qué no le había dicho Sam nunca algo así durante los pasados tres años? ¿Por qué había tenido que esperar a que su divorcio fuera casi definitivo?

–Voy a cambiarme y a lavarme los dientes –dijo a la vez que señalaba la puerta del baño. Necesitaba unos momentos a solas para recuperar la compostura.

En cuanto cerró la puerta a sus espaldas, las lágrimas comenzaron a derramarse por sus mejillas mientras pensaba en las innumerables ocasiones en que había anhelado que Sam le dijera algo así.

Se frotó las lágrimas con los dedos y respiró profundamente. Era posible que Sam se sintiera así en aquellos momentos, pero, en cuanto recuperara la memoria y el doctor le diera el alta para que volviera a trabajar, todo volvería a ser como antes.

No podía permitirse olvidar aquello. Su supervivencia dependía de ello.

Una vez recuperada la perspectiva de la situación, Bria se lavó el rostro y se puso el camisón. Le esperaba otra noche de insomnio en brazos de Sam… deseándolo, pero consciente de que no podía permitirse ir más allá.

Respiró profundamente, salió del baño y fue a tumbarse en su lado de la cama.

–¿Sigues mareado?

–No –Sam alargó un brazo y la atrajo hacia sí–. Solo estoy cansado

y necesito abrazar a mi esposa un rato. ¿Tienes idea de lo mucho que me ha costado no poder tocarte así hoy? –preguntó a la vez que deslizaba una mano bajo el camisón de Bria.

La encallecida mano de Sam deslizándose por su muslo, y luego por su estómago hasta alcanzar sus pechos, provocaron un cosquilleo de deseo que recorrió a Bria de arriba abajo. Hacía meses que no la tocaba así, y, por un instante, se sintió en el paraíso.

–Sam… no puedo…

–¿Aún no es buen momento? –preguntó él a la vez que inclinaba la cabeza para besarla en el cuello.

–Yo… no… –Bria agradeció que Sam le estuviera dando una excusa, porque en aquellos momentos no lograba recordar ningún motivo por el que no hacer el amor con él.

–Como te dije la otra mañana, no necesito estar dentro de ti para hacerte el amor.

El pulso de Bria incrementó frenéticamente su ritmo al escuchar la voz ligeramente ronca de Sam. Cuando este empezó a acariciarle un pezón con el dedo a la vez que dejaba un rastro de besos por su mandíbula hasta alcanzar sus labios, se sintió como si el corazón fuera a estallarle en el pecho.

Pero sabía que debía sacar de algún sitio las fuerzas para rechazarlo antes de que fuera demasiado tarde.

–Me encanta lo que me haces sentir, Sam –dijo sinceramente–, pero estoy realmente… agotada.

Bria no estaba mintiendo. Sam siempre le había hecho sentir que era la única mujer a la que deseaba. Pero era cierto que estaba muy cansada.

Sam le hizo volverse hacia él y la besó con suavidad en los labios.

–Lo entiendo –dijo mientras presionaba la parte baja de su cuerpo contra las caderas de Bria–. Pero no quiero que olvides cuánto me excitas y lo mucho que te deseo –la tomó con delicadeza por la barbilla y le hizo alzar el rostro para que lo mirara–. Dentro de uno o dos días podré hacer el amor a cada centímetro de tu cuerpo, y cuando termine no te quedará ninguna duda de cuánto te necesito. Y ahora, descansemos un rato. Ambos hemos tenido un día muy ajetreado. Bria vio cómo cerraba los ojos. Un instante después, el ritmo de su respiración reveló que se había quedado dormido. Pero ella sabía que no iba a tener tanta suerte.

Rodeada por sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro desnudo, necesitó hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ceder a la tentación de despertarlo y pedirle que le hiciera el amor. Se deseaban mutuamente, y nada le habría gustado más que Sam le hiciera olvidar los motivos por los que sentía que no tenía otra alternativa que separarse de él.

Cerró los ojos con fuerza mientras luchaba contra el impulso de conceder una oportunidad más a su relación. Resultaría fácil romper los papeles del divorcio y, cuando recuperara la memoria, decirle a Sam que quería intentar arreglar las cosas. ¿Tendría el valor para arriesgarse a poner de nuevo en juego su corazón?

En el pasado, por mucho que se hubiera empeñado en explicarle lo que sentía y lo que necesitaba de su matrimonio, de él, Sam había insistido en que todo lo que hacía era por ella y por su futura familia, y no había querido llegar a un acuerdo. Le había prometido que dejaría de viajar algún día, pero ese día nunca parecía estar cerca. ¿Sobreviviría a otra ruptura si las cosas seguían sin funcionar entre ellos?

Tumbada junto al hombre al que había amado desde el instante en que se conocieron, Bria tuvo que morderse el labio inferior para evitar que temblara. Ya no estaba segura de nada. Lo único que sabía, y que resultaba un completo misterio, era el hecho de que, por desilusionada que hubiera llegado a estar con la situación de su matrimonio, aún deseaba a Sam con una intensidad que la dejaba sin aliento.

Capítulo Seis

Sentado en su despacho, Sam contempló el vacío mientras trataba de pensar en cómo arreglar las cosas con Bria antes de decirle que había recuperado casi toda la memoria. Algunos recuerdos eran aún muy borrosos, pero después del mareo de la noche anterior había recordado casi todo lo sucedido durante aquellos seis últimos meses, y ya sabía con certeza que, si no hacía algo rápidamente, iba a perderla.

Había algunas cosas que ella interpretaba como problemas en su matrimonio que él no consideraba problemáticas. Pero la única forma de hacerle ver su punto de vista de la situación sería buscando entre ambos un término medio. Ya había aceptado que el hecho de que Bria hiciera ciertas cosas por él, que lo mimara un poco, no tenía por qué ser algo degradante para su orgullo, como había pensado en otra época. Y aunque le gustaría pasar más tiempo con ella, necesitaba hacerle ver que tenía que trabajar, que su meta en la vida era conseguir que ella fuera feliz y viviera bien.

Ya había tratado de decírselo, pero tenía que esforzarse por hacerle comprenderlo.

Pero no iba a tener oportunidad de arreglar las cosas si Bria se divorciaba de él y se trasladaba a Dallas. Y, al parecer, aquello era lo que pretendía hacer.

Desafortunadamente, el tiempo no corría a su favor. Si en una o dos semanas no encontraba la forma de hacerle ver su punto de vista, Bria volvería a irse, el divorcio sería definitivo y ya no habría segunda oportunidad.

–Hace un día precioso, Sam. ¿Te apetece ir paseando al río conmigo? –preguntó Bria desde el umbral de la puerta.

Cuando Sam volvió la vista para mirarla, su corazón se detuvo un instante. No quería ni plantearse cómo sería su vida sin ella. Por eso

debía recuperarla lo antes posible.

–Por supuesto –contestó, sonriente–. ¿Quieres pescado para cenar?

–¿Vas a molestar de nuevo a ese siluro y a su dama? –preguntó Bria, riendo.

–Puede que sea mejor que pensemos en algo distinto para cenar –dijo Sam mientras se levantaba y apagaba el ordenador–. No me gustaría estropearles el día.

Cuando salieron de la casa y tomaron el sendero que había tras el granero, Sam tomó a Bria de la mano. Le encantaba tocarla, y no quería ni pensar en la posibilidad de perder aquel privilegio. ¿Pero qué podía hacer para convencerla de que se quedara?

No podía preguntarle que por qué consideraba que el divorcio era la única solución para ellos. Hacerlo supondría revelar que había recuperado la memoria y, en cuanto lo supiera, haría la maleta y se marcharía. Además, como la primera vez que se marcho, querría que le explicara por qué no acudió a su lado cuando abortó, pero él aún no estaba listo para explicárselo… y, tal vez, nunca lo estaría.

Lo que tenía que hacer era demostrarle que su lugar estaba junto a él, que la necesitaba tanto como el aire que respiraba. Sabía que aún sentía cariño por él, o de lo contrario no se habría quedado a cuidarlo, ni reaccionaría como lo hacía cuando la abrazaba y besaba. Al menos aquello estaba a su favor. Tal vez, pasar tiempo con ella podía ser un comienzo.

–¿Sabes lo preciosa que estás hoy con eses vestido blanco? –preguntó a la vez que se llevaba su mano a los labios para besarla–. Pareces un ángel… mi ángel.

Claramente sorprendida, Bria sonrió y negó con la cabeza.

–Gracias, pero lo cierto es que no me había parado a pensar en mi aspecto –contestó mientras extendía bajo el álamo la manta que le alcanzó Sam–. Si no piensas pescar, ¿qué vas a hacer mientra yo leo? –añadió a la vez que se quitaba las sandalias antes de sentarse en la manta.

Sam se tumbó junto a ella y la miró.

–No sé –dijo, y alargó una mano para trazar con el dedo índice un corazón en la palma de la de Bria–. Puede que me eche una siesta o me limite a mirarte.

–¿Quién eres? –preguntó Bria con el ceño fruncido–. El Sam Rafferty que conozco sería incapaz de estar sin hacer nada durante más

de cinco minutos.

Sam la tomó de la mano y tiró de ella para que se tumbara a su lado.

–Tengo algo que hacer –dijo, a la vez que se inclinaba hacia ella–. Voy a besar a mi esposa para hacerle saber cuánto la deseo.

Antes de que Bria pudiera protestar, Sam apoyó sus labios sobre los de ella y saboreó la dulzura de la mujer más deseable que había conocido. Al principio, Bria permaneció muy quieta, pero acabó entreabriendo los labios a la vez que lo abrazaba y se fundía contra él. En cuanto sus lenguas comenzaron a acariciarse, Sam sintió que la sangre hervía en sus venas. Ninguna mujer los excitaba tanto y tan rápidamente como Bria.

Deslizó la mano bajo el dobladillo de su falda y la deslizó hacia arriba por el muslo. Le encantaba tocarla y sentir su piel satinada bajo la palma de la mano. Cuando Bria se estremeció y enlazó las piernas con las suyas, supo que estaba tan excitada como él. Pero por muy dispuesto que estuviera a hacerle el amor allí mismo, ella aún no estaba preparada para dar aquel paso. Conociéndola como la conocía, estaba seguro que consideraría aquello un momento de debilidad y que luego se arrepentiría, en lugar de verlo como un acto natural entre dos personas que se querían de verdad. Y que Bria se arrepintiera de algo que habían compartido era totalmente inaceptable para él.

–No te digo lo suficientemente a menudo que para mí es un honor que seas mi esposa –dijo a la vez que se apartaba un poco para mirarla–. Ni que me considero el hombre más afortunado del mundo por tenerte.

Al ver que una pequeña lágrima escapaba del borde de los ojos cerrados de Bria, Sam se inclinó a besarla, lamentando que sus palabras le hubieran hecho llorar, lamentando no habérselas dicho antes y más a menudo.

–He estado pensando que estos días de inactividad forzosa no están tan mal –dijo con una sonrisa.

Bria abrió los ojos y lo miró atentamente.

–¿Seguro que te encuentras bien?

Sam asintió.

–Me gusta pasar el rato con mi chica favorita.

–¿Seguro que no estás mareado? ¿Te duele la cabeza?

Sam no podía culparla por dudar de que lo estuviera pasando bien.

Él mismo estaba bastante sorprendido.

–Estoy perfectamente –dijo, y besó a Bria en la barbilla–. ¿Quieres que te diga lo que creo que necesitamos?

–Sí, porque no hay manera de adivinar lo que pasa por tu cabeza –contestó Bria a la vez que se erguía.

–Creo que necesitamos una cita.

–¿Hablas en serio? –preguntó Bria, asombrada–. ¿De dónde ha salido eso?

–Llevas tiempo deseando que pasemos más tiempo juntos como pareja –contestó Sam–. ¿Qué mejor manera de hacerlo que teniendo una cita, como antes de casarnos? ¿Recuerdas cuánto nos divertíamos?

–Claro que lo recuerdo. Pero no creía que tú lo recordaras.

–Supongo que estos días que estamos pasando juntos han hecho que lo recordara –Sam encogió un hombro–. ¿Quiere salir conmigo esta noche, señora Rafferty?

Bria sonrió.

–Eso depende de adónde quieras ir y lo que pretendas hacer.

–Esta noche ponen una película clásica que sé que querías ver, y he pensado que podemos sentarnos a verla comiendo palomitas. Puede que la hayamos visto en los pasados seis meses, pero no lo recuerdo.

–¿De qué película se trata?

–Es una comedia con Clark Gable y una mujer con la que se queda atrapado en un hotel –dijo Sam mientras volvía a tumbarse–. No recuerdo el título.

–*Sucedió una noche* –Bria sonrió–. Es muy divertida y me encantaría volver a verla.

–Parece que tenemos un plan, cariño.

–¿Una cita con la televisión en el cuarto de estar?

Sam asintió.

–¿Recuerdas la de veces que nos quedamos en tu apartamento viendo aquel viejo televisor que solías tener? –cuando Bria asintió, Sam cruzó los brazos bajo su cabeza y contempló las ramas del álamo–. Tú lee un rato. Yo voy a echar una siesta para estar despejado esta noche.

–¿Necesitas descansar para ver una peli en la tele?

El ligero tono de pánico que captó en la voz de Bria hizo saber a Sam que recordaba a la perfección cómo solían acabar aquellas citas. Normalmente se pasaba la noche haciéndole el amor.

–No ponen la película hasta después de las noticias de la noche –dijo en tono razonable–. No quiero quedarme dormido a la mitad.

Antes de que Bria pudiera decir algo, Sam tomó su sombrero y se cubrió los ojos. Mientras Bria leía, él comenzó a planear su próximo movimiento. La seducción estaba fuera de lugar. Bria seguía asumiendo que iban a divorciarse y estaba haciendo todo lo posible para evitar hacer el amor con él. Lo mejor que podía hacer era cortejarla como cuando empezaron a salir. Veían películas, iban a bailar y pasaban horas hablando sobre cómo querían que fuera su vida. Todo aquello había contribuido a que Bria dijera «sí» cuando le pidió que se casara con él, y tal vez volvería a funcionar para conseguir que siguiera casada con él.

Cuando el microondas pitó, Bria sacó la bolsa de palomitas, la abrió y derramó su contenido en un recipiente. No sabía qué había hecho pensar a Sam en la primera época en que salieron, ¿pero por qué había tenido que recordarlo en aquellas circunstancias?

–La película está a punto de empezar, cariño –llamó Sam desde el cuarto de estar.

–Ponte cómodo –dijo Bria mientras colocaba las palomitas y dos refrescos en una bandeja–. Enseguida voy.

Cuando entró en el cuarto de estar Sam ya se había situado en un rincón del sofá con una pierna extendida a lo largo de los cojines. Bria supo de inmediato lo que pretendía. Quería que se sentara entre sus piernas y se apoyara contra su pecho, como solían hacer cuando empezaron a salir juntos.

–¿Adónde crees que vas? –preguntó Sam al ver que iba a ocupar una silla que había junto al sofá–. No podemos tener una cita si tú te sientas allí y yo aquí –añadió a la vez que la tomaba de la mano.

–Pensaba que estarías más cómodo.

–Últimamente estás demasiado ocupada por mi comodidad –la sonrisa que dedicó a Bria hizo que esta sintiera un cosquilleo de anticipación en la boca del estómago–. Ya te avisaré si se me duerme algo.

A Bria no le preocupaba tanto que se le durmiera algo como que algo se le despertara, pero no se le ocurrió ninguna excusa. Con un suspiro, se sentó entre las piernas de Sam y apoyó la espalda contra su pecho. El la rodeó de inmediato con sus brazos.

–Estás muy tensa –dijo, y le besó un lado del cuello–. Relájate y apoya la cabeza en mi hombro, cariño.

Cuando Bria hizo lo que le pedía, cerró los ojos al sentirse envuelta por la calidez de su cuerpo. Trató de luchar contra las sensaciones que se adueñaron de ella, pero no podía negar que entre los brazos de Sam sentía que estaba donde pertenecía, donde siempre pertenecería.

Se dijo que debería moverse, que debería huir de la tentación, pero no encontraba las fuerzas necesarias para hacerlo. Cada vez que Sam la besaba y la abrazaba, su voluntad de resistir se iba debilitando. Había echado de menos sus caricias, las sensaciones que despertaba en su cuerpo mientras le hacía saber cuánto la deseaba. Pero aquello no había sucedido lo suficiente durante los dos años anteriores. De lo contrario, tal vez habría podido superar que no hubiera acudido a su lado cuando abortó.

Para distraerse, alargó una mano hacia el recipiente de palomitas. Cuando sus dedos se encontraron con los de Sam, su corazón latió más rápido.

–Creo que esto es tuyo –murmuró Sam mientras llevaba una palomita a sus labios.

Un estremecimiento de excitación le recorrió el cuerpo a Bria cuando los dedos de Sam rozaron sus labios. Trató de concentrarse en la película y de olvidarse de todo lo demás, pero cuando Sam la estrechó por detrás entre sus brazos e inclinó la cabeza para besarla, comprendió que estaba librando una batalla perdida. Un lánguido calor recorrió su cuerpo cuando Sam deslizó la lengua por sus labios, instándola a entreabrirlos. El ardor que sentía se convirtió en algo casi insoportable, y habría sido incapaz de no responder al beso aunque su vida hubiera dependido de ello.

Deseaba a Sam; nunca había dejado de desearlo. Era el primer y único hombre con que había estado, pero, si las cosas no cambiaban, ¿podría seguir viviendo así el resto de su vida?

Plantear el divorcio había sido lo último que esperaba, pero se había llegado a sentir tan sola e infeliz que no le había quedado otra alternativa. O Sam no había llegado a comprenderla, o era demasiado testarudo como para comprender su punto de vista cuando trataba de explicárselo.

Cuando Sam alzó la cabeza y la miró, el evidente deseo que captó en su mirada la dejó sin aliento.

–Sam, no puedo…

–Shh, cariño –interrumpió él, sonriente–. Te estás perdiendo la película, y esta es una de las mejores partes.

Bria experimentó una nueva oleada de calor cuando apoyó de nuevo su espalda contra él y sintió la evidencia de su excitación presionada contra la parte baja de su espalda. ¿Cómo iba a concentrarse en otra cosa en aquellas circunstancias?

–Estoy realmente cansada –dijo, y simuló un bostezo–. Creo que voy a subir a acostarme mientras tú terminas de ver la película.

–Prefiero subir contigo –Sam tomó el mando y apagó el televisor–. Yo también estoy bastante cansado.

Una vez en el dormitorio, Bria respiró profundamente mientra se ponía el camisón. Cada vez le costaba más encontrar razones plausibles para argumentar que no debían hacer el amor. ¿Cuánto tiempo iba a poder seguir negando su deseo? ¿Cuánto tiempo más iba a lograr no ceder?

Trató de recordar que solo estaba pasando tanto tiempo con Sam porque el médico le había prohibido trabajar.

Cuando, una vez tumbados en la cama, Sam la tomó entre sus brazos, Bria sentía que sus nervios estaban a punto de estallar.

–Estás demasiado tensa, corazón –murmuró Sam tras ella a la vez que le masajeaba los hombros.

–Sam, yo…

–No te preocupes –interrumpió él antes de besarla en la parte trasera del cuello–. Sé que estás agotada –añadió a la vez que le hacía darse la vuelta para mirarla al rostro–. Ya haremos el amor cuando te sientas más descansada.

Bria no supo si su propio suspiro fue de alivio o de decepción. Hacía tanto tiempo que no compartía aquella intimidad con Sam que, a pesar de todo, la echaba de menos.

Unos instantes después, más relajada, sintió que la paz del sueño se adueñaba de ella. Ya habría tiempo de sobra al día siguiente para pensar en la contradicción entre lo que anhelaba su corazón y lo que le decía su mente. En aquellos momentos sentía que estaba donde debía estar, y eso era todo lo que importaba.

A la tarde siguiente, mientras regresaba caminando a la casa, Sam sonrió al pensar en su cita con Bria. Era evidente que estaba librando

una batalla contra sí misma, y que la parte que aún lo deseaba parecía estar ganando. Aquel era todo el estímulo que necesitaba para seguir adelante con su plan.

Pensaba utilizar todos lo recursos posibles para conseguir que se quedara en el rancho. Tras pensar seriamente en ello, se le había ocurrido una idea que estaba seguro de que iba a hacer feliz a Bria. Por eso había ido a pasar toda la mañana junto al riachuelo y estaba deseando mostrarle la sorpresa que tenía para ella.

–¿Puedes venir un momento, cariño? –preguntó en cuanto entró por la puerta trasera.

–¿Sam? ¿Te encuentras bien?

Sam escuchó sus rápidos pasos por el pasillo y supo que había estado preocupada por él. Le había dicho que iba al establo a hablar con el capataz sobre unos nuevos caballos.

–No podría estar mejor –aseguró.

–¿Dónde has estado? He llamado al establo hace unos minutos y Roy me ha dicho que no te ha visto.

Sam pasó un brazo por los hombros de Bria, encantado al comprobar cuánto se preocupaba aún por él. Al parecer, no estaba luchando por una causa perdida…

–Estoy bien. No quería preocuparte –su ánimo subió al instante cuando Bria lo rodeó con los brazos por la cintura–. He estado en el riachuelo.

Bria se echó hacia atrás para dedicarle una mirada reprobatoria.

–¿Y qué hacías allí? Ya sabes que no debes quedarte solo.

–Hace días que no sufro un mareo, y no necesito niñera. Pero no quiero hablar de eso ahora –sonriente, Sam la tomó de la mano y se encaminó hacia la puerta–. Quiero enseñarte algo.

–¿En el río? ¿De qué se trata?

–Si te lo dijera, ya no sería una sorpresa –contestó Sam mientras tomaban el sendero que llevaba al riachuelo.

Cuando llegaron al álamo, Bria miró a su alrededor y frunció el ceño.

–No veo nada distinto.

Sam señaló unas estacas verticales con una cuerda sujeta entre ellas.

–¿No es ese el lugar en el que dijiste que te gustaría que hubiera un cenador con un columpio?

La confundida expresión de Bria se transformó en otra de sorpresa.

–¿De verdad planeas hacer que lo construyan?

Sam se situó tras ella, la rodeó por la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

–Dijiste que te gustaría, ¿no?

–Sí, pero lo dije justo después de casarnos. Suponía que lo habías olvidado.

–No lo había olvidado. Pero, al parecer, hasta ahora no había tenido tiempo de llamar al constructor para que empezara a trabajar –en cuanto dijo aquello, Sam supo que había metido la pata, pues Bria se tensó entre sus brazos.

–No fue porque no tuvieras tiempo, Sam. Más bien no quisiste tomarte el tiempo necesario para ocuparte de eso –dijo a la vez que se apartaba de él–. Hay una gran diferencia.

–Ahora me lo estoy tomando –dijo Sam, y se preguntó cómo habían podido estropearse las cosas con tanta rapidez–. ¿Ya no lo quieres?

–Para empezar, no dije que lo quisiera, solo que me parecía que estaría bien tener aquí un cenador. Pero esa no es la cuestión –Bria cerró los ojos como si estuviera haciendo esfuerzos por conservar la paciencia. Cuando los abrió de nuevo, movió la cabeza–. Ambos sabemos que te has visto forzado a tomarte estos días de descanso. No lo has hecho voluntariamente. Y el único motivo por el que has vuelto a pensar en el cenador es que estás aburrido y quieres hacer algo. En cuanto te den el alta, te olvidarás.

Sam metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

–Hayan sido forzadas o no estas vacaciones, pienso tomarme el tiempo para hacerlo ahora –apoyó un dedo bajo la barbilla de Bria para hacerle alzar el rostro–. Es algo que querías, y se hará, Bria. Hasta ahora me he asegurado de que tuvieras todo lo que deseabas, y no pienso parar ahora.

Bria se quedó mirándolo un momento antes de girar sobre sí misma y alejarse.

–Lo que tu digas, Sam.

Él la siguió sin decir nada, decidido a dejar el tema. Bria tenía su opinión formada y nada de lo que pudiera decir le haría cambiarla. Pero cuando llegara la cuadrilla que iba a construir el cenador, tendría que reconocer que había hablado en serio. Sin embargo, le preocupaba que dudara de él. Desde el principio de su matrimonio se había ocupado de

que tuviera todo lo que necesitaba o quería. Cuando mencionó que le gustaría tener más tiempo para leer, contrató a Rosa para que se ocupara de cocinar y limpiar. Cuando dijo que el sendero que llevaba a la casa tenía demasiados baches, hizo que lo asfaltaran. Cuando veía en alguna revista unos pendientes o un collar que le gustaban, apenas tardaba unos días en llevarlos puestos. ¿Qué más quería de él?

Mientras se encaminaban hacia la casa, señaló el establo.

–Creo que voy a hablar con Roy sobre los caballos nuevos. Deberían estar listos para cuando me den el alta.

–De acuerdo, Sam –dijo Bria mientras seguía caminando.

Sam se quedó mirándola mientras se alejaba. No entendía por qué, pero era evidente que seguía irritada. Tal vez, si la dejaba en paz se calmaría y se daría cuenta de que todo lo que hacía era pensando en ella. Entretanto, esperaba que se le ocurriera algo para lograr que recuperara el buen humor y para demostrarle que el lugar que le correspondía era a su lado.

Capítulo Siete

En la cocina, mientras preparaba un guiso de ternera, Bria no pudo evitar preguntarse por qué habría decidido Sam construir el cenador precisamente esos días. Ya hacía casi cuatro años que ella se lo había sugerido.

Suspiró mientras empezaba a pelar las patatas y las zanahorias. No se sentía precisamente orgullosa de sí misma por haberse enfadado cuando Sam la había llevado al río para enseñarle dónde pensaba construir el cenador. Solo trataba de complacerla, de hacerle feliz. Pero, aunque agradecía sinceramente su gesto, lo cierto era que lo único que le había pedido siempre era que pasara más tiempo con ella. ¿Por qué no se daba cuenta de que aquello le importaba más que ninguna otra cosa?

Cuando oyó los pasos de Sam acercándose, respiró profundamente y se volvió hacia la puerta. Le debía una disculpa. Durante los dos días pasados se había comportado como el marido con el que siempre había soñado, y no era culpa suya que ella siguiera resentida por el hecho de no haber logrado hacerle entender lo que había necesitado de él durante los dos años anteriores. Sam no había logrado entenderlo en las muchas ocasiones en que ella había intentado explicárselo, y era justo que esperara que lo entendiera ahora.

–Sam, yo…

–Bria, no pretendía…

Ambos se interrumpieron y permanecieron un rato mirándose.

–Siento lo de antes –continuó Sam–. Pensaba que te alegraría saber que había decidido construir el cenador. No pretendía disgustarte –retiró la mano de la espalda y le ofreció un precioso ramo de flores silvestres–. Ya que aún no puedo conducir y no he podido ir a la floristería de Stephenville, he pensado que te gustarían estas.

La sinceridad de su tono y la expresión esperanzada de su rostro hicieron que los ojos de Bria se llenaran de lágrimas.

–No tienes por qué disculparte, Sam –murmuró mientras aceptaba las flores–. Yo no debería…

–Olvidémoslo –interrumpió Sam a la vez que la rodeaba con sus brazos–. Sé lo difícil que han sido la cosas para ti desde el accidente, y la tensión a la que te has visto sometida.

Su comprensiva actitud hizo que las lágrimas contenidas se derramaran por las mejillas de Bria.

–Ha sido culpa mía, Sam. No debería…

Él la estrechó entre sus brazos.

–Por favor, no llores, cariño.

Bria sabía que no le gustaba verle llorar, pero saberlo solo sirvió para que sus lágrimas arreciaran. Sam era un buen hombre, y el amor de su vida. Había necesitado hacer acopio de todas sus fuerzas para dejarlo la primera vez. ¿Cómo iba a hacerlo por segunda vez? ¿Y quería realmente intentarlo?

–Lo… lo siento –murmuró mientras se frotaba las últimas lágrimas de las mejillas–. No quería llorar. Sé que cuando lo hago te sientes muy incómodo.

Sam se apartó un poco de ella para tomar su rostro entre las manos.

–No te preocupes por eso –la comprensión y ternura de la sonrisa que le dedicó Sam hizo que Bria sintiera de nuevo ganas de llorar–. Lo único que quiero es que seas feliz.

Antes de que Bria pudiera responder, Sam dio un paso atrás, tomó las flores de sus manos, se acercó a un armario y lo abrió.

–¿Dónde está el florero verde que solías tener aquí?

–No estoy segura –respondió Bria evasivamente. No podía decirle que lo tenía en Dallas, junto con el resto de sus cosas–. Utiliza un vaso largo.

–Habrá que conseguir otro florero –dijo Sam mientras llenaba el vaso de agua y colocaba las flores. Tras dejarlas en el centro de la mesa, se volvió hacia Bria–. ¿Qué puedo hacer para ayudarte a preparar la cena?

Bria estuvo a punto de quedarse boquiabierta. Sam no se habría ofrecido jamás a echarle una mano en la cocina, y después contrató a Rosa para que se ocupara de cocinar.

–Estaba a punto de pelar unas patatas y unas zanahorias para el

guiso que estoy preparando –dijo mientras se acercaba al fregadero a colar los vegetales que tenía puestos a remojo–. ¿Quieres ocuparte de eso mientras yo pico dos cebollas?

–Dame un cuchillo –contestó Sam, sonriente.

–Por cierto, he llamado a Rosa y le he dado otras semana de vacaciones pagadas –dijo Bria al cabo de un momento–. Rosa era un encanto, pero le gustaba mucho charlar y podría revelar a Sam cosas que este debía recordar por su cuenta.

–Buen idea. Así podré acariciarte y besarte sin tener que asegurarme de que nadie anda cerca.

–Eres incorregible –dijo Bria, sin aliento.

–No puedo evitar que me excites tanto como lo haces –replicó Sam, sonriente.

Mientras trabajaban juntos preparando el guiso, Bria pasó la mayor parte del tiempo entablando una batalla consigo misma mientras trataba de decidir qué hacer. Sam no era consciente de cómo se habían deteriorado las cosas entre ellos después del aborto. Hasta que recordara todo lo sucedido no podrían hablar de los problemas de su matrimonio y de la posibilidad de arreglar las cosas.

Al escuchar que Sam soltaba una repentina maldición, se volvió hacia él.

–¿Qué sucede?

–Oh, es solo un pequeño corte –contestó Sam a la vez que ponía la mano bajo el chorro de agua del fregadero.

La sangre que vio manar de su dedo hizo comprender a Bria que el corte no era tan pequeño.

–Déjame ver –dijo a la vez que tomaba un toalla de manos limpia.

Sam dudó un momento, pero, enseguida, para sorpresa de Bria, extendió la mano para que le mirara la herida. Normalmente se habría limitado a envolverse el dedo con algo para evitar que siguiera sangrando y luego habría seguido trabajando.

–Creo que vas a necesitar un par de puntos –dijo mientras examinaba la herida.

Sam empezó a negar enérgicamente con la cabeza, pero enseguida asintió.

–Supongo que tampoco estaría mal que me llevaras a la clínica de Beaver Dam.

Sorprendida por la velocidad con que Sam había aceptado su

propuesta, Bria apagó rápidamente el fogón, tomó su bolso y llevó a Sam a la clínica, donde este recibió cuatro puntos de sutura en el pulgar.

Dos horas más tarde, cuando salieron de la clínica, Bria señaló el restaurante que se hallaba al final de la calle.

–Se está haciendo tarde. ¿Quieres que comamos algo en el Broken Spoje antes de volver a casa?

Sam negó con la cabeza.

–Creo que lo que me apetece es ir a casa –Sam sonrió mientras la tomaba de la mano–. Prefiero estar a solas contigo que pasar la tarde en un local lleno de vaqueros que se van a dedicar a mirarte como si quisieran que fueras su próxima comida.

El pulso de Bria arreció al ver la oscura mirada de los ojos azules de Sam.

–¿No crees que estás exagerando un poco?

–En absoluto, cariño –contestó Sam mientras abría la puerta del coche para que Bria se sentara frente al volante–. He visto cómo te miran esos tipos y no tengo ninguna intención de compartir la vista. Esta noche solo te voy a mirar yo.

Hicieron el trayecto de regreso al rancho en silencio. Bria solo podía pensar en lo que sucedería cuando llegaran a casa. Había visto aquella expresión en la mirada de Sam las suficientes veces como para saber que la deseaba. Y, a pesar de sí misma, debía reconocer que el sentimiento era recíproco.

Pero no sabía si debía conceder a su relación otra oportunidad. Sería tan fácil ceder a la tentación de olvidar el divorcio y hacer el amor con Sam… Pero las cosas no se habían resuelto entre ellos. ¿Estaba dispuesta a volver a convertirse en la esposa que solo veía a su marido unos días al mes? Dejarlo la primera vez casi la había destruido, y sabía con certeza que no sobreviviría a una segunda separación.

Sam esperaba impaciente en el cuarto de estar mientras Bria terminaba de recoger los platos de la cena. Se había pasado la tarde pensando en qué podía hacer feliz a Bria, y había llegado a la conclusión de que la respuesta estaba en el baile. La primera vez que la vio fue en una fiesta después de un rodeo en Amarillo. Estaba bailando en grupo con Mariah y algunos amigos y, desde el momento en que la

vio, supo que estaba destinada para él.

Podrían haber bailado después de cenar en Beaver Dam, pero tener a un montón de mirones alrededor no era precisamente su plan para aquella tarde. Por eso había declinado la sugerencia de Bria. Quería volver a casa para estar a solas con ella, de manera que, después de haber puesto su CD favorito en el reproductor, de haber apartado las sillas y haber encendido un par de velas en el cuarto de estar, esperaba impaciente su llegada.

Cuando escuchó sus pasos acercándose, tomó el mando del reproductor de CD y pulso el botón. Cuando empezaron a sonar los primeros acordes de una romántica balada country, se levantó y se volvió para ver entrar a Bria en el cuarto de estar.

Era la mujer más preciosa que había conocido, y cada día que pasaba la quería y deseaba un poco más que el anterior. Respiró profundamente. Su plan para reconquistarla tenía que funcionar. No quería ni pensar en el infierno que iba a pasar si no lo lograba.

–¿Qué es esto? –preguntó Bria mientras miraba a su alrededor, sorprendida.

Sam se acercó a ella, la tomó de la mano y la condujo al centro de la improvisada pista de baile. La rodeó con los brazos por la cintura y la atrajo hacia sí.

Bria sonrió y comenzó a balancearse con él al son de la música.

–¿Qué te ha hecho pensar que necesitamos bailar? –murmuró contra su hombro.

–Sé que te hace feliz bailar, y a mi me gusta hacerte feliz –dijo Sam antes de besarla en la cabeza.

Bria se apartó un poco para mirarlo. La incertidumbre de su mirada hizo que Sam sintiera que se le hacía un nudo en el estómago. Sin pensárselo dos veces, inclinó la cabeza y la besó.

El suave gemido de Bria cuando se arrimó a él hizo que su corazón latiera con más fuerza. La reacción de Bria, y el hecho de que llevaba meses sin hacerle el amor, hicieron que la sangre corriera ardiente por sus venas. Pero podía contener su deseo. Aquella noche era para Bria, para hacerle saber que, fueran cuales fuesen los problemas que hubieran tenido en el pasado, merecía la pena salvar lo que compartían.

Habría tratado de hacerlo tres meses atrás, cuando lo dejó, pero tuvo que estar fuera trabajando más de una semana y, cuando volvió, ella no quiso darle la oportunidad de hacerlo. Estaba tan disgustada, y

tan empeñada en marcharse, que supo que no lo habría escuchado. Más adelante, cuando podría haber estado más dispuesta a escucharlo, aquello se convirtió en una cuestión de orgullo. Nunca en su vida había rogado, ni siquiera antes de ser acogido en el rancho Last Chance y, aunque casi le mató ver cómo se iba Bria, fue incapaz de rogarle que se quedara.

Pero aquella noche nada iba a impedir que le demostrara cuánto la necesitaba, cuánto la quería.

Dando por terminado el beso, apartó el rostro y la miró, sonriente.

–¿Recuerdas la noche que nos conocimos, cariño?

–¿Cómo iba a olvidarla? –dijo Bria, sin aliento–. Sobornaste a la banda para que solo tocara baladas durante la última media hora de la fiesta.

–Lo hice porque quería abrazarte como lo estoy haciendo ahora. Y, si no recuerdo mal, tú no te quejaste.

La sonrisa de Bria hizo que Sam experimentara una intensa y ardiente sensación por debajo del cinturón.

–No, supongo que no.

–Aquella noche fui la envidia de todos los vaqueros que había en el salón –susurró Sam junto a su oído–. Y sigo siéndolo cada vez que salimos por ahí.

Permanecieron en silencio unos momentos mientras la soñadora canción de amor los envolvía y Sam se esforzaba por controlar las reacciones de su cuerpo. Con cada instante que pasaba deseaba más a Bria y le costaba más ocultarlo. Estaba esperando alguna indicación por su parte de que le correspondía.

Cuando la canción terminó y Bria alzó el rostro hacia él, su corazón latió desbocado.

–¿Quieres hacer el favor de besarme como aquella noche? –susurró.

–Temía que no fueras a pedírmelo nunca –murmuró él roncamente mientras acercaba su boca a la de Bria.

En cuanto sus labios se encontraron, su cuerpo se tensó y la necesidad que sentía de poseerla se volvió prácticamente irresistible. Quería hacerla suya una vez más, demostrarle que juntos formaban parte de algo que transcendía a ambos.

Le hizo entreabrir los labios, la rodeó por la cintura con sus brazos y deslizó la lengua en el interior de su boca para acariciarla. La respuesta de Bria no fue precisamente decepcionante. Se aferró a su

camisa y se arrimó a él como si quisiera fundirse con su cuerpo.

Sin pensárselo dos veces, Sam tiró de la camiseta verde de Bria para sacarla de la cintura de sus vaqueros y deslizó las manos por debajo hacia sus pechos.

A la vez que tomaba uno de estos en su mano presionó la parte baja de su cuerpo contra ella para hacerle sentir cuánto la deseaba. Para su satisfacción, en lugar de tratar de apartarse, Bria gimió suavemente.

Sam apartó un poco la cabeza y contempló la pasión de sus ojos esmeralda, el rubor de sus mejillas.

Bria era su mujer, su media naranja, y necesitaba demostrarle lo necesaria que era para su vida.

–Vamos arriba, corazón –murmuró.

Bria lo miró unos segundos antes de hablar.

–Antes deberíamos hablar de un asunto.

–¿Me deseas, Bria?

Bria bajó la mirada y asintió.

–Sí, Sam. Te deseo. Pero necesito decirte que…

–No hay nada que no pueda esperar hasta mañana –interrumpió Sam a la vez que apoyaba el índice en sus labios. Sabía que Bria quería hablar del asunto del divorcio, pero ya habría tiempo para ello más tarde, después de que le hubiera demostrado lo bien que podían estar juntos–. Esta noche la vamos a dedicar a nosotros y a lo que compartimos.

Antes de que Bria pudiera decir algo, Sam apagó las velas del cuarto de estar, pasó un brazo por sus hombros y la condujo hacia las escaleras. Ninguno de los dos habló mientras subían. Las palabras eran innecesarias. Era hora de demostrarle a Bria que lo que compartían era muy valioso y que merecía la pena esforzarse por conservarlo.

Cuando Sam abrió la puerta del dormitorio principal, Bria supo que estaba corriendo un gran riesgo. Sam seguía sin recuperar la memoria y no habían podido hablar de su divorcio, ni ella había podido hablarle de lo que necesitaba de él como marido. Pero no podía seguir ignorando lo que su corazón había tratado de decirle desde el momento en que vio cómo embestía el toro a Sam.

Sam era su alma gemela, el hombre al que había entregado su vida, y, si había la más mínima posibilidad de que resolvieran las cosas, debía intentarlo.

Tal vez, aquellos días sin trabajo habían hecho ver a Sam lo a gusto que podían estar si él pasara más tiempo en casa.

Tal vez así comprendería a qué se había referido cuando le había dicho que lo que más feliz le hacía eran las pequeñas cosas, que el mero hecho de estar con él le bastaba.

Experimentó un estremecimiento de anticipación cuando Sam la condujo a la cama y, tras encender la lámpara de la mesilla de noche, le hizo volverse hacia él.

Su ardiente mirada la dejó sin aliento.

–No quiero perder ni un momento del placer de amarte –dijo con voz ronca antes de tomar su rostro entre las manos para besarla con tal ternura que Bria sintió que iba a derretirse a sus pies–. Y cuando termine empezaré de nuevo…

Los latidos del corazón de Bria arreciaron. No había duda de que Sam hablaba en serio… y lo que le estaba diciendo era exactamente lo que ella quería que hiciera.

Sam deslizó las manos por sus hombros y brazos hasta tomarla de la mano.

–Creo que estamos demasiado vestidos para lo que tengo planeado, señora Rafferty –dijo, sonriente.

Bria le devolvió la sonrisa.

–¿Y cómo sugieres que remediemos el problema?

–Estaba pensando que tal vez estarías más cómoda sin esto –dijo Sam a la vez que tomaba el dobladillo de la camiseta sin tirantes de Bria.

De inmediato, Bria alzó los brazos para permitirle que se la quitara. Sam la miró a los ojos mientras la rodeaba con los brazos para desabrocharle el sujetador de encaje y seda que llevaba puesto. Tras quitárselo, tomó en una de sus encallecidas manos uno de los delicados pechos de Bria, que experimentó de inmediato una oleada de calor que recorrió su cuerpo desde la punta de los dedos de sus pies a la raíz del pelo. Cuando Sam le acarició el pezón con el dedo pulgar, tuvo que cerrar los ojos mientras saboreaba el delicioso y vehemente deseo que empezaba a crecer en su interior.

Incapaz de permanecer pasiva un momento más, alzó las manos para desabrochar la camisa de franela de Sam.

–Creo que estarás mejor sin esto –murmuró y, tras apartar los lados de la camisa, deslizó las manos por el pecho de Sam para someterlo a

la misma tortura. Al sentir cómo se estremecía, alzó la mirada y vio cómo apretaba los dientes cuando bajó la mano hacia la cremallera de su pantalón.

–¿Te gusta esto, Sam?

–Si me gustara más, tendrías que enterrarme –Sam rio mientras tiraba de su camisa para sacarla de los pantalones–. Pero te aseguro que moriría siendo el hombre más feliz del mundo.

Bria sonrió mientras retiraba la camisa de sus anchos hombros. Adoraba el cuerpo de Sam, sus fuertes músculos. Deslizó un dedo hacia abajo por su tenso abdomen y siguió el rastro del vello que se perdía en la baja cintura de su pantalón.

Cuando soltó el botón de la bragueta, Sam contuvo el aliento.

–¿Quieres que continúe? –preguntó ella, alzando una inocente mirada hacia él.

Sam asintió.

–Si no lo haces, puede que me vuelva loco.

Bria deslizó lentamente la cremallera sobre el abultamiento que presionaba contra los calzoncillos de Sam.

–Parece tener un pequeño problema, señor Rafferty.

La ronca risa de Sam hizo que Bria experimentara un nuevo estremecimiento de excitación.

–¿Pequeño? Tienes suerte de que no sea un hombre inseguro, cariño.

–Puede que «pequeño» no sea la palabra adecuada.

Cuando Bria apoyó la mano sobre la poderosa y alargada protuberancia, Sam dejó de sonreír y gimió roncamente. Apartó la mano de Bria y se quitó rápidamente los pantalones y los calzoncillos.

Bria contuvo el aliento ante la magnífica visión que quedó desnuda ante sus ojos. Aunque llevaban tres años casados, la visión del poderoso y tenso miembro de su marido siempre hacía que los latidos de su corazón arreciaran a la vez que experimentaba la irrefrenable necesidad de sentirse colmada por él.

Sam no dijo nada mientras buscaba con las manos el botón de los pantalones de Bria. Tras desabrocharlo y bajarle le cremallera, se lo quitó junto con las braguitas.

–Eres tan bonita… –murmuró con voz ronca mientras la abrazaba–. Creo que será mejor que nos tumbemos mientras conservemos fuerzas para hacerlo –susurró junto al oído de Bria antes de mordisquearle

delicadamente la oreja.

Sin saber si sus piernas iban a sostenerla un segundo más, Bria alargó una mano para retirar la colcha de la cama y se tumbó. Sam se reunió con ella en un abrir y cerrar de ojos.

–Es tan excitante sentir tu cuerpo contra el mío… –murmuró Sam con voz grave e íntima–. No sé si voy a poder aguantar tanto como me gustaría.

–Hazme el amor ya –rogó ella.

–No hasta que estés lista para mí –contestó Sam mientras deslizaba una mano entre los muslos de Bria. El roce de su palma sobre la delicada piel de estos hizo que Bria sintiera que se desataba un incendio en su interior. Y cuando Sam capturó sus labios a la vez que la acariciaba, sintió que iba a enloquecer de deseo.

Necesitando explorar su cuerpo como él estaba explorando el de ella, deslizó una mano hacia abajo para tomar y acariciar su cálido y palpitante miembro.

–Lo siento, cariño, pero no voy a poder aguantar mucho si sigues así –murmuró Sam, jadeante.

–Por favor… –dijo Bria, asombrada ante el tono de desesperación que captó en su propia voz–. Te necesito. Ahora…

Cuando Sam la tumbó de espaldas y le hizo separar las piernas con la rodilla, Bria contuvo el aliento mientras esperaba.

–Enséñame dónde me necesitas, nena.

Sin dudarlo, Bria guió a Sam hacia los húmedos labios de su sexo y cerró los ojos cuando la penetró.

La sensación de ser colmada por él fue tan exquisita que quiso que durara siempre.

–Abre los ojos, corazón.

Cuando Bria obedeció, se sintió marcada a fuego por el deseo y la pasión que captó en la oscura mirada azul de Sam. Le pertenecía. Sam había reclamado su cuerpo y su alma, y en ese momento supo que no quería otra cosa.

Sin dejar de mirarla, Sam comenzó a moverse despacio dentro de ella, haciendo que las deliciosas sensaciones que estaba experimentando se multiplicaran. Bria supo en ese momento que aún lo amaba, que nunca había dejado de amarlo y, aunque aún tenían asuntos que resolver, debía esforzarse por arreglar las cosas entre ellos.

Perdida en la magia que estaban creando con sus rítmicos

movimientos, Bria no tardó en acercarse a la liberación que ambos buscaban. Al sentirlo, Sam incrementó el ritmo de sus penetraciones, hasta hacerle alcanzar la cima del placer.

Extasiada, sintiendo que estaba a punto de disolverse, de fundirse con el todo que la rodeaba, dejó escapar un delicioso y sensual gemido mientras se aferraba a Sam con todas sus fuerzas. Aquello pareció acelerar la liberación de este, pues Bria sintió cómo se endurecía aún más en su interior un momento antes de estremecerse y colmarla con su cálida esencia.

Cuando se desmoronó sobre ella, Bria disfrutó de la sensación de su peso oprimiéndole el cuerpo.

Experimentó un momento de pánico al pensar que no habían utilizado protección, pero pasó rápidamente. Hacía tiempo que ambos querían un bebé y, aunque aún tenían problemas que resolver en su matrimonio, nunca lamentaría tener un hijo nacido del amor que compartían.

Cuando Sam recuperó las fuerzas, trató de apartarse de ella, pero Bria lo retuvo donde estaba. No quería perder el contacto, la sensación de ser uno con él.

–Peso demasiado para ti, cariño –murmuró Sam.

–No me importa. Quiero seguir sintiéndote dentro de mí –dijo Bria antes de besarlo.

Sam dejó escapar una ronca risa mientras volvía a excitarse dentro de ella.

–Me vas a sentir muy pronto, corazón. Muy pronto…

Capítulo Ocho

A la mañana siguiente, tras haber pasado una noche increíble haciendo el amor a su preciosa esposa, Sam se estiró en la cama y se puso de costado para abrazar a Bria. Al notar que no había nadie a su lado, abrió los ojos y miró a su alrededor con aprensión hasta que escuchó el ruido de la ducha.

Sonriente, salió de la cama. Como había esperado, las cosas iban a funcionar entre ellos. Estaba seguro de ello. Conocía a Bria lo suficiente como para saber que no habría hecho el amor con él de haber estado convencida de seguir adelante con el divorcio.

La noche anterior le había demostrado cuánto la deseaba, cuánto deseaba cuidarla. Seguro que ya había entendido por qué trabajaba tanto, por qué hacía todo lo que estaba en su poder para ofrecerle lo que quería.

Entró sigilosamente en el baño y disfrutó contemplando la curvilínea silueta del sensual cuerpo de Bria a través del cristal esmerilado de la ducha antes de acercarse a la puerta abierta. Pasó al interior y la tomó en sus brazos.

–Buenos días, corazón.

El gritito de sorpresa de Bria se transformó en un suave gemido cuando sus cuerpos se tocaron. Se volvió, rodeó el cuello de Sam con los brazos y lo besó en el pecho.

–Buenos días, señor Rafferty –dijo, y enseguida bajó la mirada hacia la evidencia del deseo de su marido–. Veo que tiene otro problema.

Sam no conseguía dejar de sonreír.

–Parece que me pasa eso cada vez que estoy con usted, señora Rafferty.

–Oh… entonces, ¿es por mi culpa? –preguntó Bria con gesto

inocente.

Sam asintió.

–¿Qué piensas hacer al respecto? –preguntó.

–¿Tú qué sugieres? –Bria deslizó una mano por el pecho de Sam hasta tomar en ella su cálido y tenso sexo.

–Lo que estás haciendo es fantástico para empezar –murmuró él entre dientes. Le encantaba que Bria lo tocara, que no le avergonzara demostrarle cuánto lo deseaba–. Pero creo que será mejor que no sigas –dijo a la vez que la rodeaba con sus brazos y la alzaba. Bria lo rodeó automáticamente por la cintura con las piernas.

La sensación de sus pechos presionados contra el suyo y de su cálido y entreabierto sexo femenino contra la parte baja de su vientre provocaron una oleada de calor que lo recorrió de arriba abajo a la velocidad de la luz. Cuando capturó sus labios y comenzó a imitar con los movimientos de la lengua otros movimientos aún más íntimos, fue recompensado con un delicado y enloquecedor gemido de placer.

–Te necesito, Bria –murmuró roncamente, sin aliento.

–Yo… también te necesito.

Sam apoyó la espalda contra la pared de la ducha, elevó un poco a Bria y la dejó caer lentamente sobre su sexo, con el que la penetró en un solo movimiento. La expresión de placer de su delicioso rostro mientras lo absorbía en su interior estuvo a punto de ser la perdición de Sam.

–No te muevas, cariño –ordenó mientras se esforzaba por mantener el poco control que le quedaba–. No creo que ninguno de los dos quiera que esto acabe antes de haber empezado.

–Es tan maravilloso sentirte dentro de mí…

Ámame, por favor… ámame ahora…

–Amarte es lo que más deseo del mundo –admitió Sam mientras empezaba a mover la parte baja de su cuerpo contra ella.

Trató de ir despacio, de establecer un ritmo, pero, deseando a Bria como la deseaba, fue una tarea imposible. Tras haber pasado la noche entera haciéndole el amor, ¿cómo podía seguir tan desesperado por poseerla?

Mientras seguía moviéndose, renunció a analizar sus necesidades y se centró en dar placer a la mujer que tenía entre sus brazos. Conocía su cuerpo casi mejor que el suyo, y sabía que estaba a punto de alcanzar la cima que ambos buscaban.

Cuando sintió que sus femeninos músculos se tensaban en torno a su sexo, Sam fue incapaz de contenerse y encontró la liberación de la tensión que lo mantenía cautivo. Mientras la abrazaba, sintió que estaba a punto de ser consumido por las oleadas de placer que recorrieron su cuerpo. Siguió abrazándola durante lo que pareció una eternidad, reacio a salir de ella.

–¿Vamos a seguir así? –preguntó Bria a la vez que sonreía con expresión soñadora.

Sam sonrió.

–Yo no me quejaría.

–Yo tampoco –Bria rio y lo besó en la barbilla–. Pero puede que así me resulte difícil prepararte el desayuno.

–En eso tienes razón –reacio, Sam dejó que Bria se pusiera en pie–. No sé por qué, pero esta mañana tengo un apetito increíble.

–¿No se deberá a que anoche y esta mañana has gastado demasiada energía?

Sam rio a la vez que asentía.

–Puede que eso tenga algo que ver.

–Mientras te duchas, voy a bajar a ver qué puedo hacer para que recuperes la energía –dijo Bria antes de salir de la ducha.

Sam tomó una rápida ducha. Después, mientras se afeitaba frente al espejo, notó que no lograba dejar de sonreír. Bria iba a suspender el proceso de divorcio.

Estaba seguro de ello.

–Las cosas están saliendo realmente bien –dijo a su sonriente reflejo.

Deseando pasar todo el tiempo posible con Bria antes de que llegara Nate para llevarlo a su cita con el médico, Sam se vistió rápidamente.

–¿Te apetecen unos huevos revueltos con las patatas? –preguntó Bria con una sonrisa al verlo entrar en la cocina.

–No sé si será demasiado –contestó Sam mientras se sentaba.

Bria frunció el ceño.

–Creía que habías dicho que tenías hambre.

Sam alargó una mano hacia la cintura de Bria y le hizo sentarse en su regazo.

–Y la tengo, cariño, pero no de comida –murmuró mientras mordisqueaba el delicado lóbulo de la oreja de su esposa–. Creo que

preferiría desayunarte a ti.

–Eres insaciable –dijo Bria a la vez que le rodeaba el cuello con los brazos.

–No puedo evitarlo –Sam le dio un rápido beso–. Me produces ese efecto.

Bria se acurrucó en su regazo.

–¿A qué hora viene a recogerte Nate para ir a ver al neurólogo?

–A media mañana. ¿Qué tienes planeado hacer mientras Nate y yo estamos fuera?

–Creo que iré a Dallas a hacer unas compras. Pero seguro que estaré de vuelta en casa a tiempo para prepararte la cena.

Sam sabía que probablemente iba a Dallas para echar un vistazo al apartamento que tenía alquilado. Esperaba que su intención fuera dejarlo, pero, dado que no sabía que había recuperado la memoria, no podía preguntarle si ese era el propósito de su viaje. Tampoco podía contarle la verdad en aquellos momentos. Si lo hiciera, estaba seguro de que Bria se disgustaría y lo acusaría de haber manipulado la situación en lugar de ver la sinceridad de sus actos.

–Sabes que ni anoche ni esta mañana hemos utilizado protección –dijo para cambiar de tema–. Hemos hecho tantas veces el amor que puede que hayas vuelto a quedarte embarazada –en cuanto aquellas palabras salieron de su boca, Sam supo que había cometido un grave error.

Notó que Bria se quedaba como paralizada entre sus brazos.

–¿Que haya vuelto a quedarme embarazada?–preguntó a la vez que se apartaba para mirarlo–. ¿Recuerdas que haces seis meses estaba embarazada?

Sam la miró un largo momento antes de asentir. No tenía sentido tratar de negarlo. Al margen de no haberle dicho que había recuperado la memoria, había sido totalmente sincero en su forma de comportarse con ella aquellos días.

–¿Cuánto recuerdas? –preguntó Bria mientras se ponía en pie.

–Casi todo –admitió Sam.

–¿Recuerdas que perdí al bebé mientras tú estabas de viaje y que luego me fui del rancho e inicié los trámites del divorcio? –dijo Bria en un tono totalmente carente de emoción.

–Sí.

–¿Cuándo has recuperado la memoria, Sam?

Sam se puso en pie y se acercó a ella. Cuando alzó una mano hacia su mejilla, Bria apartó el rostro.

–Empecé a recordar algunos detalles el día anterior al cumpleaños de Jaron, y recuperé completamente la memoria cuando todos se fueron –admitió.

–Cielo santo, Sam –Bria se llevó una mano a la boca, consternada–. Eso fue hace cuatro días. ¿Por qué no…? ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido manipularme de ese modo?

–Bria, cariño, yo no….

–Déjalo, Sam –interrumpió ella–. No trates de justificar lo que has hecho –sus ojos se llenaron de lágrimas que se derramaron por sus mejillas–. Solo has estado simulando ser el esposo que quería que fueras para conseguir que me quedara, ¿verdad? Y, una vez que el médico te diera el alta, supongo que pensabas volver a la carretera con tu ganado y todo volvería a ser como antes. Pasarías por casa un par de días al mes y el resto del tiempo yo me quedaría aquí sola.

–Tengo que trabajar, Bria. Quiero poder ofrecerte todo lo que desees o necesites.

–Eso no es cierto. Me da igual lo que puedas comprarme. Lo único que he querido siempre es a ti –los ojos verdes de Bria destellaron de rabia. Sam nunca la había visto tan furiosa–. Ambos sabemos que ya has ganado suficiente dinero como para no tener que trabajar un solo día más en tu vida. Nunca te he pedido que dejaras el trabajo lo único que quería era que organizaras las cosas para pasar más tiempo aquí. Me has engañado.

–Nunca te he engañado, Bria –dijo Sam mientras sentía que su mundo se desmoronaba a su alrededor–. Solo soy culpable de no haberte dicho que había recuperado la memoria.

–Eso es lo mismo que mentirme –Bria se acercó con paso firme hacia su bolso, que colgaba de un perchero junto a la puerta. Lo abrió y sacó las llaves de su coche–. Vuelvo a Dallas, Sam. Los papeles del divorcio están en la habitación de arriba con algunas de mis cosas. Haz el favor de firmarlos y enviármelos de vuelta cuanto antes.

–¿Y tu ropa? –preguntó Sam, desolado. Bria iba a irse de nuevo, y él no podía hacer ni decir nada para impedirlo. La única diferencia entre aquella ocasión y la de hacía tres meses era que ya no habría una segunda oportunidad.

–Puedes enviármela o tirarla –Bria movió la cabeza mientras abría

la puerta–. En realidad me da igual.

–Eres mi esposa. Tenemos que hablar de esto.

–En realidad nunca has hablado de verdad conmigo. ¿Por qué ibas a empezar ahora?

Sam frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Llevamos juntos cinco años, y tres casados –contestó Bria en tono resignado–. En todo ese tiempo no me has hablado nunca de tu infancia, de tus padres, o de cómo acabaste al cuidado de Hank Carvet en el rancho Last Chance –sonrió con tristeza–. Te quería tanto, que no había nada que hubieras podido contarme que no hubiera comprendido. Pero es evidente que no te fiabas lo suficiente de mí, o de mi amor, como para darme esa oportunidad –tuvo que morderse el labio inferior para evitar que temblara–. Ni siquiera quisiste hablar conmigo de la pérdida de nuestro bebé. Así que, ¿por qué ibas a querer hablar de la ruptura de nuestro matrimonio?

Sin dar tiempo a que Sam dijera algo, Bria abrió la puerta y salió de la casa sin mirar atrás. Sam supo que, en aquella ocasión, su marcha era definitiva.

Dos horas después, cuando llegó su hermano, Sam estaba sentado a la mesa de la cocina, mirando la taza de café que le había servido Bria para el desayuno. Ya estaba tan frío como la sensación que se había adueñado de su alma al ver que su esposa lo abandonaba por segunda vez.

¿Cómo habían podido torcerse tanto las cosas en tan poco tiempo? ¿Y cómo podía estar sufriendo tanto sin morirse?

–No he visto el coche de Bria aparcado fuera –dijo Nate cuando entró en la casa–. ¿Ya se ha ido de compras?

–Sé tanto como tú –masculló Sam–. No tengo idea de qué está haciendo.

–Veo que no estás precisamente de buen humor –dijo Nate en tono sarcástico–. ¿Por qué estás tan enfurruñado?

–¿Os costó mucho convencer a Bria de que se quedara conmigo hasta que recuperara la memoria?

En lugar de hacerse el despistado, Nate apartó una silla y se sentó frente a su hermano.

–No nos costó nada. Bria quería hacer lo que fuera necesario para

que te recuperaras.

–Ambos habríamos estado mejor si hubiera vuelto a Dallas a seguir adelante con su vida –Sam dedicó una severa mirada a su hermano–. Habría sido más fácil para todo el mundo.

–¿Y cómo lo sabes? –Nate frunció el ceño–. Ni siquiera recordabas que habíais tenido problemas, y no nos habrías creído aunque te lo hubiéramos dicho.

–Habría sobrevivido –Sam movió la cabeza–. No fue justo que le pidierais que hiciera algo así. Tendría que haber seguido organizando su nueva vida en Dallas mientra esperaba a que yo recordara que habíamos roto.

–Pero el divorcio no fue idea tuya –dijo Nate–. Y tampoco creo que fuera lo que realmente quería Bria.

–Pues ahora sí lo quiere –Sam se levantó y fue a vaciar su plato del desayuno en la basura. Había perdido por completo el apetito.

–¿Se ha ido?

–Sí.

–Pues ve tras ella y hablad.

–Ese es el problema –Sam movió la cabeza–. Quiere que le cuente cosas sobre mí que están mejor enterradas en el pasado.

–¿No sabe nada sobre nosotros? –preguntó Nate, asombrado.

–No.

–¿Ni siquiera que cuando murió mamá las autoridades tuvieron el buen juicio de sacarnos de aquella situación de miseria?

–No.

–Ya han pasado dieciocho años desde entonces. Suponía que ya le habrías contado todo sobre nosotros, y también que trataste de cargar con las culpas cuando traté de asaltar aquella tienda.

–¿De qué habría servido? –preguntó Sam, irritado.

–¿Y qué daño habría hecho que se lo hubieras contado? –replicó Nate–. Ambos éramos niños y estoy seguro de que Bria lo habría comprendido. Además, es tu esposa. Que yo sepa, las parejas comparten ese tipo de cosas.

–¿Qué sabes tú del matrimonio?

–Al parecer, mucho más que tú –Nate miró su reloj–. Es hora de que nos pongamos en marcha –dijo mientras se encaminaba hacia la puerta–. Tú tienes que ver al médico y yo tengo una cita con una bonita enfermera –se volvió para ver si Sam lo seguía–. Mientras vamos a

Waco, más vale que pienses seriamente en hacer un viaje a Dallas para contarle a tu esposa lo que deberías haberle contado hace años.

Durante el trayecto, Sam no dejó de pensar en lo que le había dicho su hermano. ¿Tendría razón? ¿Sería comprensiva Bria cuando le hablara de su pasado? Antes de irse le había aclarado que, le contara lo que le contase, no dejaría de amarlo por ello. ¿Habría sido sincera? ¿Y tendría él el valor de revelarle sus pequeños y sucios secretos para averiguarlo?

Sam tenía los brazos apoyados sobre la valla mientras esperaba a que el vaquero se sentara en la polvorienta espalda de Black Mamba, un toro que hasta entonces no había logrado dominar nadie.

–¿Ya estás en plena forma? –preguntó Ryder mientras se detenía a su lado.

Hacía dos semanas que Sam había vuelto a los rodeos y sus hermanos no paraban de preguntarle qué tal estaba.

–Pregúntamelo una vez más y montar ese toro te parecerá como ir de picnic comparado con lo que te haría yo –advirtió Sam.

Ryder rio sonoramente.

–Veo que estás en plena forma. Y Nate tenía razón. Estás tan gruñón como un oso con una espina clavada en la zarpa. Creo que deberías hacer algo al respecto, hermanito.

A Sam no le gustaba que sus hermanos hablaran de él a sus espaldas. Todos sabían que Bria había vuelto a irse, pero, en lugar de dejarlo en paz, no dejaban de pincharlo.

–Ocúpate de tus asuntos y yo me ocuparé de los míos –aconsejó mientras miraba su reloj.

Ninguno de sus hermanos sabía que cuando terminara su trabajo aquel día pensaba ir a Dallas con los papeles del divorcio para tener un último encuentro con su esposa. No era algo que le apeteciera, pero ya lo había retrasado suficientemente. Era hora de que ambos siguieran adelante con sus vidas.

Cuando el vaquero que iba a montar el toro le hizo un breve asentimiento, indicando que estaba listo, Sam tiró de la cuerda que abría la portezuela del pasadizo. Normalmente le entretenía ver las montas, y a sus hermanos entrando en acción cuando tenían que apartar a algún toro de su jinete derribado, pero, desde que había vuelto al trabajo, el hecho de estar todo el día en la carretera yendo de rodeo en

rodeo no lo atraía como antes.

¿Tanto lo habían afectado los días que había estado convaleciente?

Bria tenía razón en una cosa: en el pasado no se había tomado el suficiente tiempo libre para estar con ella. También tenía razón cuando decía que, si él quisiera, no tendría por qué estar viajando tanto. Tenía suficientes empleados eficientes como para delegar en parte sus obligaciones.

Respiró profundamente mientras asimilaba finalmente lo que Bria llevaba tiempo tratando de hacerle ver. Había pretendido ofrecerle todo lo que pudiera desear, pero había pasado por alto que, estando con ella como lo había estado durante su convalecencia, estaba haciendo precisamente eso: darle lo que deseaba.

Movió la cabeza mientras comprendía dónde estaba realmente su corazón. Estaba en el rancho Sugar Creek. Desafortunadamente, su razón para querer estar allí, su razón de vivir, ya no estaba allí.

Tras echar un vistazo a su reloj, hizo una seña a T. J.

–Sustitúyeme.

–¿Adónde vas? –T. J. frunció el ceño–. ¿Te encuentras bien? Nunca te he visto irte de un rodeo antes de que acabara.

–Tengo que ocuparme de algo –contestó Sam mientras le entregaba la cuerda que sujetaba la verja.

–¿Por casualidad es en Dallas? –preguntó T. J., sonriente.

–No te hagas el listillo.

–Dile a Bria que todos le mandamos un saludo –dijo Ryder mientras se situaba junto T. J. en la valla.

Sam ignoró a sus hermanos mientras se encaminaba hacia su coche. No sabía qué iba a decirle a Bria, o si hacerlo supondría alguna diferencia.

Lo único que sabía era que tenía que intentarlo. De no hacerlo, estaba convencido de que lo lamentaría el resto de su vida.

Capítulo Nueve

–¿Seguro que vas a estar bien? –preguntó Mariah, preocupada.

–Claro que sí –dijo Bria–. Solo necesito un poco de tiempo para asimilar todo lo sucedido y seguir adelante con mi vida.

–¿De verdad? –Mariah no parecía muy convencida–. Lo único que has querido hacer desde que regresaste a Dallas es dormir.

–Es más fácil dormir que pensar –Bria trató de sonreír animosamente–. Pero no has venido aquí camino de Shady Grove para preocuparte por mí. Cuéntame cosas de tu nuevo trabajo y de tu traslado.

Mariah se animó al instante y, mientras se ponía a charlar sobre su nuevo trabajo como encargada de la clínica de una comunidad ranchera, Bria dejó vagar sus pensamientos. Durante las dos semanas transcurridas desde su regreso de Sugar Creek lo único que había logrado hacer había sido llorar y dormir. Había achacado su comportamiento al trastorno emocional que le había causado enfrentarse a la duplicidad de Sam, pero el médico al que había visitado aquella mañana tenía otra explicación para su inestabilidad emocional y inusual fatiga.

Estaba embarazada.

No comprendía cómo era posible que estuviera experimentando aquellos síntomas tan pronto, pero el médico le había asegurado que no era tan raro, y el análisis de sangre que le hizo confirmó su diagnóstico. La noche que había hecho el amor con Sam se había quedado embarazada. Iba a tener un hijo de Sam.

Pero por feliz que se sintiera por ello, aún le costaba creer que Sam la hubiera engañado como lo había hecho. Era cierto que no le había mentido, pero tampoco había sido sincero al ocultarle que había recuperado la memoria.

–¿Me estás escuchando, Bria? –preguntó Mariah con el ceño fruncido.

–Lo siento –se excusó Bria a la vez que volvía a prestar atención a su hermana–. ¿Qué estabas diciendo?

Mariah alargó una mano y la apoyó sobre la de su hermana.

–Te estaba preguntando si habías tenido noticias de Sam.

–No. No hemos vuelto a ponernos en contacto desde que me fui del rancho –Bria respiró profundamente para tratar de liberar la tensión de su pecho–. Nate me ha llamado para saber cómo estaba y me ha dicho que el neurólogo le ha dado el alta. Ya puede volver a trabajar. Aparte de eso, no he tenido más noticias de él.

–Seguro que no tardará en ponerse en contacto contigo –dijo Mariah en tono compasivo–. Nunca me ha parecido la clase de hombre que se rinde fácilmente. Además, noté cómo te miraba el día del cumpleaños de Jaron. Se nota que sigue totalmente colado por ti.

Los ojos de Bria se llenaron de lágrimas mientras movía la cabeza.

–Nunca he dudado de nuestro amor, Mariah. Pero el matrimonio es algo más que eso. El matrimonio consiste en compartir la vida con el otro, tanto lo bueno como lo malo –se interrumpió para frotarse una lágrima de la mejilla–. Sam nunca ha compartido realmente su vida conmigo. Si lo hubiera hecho, tal vez yo habría podido llegar a comprender por qué antepone su trabajo a nuestro matrimonio.

–Cuánto lo siento, Bria –Mariah se puso en pie y rodeó la mesa para abrazar a su hermana–. No pretendía hacerte llorar.

–No es culpa tuya –dijo Bria mientras le devolvía el abrazo–. Pasaré una mala temporada, pero lo superaré. Tengo que hacerlo.

Bria no explicó a su hermana que no le quedaba más opción que sobrevivir por el bien de su bebé. No le había dicho a nadie que estaba embarazada y, aunque aún estaba dolida y enfadada con Sam, sentía que él debía ser el primero en saberlo.

Le entristecía pensar que su hijo iba a tener que estar yendo de un padre a otro, pero no podía ser de otro modo. Sam había hecho su elección, y ella la suya. Lo único que les quedaba era seguir adelante y hacer todo lo posible para ofrecerle una buena vida a su hijo.

–Supongo que debería ir marchándome –dijo Mariah a la vez que se ponía en pie–. Me gustaría llegar a Shady Grove antes de que anochezca para poder descargar el coche.

–¿Es grande la casa que has alquilado? –preguntó Bria mientras

acompañaba a su hermana hasta la puerta.

–Tendrás que venir a pasar un fin de semana cuando ya esté instalada –dijo Mariah, animada–. Es una pequeña casita con dos habitaciones a las afueras del pueblo, con una valla blanca, piscina y *jacuzzi*.

–Suena genial –Bria abrazó a su hermana–. Avísame en cuanto estés lista para recibir visitas.

–Desde luego –Mariah se dispuso a salir tras devolver el abrazo a su hermana, pero se detuvo en seco en cuanto abrió la puerta–. ¡Oh, cielos!

–¿Qué sucede? –preguntó Bria, extrañada.

Cuando se asomó a la puerta, su corazón se detuvo un instante y luego comenzó a latir como loco. Sam avanzaba por el sendero hacia la entrada de su casa. Como siempre, vestía camisa de franela, vaqueros gastados, botas de montar y sombrero de ala ancha negro, pero a Bria nunca le había parecido más sexy.

–¿Estarás bien con él aquí? –susurró Mariah–. Si quieres, me quedo.

–No te preocupes –dijo Bria–. Tenemos que hablar sobre algunos detalles del divorcio, y este momento puede ser tan bueno como cualquier otro.

–Hola… Sam –saludó Mariah, indecisa.

–Mariah –Sam dedicó una inclinación de cabeza a su cuñada, pero su mirada no se apartó de Bria.

–Yo… tengo que irme –murmuró Mariah.

–Vete tranquila –dijo Bria con calma–. Que tengas un buen viaje. Llámame cuando llegues a Shady Grove.

–Lo haré –aseguró Mariah–. Buena suerte, Sam –vocalizó en silencio al pasar junto a este.

Sam sonrió a la bonita morena y luego volvió a centrarse en Bria. Tenía buen aspecto. Muy bueno. Hacía dos semanas que se había ido del rancho, y verla fue como alimentar su alma.

–Siento no haber llamado. ¿Vengo en mal momento?

Bria no se había apartado de la entrada y Sam no estaba seguro de que fuera a invitarlo a pasar. Mientras se miraban unos segundos en silencio, pensó que iba a echarlo de allí, pero, finalmente, asintió y se apartó para dejarlo pasar.

Una vez dentro, Sam se fijó en las fotos que solían colgar de las paredes del rancho. Estaban todas… excepto la de su boda. Se preguntó dónde la habría puesto, pero no había acudido a ver a Bria para hablar de ello. Tenía que encontrar un modo de que le diera otra oportunidad. Si lo lograba, no pensaba desaprovecharla.

–Tienes una casa muy agradable –dijo educadamente, aunque le daba lo mismo. No se trataba de su casa en el rancho, que era donde debía estar.

–Es un poco pequeña, pero no necesito mucho espacio –mientras hablaba, Bria señaló el sofá.

Sam sacó un sobre doblado de su bolsillo antes de sentarse. Ella ocupó una silla frente a él.

–Aquí están los papeles firmados –Sam dejó el sobre en la mesa–. Yo no quiero el divorcio más de lo que lo quería hace tres meses y medio –respiró profundamente antes de continuar–. Pero te quiero demasiado como para interponerme en el camino de tu felicidad, cariño –miró a Bria directamente a los ojos con la esperanza de que reconociera la verdad de sus palabras–. Juro que lo único que me ha preocupado siempre ha sido tu felicidad, Bria.

–Pero yo no era feliz, Sam –Bria tuvo que respirar profundamente para no dejarse llevar por la emoción–. Me diste todo lo que pensabas que quería, pero a mí lo único que me importaba era estar contigo. Pero tú nunca estabas en casa y me cansé de estar sola.

Sam notó que Bria no había tomado los papeles de la mesa, y, esperanzado, pensó que tal vez era una buena señal. Tal vez no estaba tan ansiosa por separarse de él como había pensado.

–Imagino lo duro que debió ser para ti estar sola casi todo el rato, y lo siento.

–Sí, fue duro –asintió Bria–. Deseaba que mi marido quisiera estar conmigo más que con su ganado.

Sam sintió que aquel era el momento para explicar por qué estaba tan empeñado en triunfar, por qué se sentía impulsado a trabajar lo duro que hiciera falta para poder ofrecerle lo que deseara. Pero no le iba a resultar fácil. Dejó su vida anterior atrás cuando el estado se hizo cargo de Nate y de él, y nunca había querido mirar atrás.

–Mi madre murió de un ataque al corazón cuando Nate tenía diez años y yo doce –dijo, sin saber muy por dónde empezar.

–Lo siento mucho, Sam –dijo Bria en tono compasivo–. Debió ser

terrible para ti y para tu hermano.

Por primera vez en muchos años, Sam se permitió pensar en lo dolido y abandonado que se sintió tras la muerte de su madre. Estuvo a punto de ahogarse a causa de la emoción que experimentó, pero apartó esta idea al fondo de su mente y carraspeó antes de continuar.

–Mi madre tuvo que trabajar muy duro para poder ofrecernos comida y un techo bajo el que refugiarnos.

–¿Y dónde estaba tu padre? –preguntó Bria con suavidad.

Sam apretó tanto la mandíbula que se sorprendió de que no se le saltaran varios dientes.

–El muy miserable se pasaba el día sentado sin hacer nada, viendo cómo se deslomaba nuestra madre.

Bria se llevó una mano a la boca para reprimir un grito ahogado.

–Por eso trabajabas tan duro y nunca te tomabas tiempo libre a menos que te vieras obligado a ello, ¿verdad? –preguntó.

Incapaz de permanecer sentado más tiempo, Sam asintió, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

–Entonces juré que cuando me casara no me parecería en nada a mi padre, y que ofrecería a mi mujer y a mi familia la mejor vida posible.

Bria parecía confundida.

–¿Por qué no me contaste nunca eso cuando te preguntaba por qué trabajabas tanto y tan duro? ¿Acaso creías que no entendería que lo que te motivaba era no parecerte a tu padre? –movió la cabeza–. Lo único que me decías era que trabajabas para asegurar nuestro futuro, y que querías que tuviera cosas bonitas.

Sam tuvo que reconocer que se habrían librado de muchos problemas si hubiera hablado antes con Bria sobre su infancia. Pero lo cierto era que él había hecho todo lo posible para dejar atrás su pasado.

–Supongo que pensaba que si te contara cómo había sido mi infancia sabrías que te habías casado con un hombre que no era lo suficientemente bueno para ti.

–No quiero volver a escucharte decir algo así sobre ti mismo, Sam Rafferty –dijo Bria enérgicamente–. Eres un buen hombre. Nadie es más ambicioso ni trabaja más duro que tú.

Sam se encogió de hombros.

–Será mejor que te reserves la opinión hasta que te explique lo que nos llevó a Nate y a mí a acabar bajo la tutela judicial del estado.

–No creo que eso vaya a hacer que cambie mi opinión sobre ti, pero

sigue. Te escucho.

–Todo fue bien mientras mamá vivía. No teníamos mucho, pero siempre se las arregló para ofrecernos lo básico. Pero, tras su muerte, cuando volvíamos a casa del colegio, en muchas ocasiones nuestro padre no estaba y no había nada de comer –Sam inspiró profundamente antes de continuar–. Por eso empezamos a llevar a cabo pequeños hurtos en un mercado cercano.

–Tenías doce años y estabas hambriento, Sam –dijo Bria con delicadeza–. Solo tratabas de sobrevivir.

–A pesar de todo, no estaba bien –Sam movió la cabeza–. Pero eso no era lo peor –se pasó una mano por el cuello para tratar de liberar la creciente tensión que estaba experimentando–. Encontramos una pistola que nuestro padre guardaba en un armario; al principio solo la llevábamos por si alguien trataba de impedirnos robar la comida que necesitábamos. Suponíamos que lo único que teníamos que hacer era apuntar a quien tratara de retenernos. Para cuando cumplí los quince, nuestro padre había desaparecido por completo y ya nos habíamos acostumbrado a robar a punta de pistola para poder pagar el alquiler y no tener que dormir en la calle.

–¡Oh, Sam! –exclamó Bria, conmocionada–. ¿Fue por eso por lo que os enviaron al rancho de Hank Carvet?

Sam asintió.

–Nate trató de robar en una tienda por su cuenta y las cosas no fueron bien. Se libró, pero la policía llevabas varias semanas vigilándonos y sabían que éramos los que buscaban. Cuando nos detuvieron, le dije que el ladrón era yo.

–¿Por qué?

–Los chicos de quince años no suelen detenerse a pensar demasiado en sus acciones –Sam rio irónicamente–. Pensaba que si la policía creía que había actuado solo, Nate se libraría.

–Pero sabían que ambos estabais implicados –dijo Bria.

Sam asintió.

–De no haber sido menores de edad, nos habrían encerrado. Afortunadamente, nos asignaron una abogada que se molestó en averiguar que nuestra madre había muerto y nuestro padre nos había abandonado. No sé si fue por pena, o porque comprendió qué solo habíamos robado para sobrevivir, pero logró librarnos de acabar en un reformatorio. Llegó a un acuerdo con el fiscal del distrito para que nos

llevara al rancho Last Chance y el juez aceptó.

Sam siempre estaría agradecido a aquella abogada. Los libró de acabar en un entorno que probablemente los habría empujado a seguir por el mal camino.

–Puede que inicialmente tomarais el camino equivocado, pero Hank logró que Nate y tú cambiarais.

–Hank nos hizo comprender que lo último que habría querido nuestra madre habría sido que acabáramos así.

–¿Qué te hizo pensar que no comprendería lo que sucedió durante vuestra infancia, Sam?

–Supongo que el orgullo –contestó Sam tras unos momentos de silencio.

Bria había comprendido que Sam estaba avergonzado de su pasado, y que prefería olvidarlo, pero él debía comprender que solo su pasado podía explicar quién era en la actualidad.

–Lo que importa es que Nate y tú fuisteis capaces de superar vuestros problemas, y que os habéis convertido en unos hombres honrados y trabajadores. En unos buenos hombres.

Sam respiró profundamente.

–No me resulta fácil decir esto, pero supongo que siempre he temido convertirme en un hombre como mi padre si empezaba a vaguear.

–Eso es lo último que harías, Sam. Tú no eres como tu padre –Bria habría querido acercarse a él, abrazarlo, borrar de su memoria el dolor y la desilusión que había sufrido en su infancia. Pero no se atrevió. Aunque ya pudiera comprender por qué estaba tan empeñado en triunfar, eso no significaba que Sam estuviera dispuesto a dejar de ser un adicto al trabajo.

–Necesito decirte algo más –dijo Sam mientras volvía a ocupar el sofá–. El motivo por el que me cuesta aceptar que hagas cosas por mí es que quiero que me veas como un hombre fuerte y capaz, no como un hombre débil e inútil.

–¿Y por qué iba a verte así? –preguntó Bria, desconcertada.

Sam se encogió levemente de hombros.

–Supongo que cuando eso es lo que has estado oyendo sobre ti desde que eres un niño empiezas a creerlo.

Bria no ocultó su consternación.

–¿Tu padre… te maltrataba?

Sam bajó la mirada y asintió.

–No físicamente, pero si verbal y psicológicamente. Casi todo el tiempo nos ignoraba y hacía como si no existiéramos. Pero cuando nos decía algo no era precisamente positivo. Si no nos dijo mil veces lo inútiles y patéticos que éramos, no nos lo dijo ninguna, y normalmente lo hacía cuando nuestra madre nos estaba atendiendo.

Bria experimentó una intensa rabia al imaginar al padre de Sam diciéndole aquello.

–Quien era débil era tu padre, Sam –dijo con firmeza–. Solo machacándoos se sentía por encima de ti y de tu hermano.

–Ahora lo sé, pero que te hayan repetido lo inútil que eres desde tu infancia afecta –Sam pareció muy interesado en sus botas un momento antes de alzar la mirada–. Por eso te fallé cuando más me necesitabas, corazón.

–¿Te refieres a cuando perdí el bebé? –susurró Bria.

Por primera vez desde que lo conocía, Sam le permitió ver la profunda tristeza y el dolor emocional que había en la profundidad de sus ojos azules.

–No volví al rancho de inmediato porque no pude. No podía permitir que vieras cuánto me había afectado que hubiéramos perdido al niño.

Los ojos de Bria se llenaron de lágrimas.

–Pero yo te necesitaba, Sam. Te necesitaba para compartir el pesar y la decepción que estaba experimentando… que ambos estábamos experimentando.

Al ver que Sam cerraba los ojos y que una extraordinaria y solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla, Bria sintió que se le desgarraba el corazón. Sam había sufrido tanto por la pérdida del bebé como ella, pero como no quería mostrarse débil ante ella, había decidido ocultar sus emociones y comportarse como si nada hubiera pasado.

Sin darle tiempo para acudir a su lado, Sam se levantó, carraspeó y se encaminó hacia la puerta.

–Siento haberte fallado, Bria. Sean cuales sean las condiciones que quieras estipular en el divorcio, firmaré los papeles en cuanto tu abogado las incluya.

–No.

Sam se detuvo y se volvió a mirar a Bria.

–¿Qué quieres decir? –preguntó con voz ronca.

Bria se levantó y fue hasta él.

–Tú no me has fallado, Sam.

–¿Por qué dices eso? –preguntó él con el ceño fruncido–. No estaba a tu lado cuando perdiste al bebé y fui demasiado cobarde como para volver a casa a enfrentarme con las emociones que ambos estábamos experimentando.

Bria apoyó una mano en su brazo.

–Creo que nos fallamos mutuamente.

–No digas eso, cariño. Yo no podría haber encontrado una esposa mejor.

–Claro que sí –Bria tuvo que frotarse las lágrimas de las mejillas–. Sabía que habías tenido problemas siendo joven y debería haber comprendido que a lo largo de tu vida habías tenido que alzar muchos muros para protegerte. En lugar de quejarme porque pasabas poco tiempo en casa, debería haberte comprendido mejor.

–Eso no me excusa de no haber compartido contigo mi pasado, de no haber estado a tu lado cuando perdiste al bebé –dijo Sam, testarudo–. Nunca me perdonaré haber sido tan cobarde.

–Oh, Sam, calla y abrázame –Bria lo rodeó con los brazos por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

–No puedo abrazarte.

Bria se apartó para mirarlo.

–¿Por qué no?

–Porque, si lo hago, nunca seré capaz de volver a soltarte…

Bria supo que habían llegado a una encrucijada. Podía seguir adelante con el divorcio y vivir infeliz sin el hombre al que amaba, o aceptar las cosas tal y como eran y vivir para siempre con el hombre que robó su corazón en el momento en que se conocieron.

–No quiero que me sueltes nunca –dijo, sabiendo en el fondo de su alma que estaba haciendo la elección correcta–. Quiero que me abraces siempre, Sam.

Él la rodeó de inmediato con sus brazos y la estrechó contra sí.

–No te merezco, Bria, pero te aseguro que voy a dedicar el resto de mi vida a demostrarte cuánto te amo y lo agradecido que estoy de que seas mi esposa.

Cuando inclinó la cabeza para capturar sus labios, Bria sintió que su corazón remontaba el vuelo. Hubo tanto amor y emoción en el beso de Sam que se quedó sin aliento.

–Tengo algo que contarte –dijo cuando, finalmente, Sam se apartó.

–Puedes contarme lo que quieras, corazón –Sam la besó en la frente–. Ya lo sabes todo sobre mí, y te juro que ya nunca más habrá secretos entre nosotros.

–Yo tengo un secreto que quiero confesar –Bria lo miró los ojos–. Al parecer, has obtenido tu deseo.

Sam pareció desconcertado.

–¿Te importa aclarar eso?

–Antes de irme del rancho aquella mañana, dijiste que a lo mejor me habías dejado embarazada –contestó Bria sonriente–. Y así fue –añadió.

Sam sonrió lentamente de oreja a oreja.

–¿En serio?

Bria asintió.

–He ido al médico esta mañana porque no me sentía muy bien.

–¿Y cómo estás? ¿Hay algún problema? –la inmediata preocupación de Sam resultó enternecedora.

–No hay ningún problema –aseguró Bria–. Solo tengo somnolencia casi todo el rato y estoy un tanto emocionada.

–¿Pero estás bien?

–Estoy de maravilla –Bria besó a Sam en la barbilla–. Voy a tener un bebé. Nuestro bebé.

Bria dejó escapar un gritito cuando Sam la tomó repentinamente en brazos y la llevó hasta el sofá, donde la sentó en su regazo.

–Este es un nuevo principio para nosotros Bria. Una segunda oportunidad. Creo que deberíamos hacer algo para celebrarlo.

–¿En qué estabas pensando? –preguntó Bria, que sentía que el amor que sentía por su marido crecía con cada segundo que pasaba.

–Creo que deberíamos renovar nuestros votos –dijo Sam, pensativo–. Luego podemos celebrar una gran fiesta.

–Me encanta la idea –asintió Bria–. Pero tendremos que empezar a hacer planes con tiempo para que empieces a viajar menos con tu empresa de rodeos.

–No tendremos que preocuparnos por eso –el amor que había en la mirada de Sam hizo que brotara una llama de esperanza en el pecho de Bria–. He pensado mucho estas dos semanas y descubierto que ya no quiero pasarme el día viajando. Voy a dirigir todo desde el rancho –sonrió–. Voy a estar tanto en casa que acabarás deseando echarme.

–Eso nunca, Sam –Bria le rodeó el cuello con los brazos, emocionada–. Te quiero tanto…

–Y yo a ti –Sam la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento–. Y ahora, vamos a planear la fiesta. Quiero hacerte mía de nuevo.

–Ya soy tuya –dijo Bria–. Y tú eres mío.

–Para el resto de nuestras vidas.

Epílogo

Sam estaba con sus hermanos, observando a Bria, que estaba formando una hilera con otros invitados para bailar al son de la banda de country que habían contratado para la fiesta. Le encantaba verla bailar, ver cómo movía su cuerpo al son de la música. Lo cierto era que le encantaba todo de ella.

–Ya llevas varios meses sonriendo como un bobo –dijo T. J. con una sonrisa.

–Tal como te estás comportando, cualquiera diría que acabas de conseguir un *home run* –añadió Lane, riendo.

Sam se encogió de hombros y sonrió.

–No puedo evitarlo. Estos días soy un hombre feliz.

–¿No echas de menos los viajes? –preguntó Jaron en tono escéptico.

–No. Tengo todo lo que quiero aquí mismo, en casa –aseguró Sam.

Cuando la canción terminó, Bria y Mariah se acercaron al grupo. Sam pasó un brazo por la cintura de su esposa y acercó los labios a su oído.

–¿Crees que deberíamos dar la noticia a todo el mundo, corazón? –susurró.

Habían acordado esperar a que pasara el primer trimestre para contar que estaban embarazados, y Sam ya estaba deseando decir a sus hermanos que iba a ser papá.

–Adelante –dijo Bria con una sonrisa.

Sam carraspeó para llamar la atención de sus hermanos.

–¿Estaréis en condiciones de hacer de canguro dentro de tres meses? –preguntó a la vez que dedicaba una significativa mirada a su alrededor.

–¡No me digas! –exclamó Nate con una sonrisa de oreja a oreja–.

¡Voy a ser tío!

Ryder abrazó a Bria.

–Felicidades. Pero supongo que ya sabrás que ahora vas a tener que cuidar de dos niños en lugar de uno solo.

–No te preocupes. Si tengo problemas con Sam o el bebé, te avisaré, Ryder –dijo Bria, radiante.

Lane palmeó sonoramente la espalda de Sam.

–No me extraña que parecieras tan pagado de ti mismo.

–Me reservo el derecho de consentir a mi sobrino –anunció Jaron.

Mariah negó con la cabeza.

–Mi sobrina va a ser una princesita.

–No. Va a ser un chico –insistió Jaron–. Estoy seguro.

Mariah le dedicó una mirada fulminante.

–No podrías estar más equivocado, señor Lambert. Además, no sabes nada de embarazos y bebés.

Mientras Mariah y Jaron discutían, T. J. se sumó a las felicitaciones.

–Sea chico o chica, creo que todos vamos a babear como tontos.

–¿Quién va a ser el próximo que se lance a la piscina de los felizmente casados? –preguntó Sam.

–No me mires a mí –dijo Nate a la vez que negaba firmemente con la cabeza–. Me lo paso muy bien siendo soltero.

–Tampoco voy a ser yo –anunció Lane–. En estos momentos de mi vida no tengo tiempo para las mujeres –miró a T. J.–. ¿Esa vecina tuya sigue dejando que su semental salte la valla?

T. J. se puso rojo como la grana.

–Sí, pero no tengo intención de engancharme con alguien como ella. Prefiero andar desnudo por un zarzal.

Todos miraron a Jaron, que seguía discutiendo con Mariah. Movieron al unísono la cabeza y luego centraron su atención en Ryder.

–Oh, no. No tengo ninguna intención de lanzarme a esa piscina –dijo, negando enfáticamente.

–Eres el único que ha venido con una chica a la fiesta –comentó Nate.

Ryder volvió a negar con la cabeza.

–No se trata de una cita.

Lane alzó una oscura ceja.

–Si os creéis eso, chicos, supongo que también creeréis que los

cerdos vuelan.

–Summer es solo una amiga –insistió Ryder.

–En ese caso, supongo que no te importará que le pida que salga conmigo –dijo Nate.

–No aceptará –replicó Ryder.

Sam miró a Bria y sonrió.

–Esto podría prolongarse mucho. ¿Quieres que pida a la banda que toque una canción lenta para que pueda abrazarte?

–Me parece un gran plan –dijo Bria, y se volvió hacia la pista de baile.

Sam fue incapaz de apartar la vista de ella mientras bailaban. Bria era su mundo, su razón de vivir, y agradecía enormemente al cielo que, a pesar de conocer todos sus defectos, lo amara.

–Te quiero, señora Rafferty.

–Y yo también te quiero, señor Rafferty –dijo Bria, emocionada–. Y te querré durante el resto de nuestras vidas.